ALEJANDRO PEREZ LUGIN

LA CORREDOIRA Y LA RUA

CUARTA EDICIÓN

Librería de ALEJANDRO PUEYO, Avenida del Conde de Peñalver, 16.—Madrid.

XX. 1907
PB 715
CB11021569
Titn. 5915790

LA CORREDOIRA Y LA RUA

XX.1907
PB 715
CB11021569
Titn.595790

LA CORREDOIRA Y LA RUA

OBRAS DE ALEJANDRO PÉREZ LUGÍN

EL TORERO ARTISTA. (El libro de Gallito.)

DE TITTA RUFO A LA FONS PASANDO POR MACHAQUITO. (2.ª edición.) Agotada.

¡¡¡KI-KI-RI-KÍ!!! (Los Gallos, sus rivales y su Prensa.) Agotada.

LA CASA DE LA TROYA. Novela (28.ª edición).

LA AMIGA DEL REY. LAS TIPLES. ROMANONES. LA VICARÍA. (Notas de un repórter). Agotada.

CURRITO DE LA CRUZ. Novela (8.ª edición. Dos tomos).

LA CORREDOIRA Y LA RÚA (4.ª edición).

EN PREPARACION

ARMINDA MOSCOSO. (Novela.)

EL ESTORBO. (Novela.)

LA MEDIA NARANJA. (Novela.)

CURSILITA. (Novela.)

R.4532

ALEJANDRO PÉREZ LUGÍN

LA CORREDOIRA Y LA RUA

(CUARTA EDICIÓN)

MADRID
SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, 11.
1923

XUNTA DE GALICIA · CONSELLERÍA DE CULTURA, COMUNICACIÓN SOCIAL E TURISMO · DIRECCIÓN XERAL DE PROMOCIÓN CULTURAL · C.E.B.G.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO
QUE MARCA LA LEY.
COPYRIGHT BY ALEJANDRO
PÉREZ LUGÍN, 1922

Imp. J. Pueyo. Luna, 29.
Teléf. 14-30 —MADRID

A
Manolo Aznar,
Cánovas Cervantes
y
D. Torcuato Luca de Tena
Y a
A B C, El Sol
y
La Tribuna.

En los días en que un sentimiento y un movimiento que desdeñosamente no quiero calificar ni recordar, fuera de lo estrictamente necesario al caso, pagaba en Galicia mi férvido y constante amor a la tierra meiga con el empeño de lanzar contra mi honrado nombre el lodo de esa calumnia que, desde los tiempos más remotos, ha venido amasando la impotencia con la fétida saliva del dolor del bien ajeno, para arrojarlo a cuantos tienen la fortuna de ver la cara al éxito, llámense atronadoramente Homero, Shakespeare, Benavente, Rodin, los Quintero y cien más, o humildemente apenas Pedro "como acá", Manolo Aznar, entonces director de

El Sol, *Cánovas Cervantes en* La Tribuna *y don Torcuato Luca de Tena en su* A B C, *salieron espontánea y caballerosamente al paso de aquella villanía que, a sabiendas de su falsedad, pretendía negarme la paternidad de mi* Casa de la Troya.

El hecho, siempre meritorio, de salir noblemente en defensa de la verdad y la justicia atropelladas, tuvo en esta ocasión el realce de que entonces eran estas nuestras relaciones:

Con Manolo Aznar—y de intento me acomodo en las designaciones a las usuales entre los del oficio—yo sólo había hablado una vez antes de que la calumnia buscase solapada y soslayadamente cobrigo en El Sol, *la primera que le vi, al encontrarnos en el café de Navalcarnero la noche de la muerte de Joselito, cuando íbamos a Talavera redactores de todos los periódicos madrileños. Y apenas si cambiamos algunas palabras, aparte el saludo, en la prisa por llegar adonde nos reclamaba el emocionante suceso.*

Tampoco le he vuelto a ver desde los días en que, luego de haber cortado con su noble pluma el paso a la calumnia que buscaba aposento en las columnas de El Sol, *abrió éstas largamente, con hidalga generosidad, a mi defensa y a las alegaciones que en su apoyo y holocausto a la verdad aportaron, también espontáneamente, otros valiosos e*

hidalgos testimonios, para los que guardo asímismo perenne gratitud.

Por lo que respecta a Cánovas Cervantes era pública, notoria, y pienso que regocijadamente comentada... y azuzada en los corrillos profesionales, nuestra enemistad desde mi separación de La Tribuna. *Era aquello un incansable ir y venir de los correveidile de los malos dichos que nos arrancaba el pesar de una separación, tanto más dolorosa cuanto que, por lo inesperada, mató en mí el entusiasmo periodístico que nos tuvo unidos en aquella tumultuosa obra de actividad, celo y empuje profesional, que es ahora, en los recuerdos a la sombra de las canas, y será siempre lo más grato de mi vida de periodista... ¡Aquel trabajar sin descanso con la única, obsesionante y acaparadora preocupación del periódico! ¡Aquel alegre desayunarse a las siete de la tarde, cuando se cerraba el número, pensando en el trabajo a preparar por la noche, con las manos todavía manchadas de tinta como los chicos al salir de la escuela! ¡Aquellas estridencias! ¡Aquel gozoso ver el periódico en todas las manos!... Eramos jóvenes...*

Con todo, nos separamos y una nube de rencor nos tuvo honda y largamente distanciados, hasta que Cánovas Cervantes, sublevado, en un arranque de nobleza, contra la

injusticia cometida conmigo, aportó públicamente por propio y espontáneo impulso, antes de que le requiriese a ello, el testimonio valioso de La Tribuna.

Mis relaciones personales con don Torcuato Luca de Tena también se hallaban rotas en aquella época. El señor Luca de Tena, justamente dolorido por las injusticias y acometidas violentas que sufrió cuando la desdichada huelga periodística, reciente entonces, declaró pública y solemnemente en su periódico que rompía toda relación profesional, social y personal con los que estábamos en el otro bando, aunque no hubiéramos tomado parte en aquellos ataques. Y tan a rajatabla llevó su determinación, tan cabal fué la ruptura, que hasta rechazó los anuncios que de nuestros libros llevaban a A B C *los libreros.*

Y en esta situación, indignado, al ver tomar cuerpo de imprenta a la calumnia, el espíritu quijotil, siempre erguido en los estribos, que constituye lo mejor, lo más noble y lo más español del hidalgo modo de ser de don Torcuato y de su periódico, el mismo Luca de Tena escribió de su propio puño y letra en A B C *una enérgica protesta al par que dura y autorizada condenación contra los calumniadores.*

Dios os lo pague.

En el fondo de mi alma están grabadas para siempre estas nobilísimas acciones, que llevaron a mis amarguras el consuelo de la protesta y de la confianza de los hombres honrados.

Y como, aparte este sentimiento de gratitud, un escritor no puede ofrecer otra cosa que cuartillas, a ustedes va este libro—¿a quién mejor un libro de periodismo y de Galicia?—para que dé público testimonio de mi agradecimiento, y porque este libro debe ser y sólo puede ser de ustedes.

En él recojo crónicas y cuadros que vieron la luz con anterioridad a La Casa de la Troya, *publicada el año de* mil novecientos quince.

Sirvan de amparo a la insignificancia de la oferta la cariñosa acogida que en su tiempo merecieron estos cuadros a la prensa regional, que los reprodujo, y los elogios de muchos de los que luego habían de distinguirme con su aversión al alcanzar, por la bondad del público, tan considerable número de ediciones La Casa de la Troya, *publicada años después.*

No se tome la alusión a mala parte. ¡Si nunca pudo nadie soñar mayor castigo para sus enemigos! La calumnia, deshecha; los que por este camino buscaron un medio para salir de la oscuridad, en la oscuridad siguen. Y las ediciones aumentando, gracias al for-

midable reclamo... ¡Quién me diera unos enemigos así para mis demás libros!

Hace mucho tiempo que éste hallábase anunciado y dispuesto para la publicación. A nadie se le ocultará por qué altiva razón no he querido darlo hasta ahora a las cajas, de igual modo que todos se explicarán que no haya hecho ninguna corrección en estas páginas, ni siquiera las que discretamente reclamaba la precipitación con que las cuartillas periodísticas van a su destino, porque considero que éstas, menos que ningunas otras no son ya mías, sino del público a quien fueron entregadas a su tiempo. Van, pues, tal y como en su fecha salieron de mi mano.

Sólo siento, mis buenos amigos, no poder hacer de este libro el mejor del mundo para ofrendar a ustedes algo digno de su generosidad y nobleza.

Permítanme acompañar el envío con un gran abrazo, un abrazo de agradecido.

ALEJANDRO PÉREZ LUGÍN.

POSTALES DE LA ALDEA

TATIN

A Juan Ignacio Luca de Tena.

LAS CORREDOIRAS

Tatín, donde por unos días tienen ustedes su casa, es, con sus diez o doce edificios modestos, el barrio de Salamanca de la parroquia de San Juan de Ouces, Ayuntamiento de Bergondo, partido judicial de Betanzos, etcétera. Yo no sé de dónde le viene a Tatín este nombre, un poco taurino y otro poco chusco, ni es cosa que importe averiguarlo. Tatín es precioso, y esto basta para satisfacer a un veraneante retrasado como yo, que sólo desea un hermoso paisaje para recreo de los ojos hambrientos, aire sano para los pulmones y paz aldeana para sosiego de los nervios. Todo esto lo hay en este prodigio de campiña suave, blanda y bella, con sus bosques de castaños, pinos y frutales, que bajan

en tropel del monte al mar, sus prados humildes, sus maizales tiesos, que trepan monte arriba coronados con el *esprit* de sus espigas rubias, sus aldeítas medio ocultas por los árboles del valle o de las cimas, y su blanca y bien cuidada carretera, que corre a perderse en la umbría de un frondoso bosque de opulentos castaños.

Pero yo prefiero a la belleza de este paisaje a plena luz el encanto de estos caminos aldeanos que se llaman corredoiras. ¡Vengan aquí poetas para cantar estos caminos de bucólica, estas corredoiras umbrosas, estas veredas de enamorados! Madreselvas, zarzamoras y yedras tapizan sus muros; las ramas de los árboles, que se tienden amorosas a los árboles de las tierras vecinas, préstanles grata sombra, y frescura los *regatos* que las cruzan, y las dan la alegría de sus colores infinidad de florecillas silvestres de las más extraordinarias e imprevistas formas. Flores amarillas tristes y flores alegres. Flores blancas como la inocencia, florecillas sonrosadas como la carita de un niño, azules como un día feliz, coloradas como rubor de doncella, encendidas como la ira. De unas en otras, van enjambres de mariposas, flores que vuelan, juntándose y huyéndose, y llena la corredoira la bendición de Dios de una brisa que huele a mar, a pinos, a menta,

a laurel y a tierra bendita. Una brisa que pone en la frente buenos pensamientos, y al orear los pulmones, parece orear también el alma, que se eleva con ese sentimiento de fraternidad y amor que nace de la contemplación de la belleza, y nos despoja de nuestro egoísmo haciéndonos desear una participación de los demás en nuestras alegrías y amarlo todo: los hombres ingratos, los campos bellos, el cielo azul y los árboles, movidos graciosamente por un airecillo suave, que se inclinan saludándonos.

—Bien venido, bien venido.

—Bien hallados, amigos árboles. El Señor os bendiga.

Corredoira adelante, sin dejarse ver hasta que se está junto a ellas, defendidas de curiosos ojos por la frondosidad de unos árboles, casi siempre castaños, os van saliendo al paso unas casitas, de más apariencia que en otros lugares de Galicia, con su parra sombreando la puerta, su huerta y su era de trigo y en la casa, la huerta o la era, una mujer trabajando y unos niños que corretean. En algunas casas se ve también un hombre viejo.

Por la corredoira sólo van y vienen mujeres jóvenes, serias y pensativas, llevando un niñín de la mano, y viejecitos que guían trabajosamente una yunta. Y en los campos

que atraviesan las corredoiras sólo trabajan mujeres y viejos... Son las esposas o los padres de los emigrados, que labran las tierras y cuidan la casa que se van comprando con el dinero de trabajos, fatigas y peligros que amasa el ausente en una vida ruda y azarosa, en la que va dejando el vigor de una juventud sin alegrías ni otra ilusión que la de irse preparando "el acobijo de la vejez..." y deslumbrar al regreso con un poco de ostentación a sus convecinos.

LOS NAVEGANTES

Contra toda esta hermosura de tierra, que debería atar a ella perennemente a los hombres, pelea Tatín, propagandista eficaz de la emigración, banderín de enganche y clarín de llamada de ambiciosos, poniendo ante los ojos de estas gentes el fruto de unos años de trabajo en otras tierras o en otros mares menos bellos, pero más pródigos de su oro con los que saben trabajarlo... y son acompañados por la fortuna.

Todas las casas de Tatín, de igual arquitectura, alto y bajo y tres huecos en cada una de las dos fachadas principales y uno en cada cual de las otras, levantadas en la carretera de Betanzos para que se vean bien,

han sido construídas con dinero de la emigración. Todas pertenecen a *navegantes* en activo o retirados, como mi patrón, que disfrutan tranquilamente el fruto de sus campañas juveniles, siendo un poco labradores y otro poco comerciantes; felices porque volvieron, y un poco desgraciados, aunque no lo confiesen, porque no volvieron jóvenes.

Pero, sea como sea, ahí están las casas, y en ellas puestos los ojos y las ilusiones de todas las muchachas de la parroquia en estado de merecer y de todos los rapaces en estado de embarcar. Ninguno de éstos cumple los diez y nueve años en la aldea. A más tardar, a los diez y ocho embarcan en la Coruña, con rumbo al dinero que ha de asegurarles tranquila vejez, y así, Tatín, y como Tatín todas las aldeas gallegas, queda *desmantelado* de hombres jóvenes. Los menos parten a emplear su actividad en tierra firme, Cuba o la Argentina; vuelven más ricos, pero vuelven menos. Los más dirígense a Nueva York o Liverpool, para embarcar en los barcos mercantes de fogoneros, marineros o paleros, y en ellos pasan los mejores años de su vida, trabajando como negros las diez horas diarias de la jornada obligatoria y seis más voluntarias "de extra" para duplicar el salario, llevando trigo de Odesa a Bergen, maderas a China, arroz a Inglaterra, carbón a

Valencia, y naranjas a Nueva York, animados por la ilusión de levantar una casita en Tatín, con dos ventanas y un balcón mirando a la carretera, tres ventanas cara a la huerta y otras dos en cada una de las restantes fachadas.

Los primeros ahorros empléanlos en devolver el dinero que obtuvieron prestado, con un tanto por ciento razonable, para el pasaje; los segundos destínanse a la redención del servicio militar. Luego, la juventud reclama sus fueros, y en los puertos de escala derrámase alegre y pródigamente el dinero ganado con tan gran trabajo. Siempre les queda, sin embargo, un poco de razón para enviar a sus padres dinero con que ir fijando en la tierra el caudal que ellos van labrando en el mar.

Lo malo es que los padres compren a su nombre, y como los hijos, procediendo como buenos, no les reclamen los bienes en vida, cuando mueren los viejos, llámanse a la parte los demás hermanos... y, ¡vengan pleitos!

Al cabo de cinco o seis años, el navegante vuelve a la terriña. Vienen otros que se fueron; unos hombretones que miran con picante curiosidad las mozas y con inquietud sus novias. Porque ninguno se embarca sin dejar la promesa de su amor a un corazón femenino que eleve a Dios fervientes ple-

garías en los días tempestuosos y en los días tranquilos por el feliz regreso del amado ausente. Y vuelve, abraza a sus padres, se casa, vive feliz unos meses, deja a su mujer unos pesos y torna a embarcar.

Y comienzan a llegar giros, de Melbourne unas veces, de Constantinopla otras, de Tokío, de Panamá, de San Francisco, y con los giros instrucciones: "Compra la leira (heredad) de Fulano." "Compra unos terneros." "Pon este dinero en el Monte de la Coruña", y por fin la orden deseada, el sueño que empieza a realizarse: "Compra una leira *junto de* la carretera." Vuelve poco después el ausente y da entonces traza a la edificación. Ya se alza la casa, pero hay que concluirla y adquirir ganado que muja en las cuadras y gruña en la pocilga, y torna a navegar y a remesar dinero desde todos los confines del mundo, y a recibir en uno de aquellos puertos lejanos la noticia del nacimiento del último hijo—uno en cada viaje a la terriña—, y a trabajar con más ahinco, porque son más las bocas en casa, hasta que al fin, colmados los cálculos, decide dar definitivamente fondo, dice adiós al mar y reingresa en la tierra a tiempo que salen al mismo trabajo otros rapaces, empujados por su ejemplo.

¿Cuántos se fueron, cuántos tornaron? ¡Bah, qué importa! Ahí están los victorio-

sos. ¡Ay del soldado que piensa en los que cayeron!...

LAS MUJERES

Mientras ellos van arando el mar con la proa de sus barcos, ellas luchan aquí con la tierra. Cuidan sus hijos y labran las heredades; conducen el carro y van todas las mañanas, descalzas y de prisa, con la carga en la cabeza, a vender en la Vila o Betanzos la leche de sus vacas o las frutas de su huerta. Trabajan como un hombre y aún más que un hombre.

La misma fiebre que retiene al marido horas y horas en el horno del departamento de máquinas, las tiene a ellas, con calor o con lluvia, desde que el sol nace hasta que la noche lo ciega todo, encorvadas sobre la tierra, cuidándola, acariciándola, mimándola, para unir a la plata del marinero las *cadelas* de los terrones. Ellas son en una pieza administrador y jornalero.

Yo no puedo ver sin una gran admiración y un profundo respeto la mancha encarnada de sus pañuelos y sus refajos yendo y viniendo por el verde de la huerta, los maizales y los prados, fecundos y bellos gracias a estas vigorosas manos femeninas, y al mismo tiempo, una enorme pena se apodera de

mí, viendo cómo los hombres huyen de estos campos, estos caminos y estas casas, que abandonan a estas mujeres tristes que parecen comunicar al paisaje la melancolía de su viudez intermitente, que muchas veces se convierte en definitiva.

Ellas son la imagen de esta Galicia fuerte y buena, sufrida y trabajadora, que vive melancólica en perpetua viudez, esperando la llegada del ausente que ha de hacerla feliz.

Tatín, agosto 1910.

DE ROSA A JOSÉ

A Ramón Fernández Mato.

Esta mañana ha venido a verme Rosa la de Valiñas y me ha pedido que le sirva de amanuense para escribir una carta al su hombre, que anda ahora por no sé qué mares, y recibirá el escrito de su mujer dentro de tres o cuatro meses, cuando las aguas, los vientos y los hombres le permitan tocar en el puerto lejano que él señaló para el envío de esta carta que Rosa ha dictado y yo he escrito tal y como la mujer del navegante *me dicía*, sin permitirme el atrevimiento, que fuera imperdonable, de alterar una scla de sus palabras ni aun de sus letras. He aquí lo que Rosa me dictó:

"Para D. José Nuñes Valeiras.

Palero del vapor *Neptune* de la matrícula de Liverpool.

En Melbourne (Australia) o donde se halle.

Mi más querido José: Sabrás que estamos

todos buenos, gracias a Dios y a la Virgen del Carmen que te acompañen, que yo se lo pido siempre, y más que te tengan en buena salud, como yo y nuestros hijos deseamos, y te traigan para acá con bien, que le tengo ofrecido a *Nosa Señora d'a Barca* ir a oirle una misa descalza todo lo *camiño* y llevarle dos velas y también un barco de cera.

Pues José, recibí la tuya de Nueva York y con ella la letra de 110 pesos, que me pagaron en La Coruña e hice todo lo que me dijiste; y con este dinero, el del Monte y mas 40 pesos, compré la leira de José Montero, que no me la quiso dar menos y está muy buena, con el maíz muy alto, y bendito sea Dios que nos siga favoreciendo a todos y a ti te *perserve* de mal. También compré en 45 pesos dos terneros, que ya los miró Ramón *el Xaxá*, y me ofreció 42 pesos por *eles;* de modo que para el mes *hame* de dar 50; pero yo los pienso dejar para los Santos, que este año hay mucha hierba y me los pagarán más, y Dios te ayude para que nos sigas enviando tanto bien.

Los rapaces están mismamente que da gloria verlos: gordos y buenos, y muy *rillotes.* Angeliño estuvo malito; pero ya está bueno, gracias a la Virgen. Jesús ya sabe leer de imprenta, y dice el maestro que es muy listo. Antes lo dijera yo. Manueliña hace ya la-

bor de *crochete* y diéronle un premio en la escuela.

Pues José, de las novedades que me dices que te cuente de la aldea hay muchas. Po lo Apóstol casó Moncha la de Mari-Pepa; pero no con Juan, que *ainda* no volvió, sino con un primo de Manuel el de Mari-Pepa, que es cocinero en Madrid, y Manuel hizo la boda. Ella no resistió nada, y cuando en la fuente la preguntaron dos días antes qué va a hacer Juan cuando lo sepa, ella contestó que también se casará, que no le tira ser fraile. Dicen que el marido hizo cuartos en Madrid y que van poner posada en La Coruña.

La Andrea de la Sionlla ya compró una tierra al Fariñeiro junto de la de Babío en Fouza. El marido le manda cuartos todos los meses. Salió un buen hombre.

Jesús Miñobre y el Barbeiro comenzaron a hacer sus casas: Jesús en la carretera y el otro junto del soto del señorito Paco. Josefa la de Novo ya acabó la suya y más Ramón Abad. El Montañés limpió y blanqueó la fachada; pero dentro no tocó nada: todo está lo mismo que hay tres años cuando te fuiste.

Sabrás que han vuelto José, el del Muiño; el hermano de Tona y Manuel Barás, y ayer, cuando Carmen la de Montrove le estaba llorando a doña Filomena porque había cuatro meses que no tuviera carta del *seu home*

llegó él despaciño y la abrazó, y le dió a ella un para atrás, y luego lloró más, y se fueron muy contentos para la casa. El viene muy bueno. Dice que va a levantar ahora la casa en Tatín, junto de la carretera.

También sabrás que murió el señor cura viejo, Dios le tenga en el *ceo*, y que para la Virgen se casa tu hermana Carmiña. Ya le regalé dos sábanas y mas una blusa. Pues, José, no te quería decir nada; pero como ya está bueno, sabrás que Angeliño estuvo muy malito y yo loca, que creí que se me moría. Tuvo el *sarampón* y luego unas fiebres, que decía D. Juan, el médico de Morujo, que no eran *malinas;* pero yo digo que todas son *malinas*, y se me quedó el *pobriño* en los huesecitos, que parecía de cera, y en la cariña sólo tenía los *olliños*, que me miraban tristes que era un dolor. Dígote que quise *morrer*, y estuve muchas noches sin dormir, y Carmiña vino a ayudarme y por eso la regalé la blusa y ofrecimos de ir en *romaría* con hábito a San Andrés de Teixido si lo sanaba y ya está bueno, tiene muy buena color, y come mucho, y ha crecido que no le sirve la ropa, bendita sea la Virgen.

La leira de Reboredo dió mucho trigo. Aun no lo hemos majado; pero 10 ferrados ya habrá, y más también 15. Tenemos un tiempo que no acaba de ser, pues el maíz ya ne-

cesita agua y mucha, y si llueve estropéase el trigo que está por coger y en la era; así que no sabemos qué pedir. Hasta ahora hace sol.

Adiós, José, que te vaya bien y que vengas pronto, y en el mientrestanto que te sigas acordando de nos. Manuela dice que la traigas un cesto de costura; Jesús, un libro de estampas, y yo, el corazón, que te mando el mío. Adiós, José; recibe el cariño de ésta, tu amante esposa, que lo es, *Rosa Valiñas.*

Postdata.—Sabrás que le vendí la vaca en 60 pesos a Ramón *el Xaxá* y compré otra en Cecebre por 43, dos pesetas y tres reales a Marica d'os Ratos, que la tenía muy flaca y ya está gorda y da muy buena leche, y más tira bien del carro.

A Andrés embargáronle la leira de la Lagoa por borracho, y la van a subastar, y me ha dicho José que si necesito dinero él me lo *empresta;* pero yo no quiero *emprestos* y *ei* de poder comprala si Dios quiere con el dinero que sabes, que no gasté nada, y el del trigo, que tiene buen precio.

Adiós; no te canso más.—*Rosa.*

También dicen que se va a vender el prado de abajo del Muiño. Si me pudieses mandar para *compralo* nos venía bien. Adiós."

Morujo, julio 1911.

LA BANDA DE PANCHÓN

Perfecto Feijoo, Gaiteiro del Lerez.

Estamos en vísperas de un día feliz. Mañana es la fiesta de la aldea y tendremos procesión, baile y romería ahí al lado, en el souto frondoso de la Fragachán, que cobija a la iglesita de Ouces. Las mociñas han dado hoy de mano a los trabajos campesinos y se pasan el día yendo y viniendo a casa de la modista del lugar — ¿ustedes qué creían?, tenemos modista y todo — que está junto al molino, y se ve más concurrida estos días que foliada o fiadoiro.

Como dándose una contraseña, todas las rapazas se saludan con unas palabras que las ponen muy contentas, porque son como un anuncio de felicidad.

—¡Viene Panchón!

Panchón es el maestro Villa del pueblo inmediato—hasta en la prominencia abdominal

que le ha valido el mote, hay parecido—, y su banda: un requinto, un trombón, un bajo, un cornetín y un clarinete, más popular y más estimada en estas aldeas que Vicente Pastor en el barrio de Embajadores.

No se concibe aquí fiesta sin la música de Panchón. Ahora mismo acaba de ser trasladada, sin breves, ni largos pontificios, la función que anualmente dedica a su patrono la linda aldeíta de Morujo, escondida antr'loureiros, como cantó su ilustre vecina Filomena Dato.

¿Motivo del traslado? Ahí es nada, que la banda de Panchón tenía compromisos anteriores que la imposibilitaban de amenizar, como todos los años, esta fiesta. Es cierto que se podía utilizar la banda de Cecebre, más numerosa, y organizada con más pretensiones que la del Kapell maister, de la villa vecina; pero Panchón es Panchón, y este argumento supremo lo puede todo.

Estas bandas de estas aldeas ejecutan una música de fantasía, cogida al oído las más veces. Los tientos de *Las bribonas*, la machicha de las *Argentinas*, el Ven y ven, el balancé, etc., etc., mezclados con otras frases que acaso nunca escribió nadie ni se volverán a oir, constituyen a lo mejor un solo y curiosísimo *pezzo*, cuya repetición, aun con la mejor voluntad por parte de los pro-

resores de la banda, es completamente imposible.

—¿Trae algo nuevo Panchón?—preguntan los mozos a los mayordomos de la fiesta.

—Dicen que trae una pieza nueva que salió ayer en La Coruña.

—¡Ya la pescou! ¡E o demo!

He aquí el secreto del éxito de Panchón. Yo creo que nuestro músico debe conocer alguna de esas máximas inglesas, que sin duda habrá alguna, que recomiendan la actividad como norma de triunfo, y Panchón, hombre práctico, la sigue inflexible.

Cómo se las compone para ser él siempre el primero en estrenar, es imposible saberlo. Pudiera ser muy bien Panchón o demo, según la autorizada opinión de Juliana la panadera de la plaza de la Vila, y de las rapaciñas a quienes hace saltar en las fiestas aldeanas. Yo, un poco escéptico, me figuro a este hombre rechoncho y simpático espiando la llegada de los viajantes a cualquiera de los Palace Hotel del pueblo, y pasándose largas horas bajo las ventanas, esperando a que el viajero se ponga a silbar mientras se afeita; o bien me lo imagino carretera real arriba, un pie tras otro, caminito de La Coruña para oir en el Pabellón Lino el último estreno de Lleó, Calleja o Quinito, y luego carretera real abajo

que le ha valido el mote, hay parecido—, y su banda: un requinto, un trombón, un bajo, un cornetín y un clarinete, más popular y más estimada en estas aldeas que Vicente Pastor en el barrio de Embajadores.

No se concibe aquí fiesta sin la música de Panchón. Ahora mismo acaba de ser trasladada, sin breves, ni largos pontificios, la función que anualmente dedica a su patrono la linda aldeíta de Morujo, escondida antr'loureiros, como cantó su ilustre vecina Filomena Dato.

¿Motivo del traslado? Ahí es nada, que la banda de Panchón tenía compromisos anteriores que la imposibilitaban de amenizar, como todos los años, esta fiesta. Es cierto que se podía utilizar la banda de Cecebre, más numerosa, y organizada con más pretensiones que la del Kapell maister, de la villa vecina; pero Panchón es Panchón, y este argumento supremo lo puede todo.

Estas bandas de estas aldeas ejecutan una música de fantasía, cogida al oído las más veces. Los tientos de *Las bribonas*, la machicha de las *Argentinas*, el Ven y ven, el balancé, etc., etc., mezclados con otras frases que acaso nunca escribió nadie ni se volverán a oir, constituyen a lo mejor un solo y curiosísimo *pezzo*, cuya repetición, aun con la mejor voluntad por parte de los pro-

resores de la banda, es completamente imposible.

—¿Trae algo nuevo Panchón?—preguntan los mozos a los mayordomos de la fiesta.

—Dicen que trae una pieza nueva que salió ayer en La Coruña.

—¡Ya la pescou! ¡E o demo!

He aquí el secreto del éxito de Panchón. Yo creo que nuestro músico debe conocer alguna de esas máximas inglesas, que sin duda habrá alguna, que recomiendan la actividad como norma de triunfo, y Panchón, hombre práctico, la sigue inflexible.

Cómo se las compone para ser él siempre el primero en estrenar, es imposible saberlo. Pudiera ser muy bien Panchón o demo, según la autorizada opinión de Juliana la panadera de la plaza de la Vila, y de las rapaciñas a quienes hace saltar en las fiestas aldeanas. Yo, un poco escéptico, me figuro a este hombre rechoncho y simpático espiando la llegada de los viajantes a cualquiera de los Palace Hotel del pueblo, y pasándose largas horas bajo las ventanas, esperando a que el viajero se ponga a silbar mientras se afeita; o bien me lo imagino carretera real arriba, un pie tras otro, caminito de La Coruña para oir en el Pabellón Lino el último estreno de Lleó, Calleja o Quinito, y luego carretera real abajo

en dirección a la Vila, para verter el número a su idioma.

Al llegar a su casa, de regreso de La Coruña con el número nuevo, Panchón, que ya lo ha instrumentado y exornado por el camino, reune a su banda: el hijo que toca el cornetín, el hijo que toca el trombón, el pariente que toca el clarinete, y, sin tomarse descanso, *pone* la pieza nueva, *dictando* los acompañamientos al oído, si el caso es de urgencia y no da tiempo a pararse en escrituras, y así Panchón triunfa y vence a las otras bandas.

Pero no quedan ahí los méritos de Panchón. Además de estas armas, tiene el simpático músico para triunfar de las bandas rivales, la artillería gruesa de sus *repiniqueos* en el clarinete. Ahí es nada: Schneider.

¡Qué manera de subir y bajar las notas, ya deslizándolas suavemente, ya en catarata arrolladora! ¡Qué trinos, qué picados, qué fermatas inverosímiles! Quien no ha oído a Panchón la Marcha Real en el momento solemne de alzar la Sagrada Hostia, en una de esas sencillas y conmovedoras misas aldeanas, no la conoce. Bueno, y oyéndosela a él tampoco.

Y es de ver el orgullo con que Panchón, al intercalar las maravillas de sus florituras fantásticas en una tocata, dirige a un lado

y otro la boca de su requinto milagroso, como queriendo hacer partícipe por igual de todas sus notas a todo el concurso, que deja de bailar y contempla embobado al mago, para concluir aplaudiéndole estrepitosamente.

—¡No le hay otro que repinique como él!

Mañana viene Panchón a la aldea.

Panchón es uno de esos hombres grandes que tienen la virtud de repartir alegría.

Reyes, guerreros, héroes, conquistadores, ¿qué valéis vosotros y vuestras espadas sangrientas al lado de Panchón y de su mágico requinto?

¡Panchón, salve!

La Lagoa, septiembre 1912.

¡AHÍ VA ESA MOSCA!

A Eugenio Marquina, «Calóndrigo» en Málaga.

Miércoles, noche de tuna. En el cielo hay un hermoso luar, e impaciencia en los corazones juveniles.

Doloriñas va y viene por la cocina de su casa muy peripuesta, aunque no viste los arreos de los días solemnes. Al volver de llevar la vaca "a la hierba", peinóse con cuidado, púsose en las orejas los rechamantes pendientes que le compró su padre en la última feria de Betanzos, y ciñó el busto espléndido con un chillón pañuelo de colorines, que añudó a la cintura. De cuando en cuando sale al caneiro (portal) y escucha, pasa el mandil por el banco que allí hay, y torna un poco impaciente a la cocina.

—Muller, por limpo nadia ll'ha de tener que le decir nada al banco, non pases pena— dícele, irónica, la madre.

Al fin, unos nudillos dan unos golpes en la puerta. Dolores se levanta presurosa; —"Sin presa, rapaza", le aconseja en voz baja la madre—, estírase el pañuelo que le ciñe el pecho, espera un momento, y vase luego a abrir, a tiempo que vuelven a "petar" en la puerta, y una voz impaciente llama.

—¡Ay, moza!

Dolores abre. Durante largo rato permanece en el portal. Oyense cuchicheos; óyese reir a la rapaza; a veces el banco da un golpetazo en el suelo. Cuando le parece prudente, el padre llama a los rapaces.

—¡Vinde pra acá, hom!

Entonces entran en la cocina Dolorinas, sofocada y risueña y con los ojos muy parloteros, y tras ella Andrés, el de Freixomil, con la gorra derribada sobre el cogote, una fementida colilla en los labios, y en la mano un razonable palo.

—A las buenas noches.

—El Señor nos las dea buenas a todos.

Apenas han tenido tiempo de sentarse, cuando en la puerta suenan nuevos golpes, y otras voces llaman:

—¡Ay, moza!

Doloriñas vuelve al portal, y en el portal tornan a oirse cuchicheos, risas, golpes de banco y hasta algún relincho, que "leveme o demo" si no es de Cástor, el de la Parrocha.

No han transcurrido tres minutos cuando Andrés, a quien molestan grandemente aquellos ruidos, después de darle dos furiosas chupadas a la colilla, dice a los de fuera:

—Rapaces, que hay aquí más gente.

Y Dolores, Cástor y su compinche Ramón Cañoto entran en la cocina.

Pero no han concluído de saludar, y otros nudillos golpean en la puerta, y Doloriñas hace de nuevo mutis, y en el portal suenan los mismos ruidos de antes, y Andrés torna a llamar en cuanto suena la primera risotada de Dolores.

—Rapaces, que hay aquí más gente.

Ahora son tres mocines de Morujo los que llegan a tunar con Dolores, y poco después dos de Gandarío, porque Doloriñas es una de las mozas que más partido tienen en la comarca, y los mozos "andanlle as voltas", y porque en la aldea, como en la ciudad, el instinto y los procedimientos borreguiles dominan a la gente. ¿Dónde vas, tolo? Donde van todos.

Los rapaces ocupan el banco que hay al lado del hogar, y bromean con Dolores, que, sentada en el llar, a todos hace cara y con todos puede. Unicamente calla Andrés.

De pronto, propone Cástor:

—¿Y luego? ¿Botamos esa brisca, señor José?

—Botámosla, ¿y luego?

Y allá se enredan en una mpeñada partida de cartas, el padre, Cástor, Ramón y uno de los mozos de Gandarío, mientras los otros rapaces, Dolores y Sabela, su madre, mezclan las murmuraciones de la aldea con el abultado relato de sucesos fantásticos que oyeron en la última feria, y con los indispensables cuentos de trasgos, brujas y tesoros ocultos, de los que Sabela sabe bien de ellos.

—A quien hemos encontrado rabiosos como cans, cuando veniámos, es al Carralés de Tatín y a Mamed de Mesoiro. Petaran a la puerta de la "Carqueixa", y respondióles el padre: "A otra porta q'eiqui non hay moza". Fueron luego a casa de las Ranas, petaron en la puerta de delante que es la de Marica, y díjoles la madre lo mismo; petaron en la de detrás por la Eufemia, y lo mismo. Iban pra Cangas como si les pusieran un foguete. Cada noche hay menos mozas con quien tunar—contó uno de los de Morujo.

—Y más en otras puertas les dirán lo mismo a otros mozos para otro día—apuntó Andrés, socarronamente.

—¡Ahí va esa mosca!—comenté yo lanzando a la circulación el timito madrileño de moda.

Nunca lo hiciera. Sabela santiguóse pre-

surosa. Dolores púsose seria; los rapaces callaron, y el señor José quedó con una carta en el aire y en mitad del redondo que iba a soltar.

—¡Meigas fora!—clamó toda asustada Sabela—. ¡Arrenégote, enemigo! ¡San Xoan esclarecido me valga! San Xoan esclarecido—que en Lisboa foi nacido—con hábito de lan—con cordón de espartán—gardame o gando de mal—sin pastor e sin can.—Amén. Amén—. Y Sabela se santigua tres veces.

—Pero, ¿qué pasa?—pregunto yo.

—Po la yalma de quen más quiera, no vuelva decir eso que dijo antes, señor. Esas son palabras de meigas.

—Pero, ¿qué tienen que ver las brujas con estas témporas?

Y entonces les explico cómo esa inocente expresión es una de tantas naderías sin fundamento, que el buen humor pone en circulación en el bobísimo Madrid de mis pecados.

—¡Ay, no le son inocentes esas palabras, no! Y si ahora las dicen en Madrid, Madrid está embrujado—afirma terminante, convencida, rotunda, Sabela—. No se ría, señor, que le es tan verdad, así Dios me salve, como que estamos aquí usted mismo y yo misma.

Y me explica el caso.

Todos los sábados montan las brujas en sus escobas, como es sabido, al filo de la

media noche, y vuelan a celebrar el aquelarre; en castellano más neto: a correr una juerguecita con su amo y señor Satanás, en el arenal de Sevilla, allá en las Andalucías, o en el de Coiro, aquí en Galicia, a elegir, según el reuma de cada meiga o la gasolina del cuarenta H espartos que monta. Pero hay dos noches en el año en que no es permitida la elección, y han de acudir forzosamente al arenal sevillano: la noche de San Juan y la de San Silvestre.

Sabela relata con palabras entrecortadas, que interrumpe para murmurar conjuros y blandir contra las meigas una mano, negra por la pátina del tiempo y la porquería, en la que los sarmientos de los dedos hacen una higa conminadora, las diabluras que bajo la digna presidencia de su jefe Satanás—el Señor nos ampare y nos libre de su compañía—hacen las brujas a orillas del Guadalquivir,

Arenal de Sevilla,
lobé,
Torre del Oro.

La ocupación principal de las meigas de todos estos reinos y de otros de fuera, que es de suponer que también concurran a la solemne ceremonia de la noche de San Juan, consiste, ¿en qué dirán ustedes?... ¡Las

muy...! En repartir las moscas que han de molestarnos a cada cual durante el verano. ¡Maldita sea su estampa!

Ellas mismas conviértense muchas veces en moscas de gando (ganado), cuando quieren que su maleficio sea más eficaz.

—¡Desdichados de nos si una de ellas nos pica o jando! Muérenos todo, señor. San Xoan esclarecido, que en Lisboa foi nacido, nos valga.

Durante el reparto mosconil las brujas encomiendan un maleficio especial a estos inocentes, cariñosos y simpatiquísimos animalitos, y cada vez que sueltan uno lo anuncian con estas palabras sibilíticas:

—¡Meigas: alá vai esa mosca!

Y las demás meigas repiten, soplando fuerte, para que vuele rauda la mosca maléfica:

—¡Ahí va esa mosca!

¿Comprendes ahora, juventud dorada de la aguja, del mostrador, del Derecho romano o la Patología, que entre chotis y habanera sueltas veinte veces el timito de moda en la Bombi o en las Ventas?

Sabela afirma que debéis echaros a temblar cada vez que una boca femenina os diga estas palabras. Es una boca meiga.

Pero también la misma Sabela me ha dado el remedio contra el maleficio de las brujas. Es la sencillez misma. Cosa de que llevéis

constantemente en el bolsillo un diente de ajo, una castaña seca, un brazo de tijera, tres pelos negros de gato, cortados a las doce de la noche de un viernes, y una hojita de laurel mojada en agua bendita. Además me advierte que siempre y cata que una mujer os dé un pellizco, se lo devolváis en seguida si no queréis quedar embrujados. Yo le he asegurado a Sabela que si el pellizco es de una gachí guapa, aunque le devolváis veinte, que ya lo procuraréis, embrujados quedáis *per sæcula*. Cuanto más la pellizquéis, más.

Ahora ya estáis avisados.

¡Ahí va esa mosca!

Y como en estas y las otras dió el reloj las de más allá, los rapaces que vinieron a tunar con Dolores fueron desfilando en la forma establecida por el uso: primero los que llegaron los últimos, el último el primero.

Cuando se levantó Andrés para despedirse encendió el cigarro, movió la gorra en la cabeza, para colocarla bien o para ponerla peor, y encarándose con la rapaza pidió, conforme al ceremonial de la tierra, la, si no muy blanca, fuerte mano de Doloriñas.

—¡Ay rapaza! ¿Y tú, dijiste eso a tus padres?

—Diría—contestó ella poniéndose coiorada y volviendo la cara hacia otro lado.

—¿Y usted qué contesta, señor José?

—¿Y luego, yo qué voy a contestar? Allá vosotros que sois los que habéis de casaros.

—Pues luego bien. Sábado vendrá mi padre.

—Pues luego bien.

Salió Andrés, despidióle Doloriñas, una larga despedida, en la puerta; cerróse ésta, y, cuando el rapaz se vió en la corredoira, pegó una zapateta, soltó un aturuxo atronador, metió mano al revólver y ¡pim! ¡pam! ¡pum! largó tres tiros al aire.

—Bárbaro, ¿qué haces?—le grité desde mi ventana.

—Le es la alagría, don Alegandro.

Y, ¡pam! ¡pam!, soltó los otros dos tiros.

—¡Alá vai esa mosca!—dijo al tiempo de disparar.

Y se alejó cantando.

Eu ben vin está l'o moucho
enriba d'aquel penedo.
Non che teño medo, moucho.
Moucho, non che teño medo.

La Lagoa, agosto 1912.

Era esta colonia una página viva del conmovedor *Cuore* que escribió la ternura de Edmundo de Amicis. El albañilito, el herrerín, el jorobadito, el hijo del carbonero, el del maquinista, casi todos los personajes del encantador poema infantil estaban en la colonia. Y todos alegres, felices... Todos, menos uno que, precisamente por su debilidad y tristeza, formando doloroso contraste con la ruidosa alegría de los otros, atraía más que ninguno. Era un niño de unos ocho años, desmedrado, con una vocecita débil, una carita triste, unos cabellos lacios, un mirar melancólico. ¡Malpocadiño! No podía tomar parte en los juegos de los demás porque la debilidad de sus piernas no se lo permitía. ¿Comprendéis el tormento que supone para un niño el verse forzado a permanecer de espectador de los juegos de los otros, sin poder tomar parte en ellos?

Algunas veces le hacían sus compañeros un hueco en sus juegos de vigor y movimiento. Antoñito acudía gozoso, pero en seguida tenía que renunciar, falto de fuerzas, y se quedaba solo en la casa, mientras los demás trepaban al monte, o permanecía alejado de ellos en la playa, mirando al mar con unos ojos tan tristes que llamaban lágrimas a los que le veían...

Una tarde, mientras los otros jugaban un

empeñado partido de *rondess*, Antoñito me contó la tragedia de su vida.

—Mi madre no me quería; mi padre no me hacía caso. Mi madre me dejó abandonado en los tojos; pasé una noche en el monte. Me llevaron a junto de ella y me volvió a echar. Y yo andaba por los campos y dormía en los pajares, y entonces vino mi madre, la de ahora, y me pidió a mi otra madre y me llevó con mi otro padre, y me quieren mucho, y están muy contentos porque he venido aquí, y este invierno voy a ir a la escuela popular, que dan de comer todos los días.

Falta en estas líneas el sonsonetillo de aquel relato, hecho con una vocecita débil, perezosa y triste, que hacía más dolorosa esta historia que yo he averiguado entera.

Antoñito es hijo de la debilidad, o lo que sea, de una mujer casada que tiene el marido en la emigración y de un hombre que no ha tenido corazón para hacerse cargo de su hijo. Cuando éste tenía dos o tres años, la madre le abandonó. Alguien le llevó entonces a casa de sus abuelos maternos. Vivían éstos miserablemente: ¿qué iban a hacer con aquella boca más, si no podían atender a las suyas? Lo devolvieron a la madre, y la madre volvió a abandonarle. No hay para qué poner el color de unos adjetivos en el relato. La madre lo abandonó segunda

vez. Unas cigarreras, sabedoras de la historia, la contaron una mañana en las mesillas de la fábrica.

—¡Mala nai!—gritaron indignadas veinte voces, a tiempo que cuarenta puños se alzaban iracundos y amenazadores.

—¡Ay meu filiño! ¡Malpocado!—gimieron otras.

Y todas lloraron y todas maldijeron y durante el día no hablaron de otra cosa.

La única que no dijo nada, que sólo puso al relato el comentario de sus lágrimas, pensando en los siete hijos que Dios le dió y Dios se llevó, fué Benita Durán.

Cuando aquella noche llegó Benita a su pobre casa, mientras su esposo, el zapatero José Pérez Díaz, comía la frugal cena, ella, desganada y llorosa, le contó la triste historia, poniendo en el relato todo el dolor de su corazón de madre tan castigado, y los dos lloraron el abandono de aquel pobriño, y cuando pidieron al lecho el descanso cotidiano no acertaron a dormir.

—¡Ay, José!—dijo la mujer quedito y temerosa, después de dar muchas vueltas—. ¿Y si nosotros recogiésemos a ese inocente?

—Eso pensaba yo... ¿Pero nos dejarán siendo pobres?

—¡Ay, eso! Aquí no ha de faltarle que comer, aunque me lo quite yo.

—¡Y yo, mujer!

—¿Pues luego, qué?...

—Pues luego, mañana vamos buscarlo y nos lo traemos. ¡Pobriño! Haremos cuenta que es uno de los que nos llevó Dios

El matrimonio fué a ver a la mañana sigiente a la madre de Antoñito. "La otra madre" no tuvo inconveniente en cederlo a esta madre buena. Se llevaron al niño; lo prohijaron y le cuidan y le miman como si fuera hijo suyo, y oyéndose llamar "papá" y "mamá" por el rapaz, se hacen la ilusión de que son sus padres de veras.

¡Cuántos cuidados, qué de sacrificios, para defender esta vida y dar al pobre cuerpecito el vigor de que carece por la falta de nutrición y de cuidado en los primeros años! ¡Qué dolorosos los días sin jornal! Mas ahora ya está asegurada la vida del niño con su ingreso en la colonia—los colonos lo son durante tres años—y en la escuela popular, que le asegura el pan para todos los días.

Separarse del niño ha sido para estos dos buenos corazones otro sacrificio más, que les costó muchas lágrimas. También Antoñito lloraba sin consuelo los primeros días al verse separado de sus padres. Pero a bien que desde la calle de Atocha Baja, donde éstos viven en La Coruña, hasta la Lagoa, donde está la colonia, no hay más de cuatro

leguas—y cuatro de vuelta, ocho—, y la cigarrera Benita Durán, con sus cincuenta años, y el zapatero José Pérez Díaz, con sus cincuenta y tantos, las han andado a pie algunos días para traer a su hijito la alegría de sus besos y recibir de él la de sus sonrisas. José ha venido dos o tres veces más que Benita. Más días sin jornal. Pero, ¿qué importaba esta pérdida? El caso era que el niño no estuviese triste.

—Sólo por le ver mejorar al hijo de mi alma se andan a gusto las ocho leguas—decía la mujer en la taberna de Tona donde reponían sus fuerzas para emprender la caminata de regreso, con el banquete de un vaso de vino y un perro grande de queso y otro de pan por barba.

—¡Y daciséis! ¡Y vinte! ¡Y o mundo enteiro, así Dios me salve, mujer!—añadía el marido...

* * *

No pasado mucho tiempo de escrito este artículo murió Antoñito, y poco después, "no acostumbrándose sin él", le siguieron sus generosos padres, sin duda para juntarse con "su hijo" en el currunchiño bienaventurado donde la divina bondad reune a los buenos, para recrearse en su obra.

Tatín, 1910.

LA MUIÑEIRA Y EL SCHOTISS

MARUXIÑA CON FALDA TRAVÉ

A Tomás Borrás

¡En nombre del color, del olor, del sabor y de las matemáticas regionales, protesto enérgicamente!

Yo llegué en la tarde de un sábado a una bonitísima aldea, que ya no es aldea gracias a los pesos americanos que la han decorado con unas casas llamativas, que se llama Maniños, y se asienta frente al Ferrol, en la otra acera de la ría. Como en toda Galicia, un artista genialmente caprichoso ha combinado bellamente todos los tonos del verde en el paisaje maniñesco.

Las figuras del cuadro son también aquí las mismas que en el resto de Galicia: mujeres que van y vienen conduciendo el ganado o los carros, cavando las tierras o llevando en la cabeza las sellas del agua, o los cestos con fruta o pescado.

A la tarde siguiente, yo me cansé de bus-

car en el atrio de la iglesia y bajo los frondosos castaños aquellos grupos de mociñas que antes se encontraban allí todos los días de fiesta, cantando melancólicas y poéticas cántigas al compás de un pandero bien *repiniqueado* y bailando serias, serias, con los mozos brincadores, y ni en el atrio, ni en los castañares, ni en ninguna parte, encuentro lo que busco. La carretera sí, está llena de elegantes señoritas que pasean arriba y abajo, cogidas del brazo, ante la admiración de los pocos jóvenes que todavía no se han ido de aquí; pero paisanas no encuentro ninguna. ¿Se han declarado en huelga, o se han escondido avergonzadas de tanto lujo y señorío como pasea la carretera? Yo le hago esta pregunta a una amable y discreta señora amiga mía, que se echa a reir al oirme.

—¿Las paisanas?—me dice—. Pero, ¿no las ve usted? Son ésas; esas señoritiñas elegantes que pasean la carretera y que nosotras miramos embobadas, estudiando el último figurín. Porque van a la última, fíjese usted. Faldas *través*, blusas chinés, bucles en el peinado, cadena de oro o cosa así para el reloj, el abanico y las medallas, zapatos de hebilla dorada, medias caladas... ¿Usted qué creía? Ande, ande, dígales que bailen al son del pandero. Mire ese figurín que se apoya negligente en la sombrilla japonesa

de seda azul, largo palo y una cara de buho por puño. ¿No la conoce? Es Tina, nuestra hortelana, la que ayer vió usted *sachando* patatas en la huerta de casa. Ahí tiene la *pesca* que ayer fué a vendernos el pescado con el cesto a la cabeza, la falda a media pierna y los pies descalzos. ¿Qué tiene usted que pedir a sus irreprochables y coquetones zapatitos?

—Pero, ¿qué es esto, amiga mía?

—Esto—terció campanudamente un senor machucho, reluciente de alhajas *rechamantes*, de estos que aquí llaman americanos porque en América se hicieron ricos—. Esto es la civilización. Aquí estamos muy adelantados, señor mío, y como en aquella gran nación americana, flor y espejo de países civilizados, sabemos vestir la blusa por el día y ponernos el aristocrático, si que también honrado, fraque por las noches.

—¿Sí? ¿Pues sabe usted lo que sí que también le digo? ¡Que me estornudo en esa civilización que ha vuelto tontas a estas muchachas y las ha hecho cambiar el airoso mantelo y el encantador peinado de trenzas por esos ridículos moños y postizos! El único mal que le faltaba padecer a Galicia era esta infiltración del espíritu de Don Gonzalo González de la Gonzalera en sus aldeas.

—Pero, señor mío...

—Déjeme usted de cuentos. ¡Abajo la civilización! ¡Muera Don Gonzalo!

Me vine a Tatín disparado por no presenciar tanta abominación; pero en Tatín me quedaba más que ver. Ayer tarde hubo romería en el cercano San Isidro. No hay que decir con cuánta ilusión esperaba yo esta fiesta. Hasta me prometía dar a la caída de la tarde, cuando se hubiese retirado la gente formal, un par de vueltas de muiñeira con una rapaza brincadora y volver luego a Tatín cantando dulces y melancólicos alalás con los mozos del vecino Gandario por la carretera, poéticamente iluminada por la luna.

¡Buenas y gordas! No han llegado todavía las mozas de estos contornos a las exquisiteces y elegancias de las de Maniños; pero, ándeme usted, que también aquí ha entrado la civilización.

La única remembranza de los tiempos clásicos es la desafinada "música de viento": un ruidoso trombón, un apagado cornetín y un desmayado clarinete, que recostados en una gran cruz, que recuerda una muerte allí cometida hace diez años, se hartan de tocar en el alto de la iglesia pasacalles flamencos que bailan con un estilo delicioso los mozos en la carretera.

Las gaitas, sustituídas por un sin fin de am-

tipáticos organillos; ninguno de aquellos ciegos, socarrones y pesados, tañedores de zampoña. Ni siquiera uno de aquellos pordioseros llagados y mutilados, inverosímiles restos de cuerpos humanos, que desde una legua marcaban el camino de la fiesta y os aturdían con sus voces, ora lastimeras, ya terribles, que no impresionaban en fuerza de repetidas:

—¡Miraivos en esta disgracia, hirmans e fillos de Dios! ¡Su soberana grandeza nunca vos poña com'a min me puxo!

Ayer, en San Isidro, sólo pedía limosna un ciego andaluz de Zamora que cantaba flamenco con mucho estilo, al decir de estos paduanos. Aseguro que no invento nada.

El sitio de los famosos carros con las no menos famosas pipas del vino peleador del Rivero, ocúpanlo hogaño las mesillas cojas de un puesto donde se sirve café, helados, cerveza y boliches de agua turbia. ¿Qué más? ¡Hasta hay una *fábrica* de churros que elabora la apetitosa e indigesta masa con moscas y todo, para no cansarse en servirlas aparte!

Y los organillos y la murga toca que toca, y ellas y ellos dale que dale, bailando schotiss, machichas, habaneras y pasodobles flamencos.

Carretera rial arriba,
carretera rial abajo.

Me fuí renegando; pero todavía con la esperanza de que la civilización no habría asesinado la poesía de la vuelta, y que ahora, como en los tiempos de mi *mocedá*, las estrellas titilarían de emoción al oir los ingenuos alalás... ¡Desgraciado de mí! Las mozas, que vuelven de la romería, sólo saben una canción que chillan desagradablemente: otro pasodoble flamenco:

Soy el mejor torero
de Andalosía...

¡Castizas romerías de mis tiempos de estudiante!... La Esclavitud, Lestrobe, Iria, Sisán Castrelo, Padrenda... ¡Aquellas gaitas y aquellos panderos repiniqueiros! ¡Aquellos corros de muiñeira y riveirana! ¡Aquellos incansables bailarines, tan jaquetones, con sus chaleques bonitos, su pañuelo de seda de colorines y la retadora pluma de pavo real en el sombrero derribado sobre la nuca, que, rindiendo a su moza el homenaje de su valentía, de un salto se plantaban en medio del corro del baile y blandiendo el palo, con mosqueteril fiereza gritaban, después de lanzar un formidable aturuxo:

¡Ei, carballeira! ¡Quen me dea un pao doulle un peso!

Y después los alalás de la vuelta.

Canta rula, canta rula,
canta rula n'aquel souto.

Y el otro, que recogió de aquí, al verlo abandonado, la musa hermana andaluza, para engarzarlo con las perlas de sus canciones moras:

Arriba limón,
abajo la oliva.
Arriba limón,
limonero de mi vida,
de mi corazón.

Yo he recibido estos días cariñosas invitaciones de antiguos compañeros, para asistir a las fiestas de sus aldeas, y acabo de contestarlas excusándome.

"En vista de no haber ya en las romerías gaitas, ni vino, ni ciegos, ni cohetes, ni siquiera palos, he decidido quedarme en Tatín, escribiendo un libro de toros que yo pensaba escribir en Sevilla como lugar más adecuado. Pero, ¿cuál mejor que éste? "Aquí corre verdadero ambiente", que dijo aquel revistero taurino, y me servirá de musa cualquiera voz femenina que desentone la canción de moda:

Soy el mejor torero
de Andalosía.

Allá abajo volaría el pensamiento a la amada Galicia de los años juveniles, cada vez que llamase a mi memoria y a mi corazón la flamenca farruca:

Arriba limón,
abajo la oliva...

Latín, septiembre 1910.

LOS CRÍMENES DE LA CIVILIZACIÓN

EL COCHE DE AGRA

A José María Ozores de Prado.

Otra cosa típica que se va.

La civilización, esa entremetida antipática, acaba de colarse sin pedir permiso en la Vila, bajo la forma de un enorme automóvil, que de ahora para siempre ha de hacer el recorrido diario de la ría de las sardinas a La Coruña, que es mar de otros peces.

Como en todas partes, la civilización ha entrado aquí haciendo sangre. La víctima de ahora ha sido el coche de Agra. La vieja diligencia ya no volverá a alegrar la carretera más bella de La Coruña con el cascabeleo de sus caballos y las voces de Bruno, el mayoral, arreándolos.

Es un dolor ver cómo van desapareciendo de Galicia tantas cosas bellas y típicas La diligencia—que nadie me negará que es una cosa muy divertida... no teniendo que viajar

en ella—se había hecho gallega al ser expulsada de todas partes y era como una cosa característica del país.

¿Quién que haya pisado las aulas de la Universidad santiaguesa ha podido olvidar las pintorescas arrancadas de la famosa *ferrocarrilana* que hacía la carrera de la tristeza compostelana a la alegría coruñesa? El enorme coche; su tiro de 13 resistentes y fuertes caballos; los postillones airosos que saltaban sobre el caballo delantero al dar el reloj de la Catedral la primera campanada de las doce; los zagales ligeros y los mayorales patilludos y gordos, esponjas insaciables de toda clase de líquidos bebestibles de color...

Pues, ¿y las famosas competencias entre los carruajes que hacían un mismo recorrido, resueltas muchas veces por zagales y mayorales a palos y a tiros en mitad de la carretera, mientras los viajeros, asustados, no sabían bajo qué asiento o tras de qué baúl esconderse?

Ahora ya acabó todo esto. A Santiago van unos automóviles que han reducido a tres las siete horas del viaje. Menos mal que han tenido el buen acuerdo de no entrar en la ciudad y quedarse a la puerta (1). Las otras

(1) ¡Ay! pero ya le entran.

diligencias que iban en diez y ocho o veinte horas de La Coruña a Corcubión también desaparecieron...

Yo he querido hacer su último viaje con el coche de Agra. Alrededor del vehículo se había congregado en la pequeña plaza de la Vila una porción de gente. Los incómodos asientos del coche iban ocupados por hombres de años.

Dios me perdone; pero creo que todos aquellos comerciantes, armadores y remitentes de pescado habían subido a la diligencia sin necesidad, llevados por un sentimiento de ternura que les impulsó a dar este adiós al viejo coche que fué el primero en que montaron al dejar de viajar a pie; el que los llevó a La Coruña después de la boda, en el que fueron los chicos cuando los pusieron en el Instituto; el que los trajo de la emigración...

La diligencia era para los pueblos algo más que un transportador de hombres, y sus mayorales venían a ser en la capital el agente de negocios de todo el vecindario. Había que ver a la hora de la partida la de encargos que caían sobre Manolo Agra, propietario y administrador del coche, mientras iba y venía de la Administración al carruaje, atento a la colocación de la carga.

—Manolo, lleva esta carta.

—Manolo, di a Picaratons que me mande dos pipas *do* Riveiro.

—Manolo, cómprame seis madejitas de seda azul.

—Manolo, cóbrame esta letra.

—Manolo, entrega estos cuartos a *quen tí* sabes.

Y Manolo iba recibiendo todos los encargos sin parar atención en ellos, y todos los cumplía, y nunca hubo memoria de que ninguno olvidara.

Al regresar a la Vila, por las tardes, del puente del Pasaje para acá, Manolo desempeñaba concienzudamente una difícil distribución de periódicos a derecha e izquierda de la carretera.

A la puerta de cada casa de San Pedro de Nos, el Carballo, Osedo, etc., lanzaba al pasar un periódico coruñés, *El Noroeste*, *El Eco de Galicia*, *Tierra Gallega* o *La Voz*, o un diario madrileño que le entregara Lino, el popular paquetero-empresario-capitalista.

Alguna vez, seguramente, Manolo habrá confundido a un clerical lector de *El Eco de Galicia* con otro de *El Imparcial;* pero, ¿y eso qué? Lo esencial es que cada vecino de la carretera recibía su ración cotidiana de letra impresa, clerical o de la otra. Después de todo, si luego habían de hacer los lectores cambalache de papeles, según costumbre

de estos barrios, ¿qué más daba que empezasen por *La Voz de Galicia* que por *El Correo Español?*

La diligencia se muere. Un furioso viento de mala voluntad—el aire cativo—arrasa de esta tierra lo pintoresco y típico. La muiñeira se va olvidando, se ha olvidado por completo en esta ribera del mar; unos indecentes y odiosos pianos de manubrio han sustituído a la gaita; las músicas tocan en las romerías tientos, matchichas y, ¡horror!, el "chas chas" de *El Conde;* los automóviles asesinan a las diligencias; la civilización, que no conoce en pintura más tono que el gris, lo va invadiendo todo...

Pero, no; todo no, que todavía van y vienen por montes y llanos las divinas *corredoiras,* inaccesibles al antiestético y odioso progreso, y por ellas marchan los carros, cantando *enxebres,* su vieja canción gallega, chillona y desagradable en las comodidades de la ciudad, pero encantadora en el campo cuando se la oye acercarse lentamente al caer de la tarde, como una voz extraña y grata que se alza a esa dulce hora de paz sobre la estupenda "sinfonía del verde", que Dios generoso ha compuesto en las montañas, en las rías y en los valles gallegos...

Morujo, 1911.

UN INFELIZ

A Ismael Sánchez Estevan

Fungueiriño (no sé cuántos Fungueiriño) es un pobre hombre. "No le hay otro más desgraciado."

Fungueiriño es una persona minúscula toda suavidad, sumisión y palabras dulces y humildes, con una eterna sonrisa de bienaventurado en la boca y una condición de cera blanda en el ánimo que le hace dar la razón a todo el que habla con él. Un infeliz.

Un infeliz contra el que se desatan todas las envidias y malos quereres de sus vecinos y aun de sus más cercanos parientes. Es pobre, pobre como una gaviota, y la aldea entera se empeña en que son suyas las tierras y la casa que lleva en arriendo. La mujer se le fué de casa, y al punto las malas lenguas aseguraron que huyó por no po-

der sufrir los malos tratos y el hambre con que la castigaba Fungueiriño. Los hijos tampoco quieren vivir con él, y esto da pábulo a la maledicencia para afirmar que ello obedece a que el padre quiere explotar su trabajo sin más paga que la comida, ni buena ni abundante. ¿Desaparecen unas gallinas? Fungueiriño es el ladrón. ¿Entran a saco una noche en las patatas, el maíz o las judías de cualquier sembrado? Fungueiriño fué; y así este hombre, todo santidad, se ve perseguido por la calumnia y carga con la culpa de todos los males que en la aldea ocurren. El sufre con ejemplar paciencia estas persecuciones de la injusticia.

—Castigos que Nuestro Señor envía a los pecadores... Pero nunca nada me le pudieron probar...

Ahora Fungueiriño es víctima de una tremenda perfidia. El pobre Fungueiriño ha sido acusado y denunciado por un hombre sin conciencia como deudor de una cantidad que se niega a satisfacer.

Afirma el que dice ser su acreedor (un comerciante de no recuerdo qué aldea cercana) que Fungueiriño se llevó de su tienda no sé qué cantidad de géneros que no ha habido manera de cobrarle.

El denunciado, por su parte, dice que sí. Que sí se llevó los géneros y que sí los ha

pagado. Y como no ha habido manera de ponerlos de acuerdo, esta mañana han ventilado el caso ante el juez competente.

—Este hombre me debe dinero y no me lo paga — ha sostenido resueltamente el acreedor.

—¿Qué tiene usted que contestar?—dijo el juez al demandado.

FUNGUEIRIÑO.—Que este hombre, con perdón sea dicho, no habla verdad.

ACREEDOR.—¿Que no digo verdad? (Dirigiéndose al juez.) Pero, ¿y tú no ves, digo, usía no ves qué poca vergüenza?

FUNGUEIRIÑO.—(Inalterable.) Poco a poco, hombre; que aquí no es sitio de *le* faltar a *nadia*. Yo digo y repito que he *pago* esa cantidad.

ACREEDOR.—¿A mí, usted? ¿En qué moneda?

FUNGUEIRIÑO.—En moneda corriente de plata y patacones.

ACREEDOR.—¿Cuándo?

FUNGUEIRIÑO.—Ya hay tiempo.

ACREEDOR.—Pero ¿dónde y a quién fué eso, grandísimo embustero?

FUNGUEIRIÑO.—Fué en su misma casa de usted y en la persona de tu propio hijo, que es como pagarte a ti. ¿No es así?

ACREEDOR.—Así sería si hubieses pagado; pero como no lo ha hecho usted... Y para

probarlo, señor juez, ahí está mi hijo Jesús y se le puede preguntar.

JUEZ.—Que pase ese testigo. (A Jesús, que entra.) ¿A ti te pagó Fungueiriño esos cuartos que dice tu padre?

ACREEDOR.—¡No! Que dice Fungueiriño.

JESÚS.—A mí nunca me pagó nada.

ACREEDOR.—¿Lo ve usía, señor juez?

FUNGUEIRIÑO.—No tiene nada que ver usía. Este rapaz tiene razón y yo también la tengo. Yo le pagué a tu hijo, pero no a éste. Fué al otro.

ACREEDOR.—¿A Ramón? Tampoco es verdad. Que éntre Ramón, que también está ahí, porque ya yo me maliciaba esto y los hice venir a los dos.

JUEZ.—(Al nuevo testigo.) ¿A ti te ha pagado Fungueiriño el dinero que debe a tu padre?

RAMÓN.—*¡Mintira!*

JUEZ.—¡Habla con modo, *hom*.

RAMÓN.—Bueno, pues... engaño.

ACREEDOR.—Vamos. ¿Lo ve usía?

JUEZ.—Ya ha oído usted, Fungueiriño.

FUNGUEIRIÑO.—Oí. ¿Y qué? Este rapaz también tiene razón... y mas yo también. Yo pagué.

ACREEDOR.—Y tú, ¿no dices que pagaste a mi hijo? Pues aquí tienes a los dos que lo niegan.

FUNGUEIRIÑO.—Y aseguran verdad, porque no fué a ninguno de ellos a quien yo entregué esos cuartos.

ACREEDOR.—Pues, ¿a quién entonces?

FUNGUEIRIÑO.—Al otro, así Dios te salve.

ACREEDOR.—(Conteniéndose con trabajo.) ¿A qué otro, mala centella te coma?

FUNGUEIRIÑO.—¿A qué otro ha de ser, santo? Al tu otro hijo.

ACREEDOR.—¿A mi otro...? Pero si yo no tengo más que estos dos hijos...

FUNGUEIRIÑO.—(Imperturbable.) *¡Vai boa!* ¡Si sabré yo los hijos que tienes!...

Morujo, 6 agosto 1911.

RAMÓN Y SU GENTE

A Torcuato Ulloa.

La casa que habito en este bello rincón de las Mariñas es una casita aldeana de dos pisos y medio, bajo, alto y fayado, de estas que aquí llaman de navegante, por haberse construído con el dinero que su dueño ganó al mar en una ruda pelea de años. Rompe la blancura insultante de sus cuatro fachadas el verde rabioso de ventanas y puertas; delante de la casa hay un hórreo, un palleiro y una pequeña era, separada de la corredoira por un seto de rosales silvestres y madreselvas; detrás se extiende una huerta generosa, y por todas partes se divisa, desde las ventanas, la felicidad de la campiña encantadora que baña su hermosura en las aguas tranquilas de la ría.

En esta casita, como en las otras iguales

que se alzan por estas riberas, vive una familia aldeana. El jefe, Ramón Abad, es un hombre joven, que a los treinta y cinco años de edad cuenta ya tres campañas de mar y una de tierra que le han producido esta casa, la huerta y otras leiras... e mais la vaca, el ternero e o porco, con perdón de vostede, y tiene por delante otro par de campañitas que han de redondear su bien ganado capital. Ramón está casado con María, una buena moza, y de su matrimonio tiene tres hijos: dos rapaciños bonitos y traviesos, José y Secundina, y Manuela, una guapa mociña de doce años.

Muy de mañanita viene a dar un concierto en los frutales de la huerta una familia de mirlos "sinfónicos", que aquí abundan más que pretendientes en antesala de ministro, y otra de jilgueros, rivales de aquellos artistas a los que disputan los aplausos del público, la fruta de las ramas, los insectos del suelo y las horquillas de los castaños donde cuelgan el nido.

Apenas oyen las primeras notas de esta diana de príncipes comienzan a trabajar las abejas de esta colmena. Ramón acomoda el ganado de lo necesario; su mujer enciende la lumbre, prepara el desayuno, ordeña la vaca, y con el cántaro de la leche en la cabeza y acaso con una cesta de frutas de su

huerta marcha ligera a la Vila a vender los productos de su "granja", mientras Neliña, con los ojos medio cerrados todavía, y en la boca una sonrisa de felicidad que no se borra nunca de su cariña simpática, barre la cocina, y, con la pesada sella en la cabeza, va a buscar agua a la cercana fuente.

Después, concluídas las primeras faenas matutinas y despachado en un periquete el parvo desayuno, reúnense todos en la feira.

¿Qué azadón en el campo se alza más decidido, o qué mallo cae más vigoroso en la era? ¿El de Ramón? ¿El de María? Ambos suben y bajan con igual energía, como un símbolo de la familia aldeana gallega. La mujer igual al hombre. Por eso ellos dejan abandonados estos campos a las mujeres, que se bastan para cuidarlos, y se van lejos a buscar en otros trabajos el dinero que los redime de la condición de jornaleros y los eleva a la de propietarios.

Mas ved brillar al lado de las nobles armas de los padres esa otra que mueven los bracitos de la incansable niña, que ya empezó el aprendizaje para ser mañana una buena mujer de navegante. No haya temor de que le falten las fuerzas. Sus golpes son también vigorosos y seguros.

Cuando llega la hora, ella vuelve a casa;

da una vuelta a lo de la lumbre; torna por agua a la fuente; dispone la comida para cuando vuelvan de la leira sus padres, sudorosos y cansados; arregla a la pequeñina; da una escobada a la casa si antes no lo hizo su madre, y cuando todos se sientan a la mesa y comienzan a comer en silencio, con el mal humor y la hurañez que da el cansancio, el cristal de sus risas devuélveles la alegría, y sus maternales cuidados a los rapaciños, dándoles los mejores bocados de su plato, ponen una nota de ternura en el tranquilo yantar.

Por la tarde tornan todos a la leira, a mimar a la tierra, insaciable de caricias. Luego, al anochecer, mientras la madre prepara la cena viene una hora de dicha. Sentado en un banco, delante del hórreo, o en el santo suelo junto al palleiro, requiere el padre un viejo y desafinado acordeón, su compañero y amigo en las batallas por la fortuna, y rodeado de sus hijitos que cogidos a sus piernas le oyen embobados, como María, que asoma de rato en rato a la puerta, Ramón toca sencillas canciones aldeanas, y complicados valses y otras piezas de clasificación imposible, que él aprendió en los trabajos de allá, y ahora traducen sus dedos con la más desenfadada libertad.

Yo entonces le pregunto y él me cuenta

sus trabajos pasados y sus planes para el porvenir. Ha estado en muchas partes; ha corrido tremendos temporales en el mar de la China; ha sufrido la fiebre asesina en el inhumano Panamá, mil veces más terrible que los mares irritados; ha oído silbar las balas de los insurrectos cubanos, y ha vivido en la tranquilidad de Buenos Aires, "ganando muy buenos pesos cómodamente"—¿cómo serían las otras incomodidades?—en las obras del puerto. Ahora dispone otra nueva salida a los campos de la fortuna.

—¿Para qué, si ya tiene usted dinero?

—¡Ay, señor!—contesta su mujer—. ¿Pero, y luego, usted qué cree que es esto? No le es nada, señor. Las tierras apenas si le dan para comer.

—Hay que arreglar la casa que acabamos de hacer—agrega Ramón; y va enumerando los muebles que desea comprar para ponerla con un lujo inusitado en la aldea. Lo primero ha de ser un gran reloj con una campana que suene muy bien; luego quiere una lujosa cómoda, un gran espejo con su marco negro y dorado, y una magnífica sillería de rejilla con sofá y sillones... Lo que no dice es que antes del reloj de la campana, la cómoda grande y el espejo orgulloso, habrá comprado el fresal de su suegro, vecino de la huerta, y la milleira que se extiende por

la izquierda de la casa hasta la alegre quinta de D. Paco Vales...

Hace bien en marcharse; él como todos. Hay todavía juventud en los años, vigor en los brazos, ánimo en el corazón, y dinero que ganar en la otra banda para ser feliz en ésta...

—Toque, mi pá, ¡hom!—piden los pequeñuelos cortando las cuentas.

—Dejarlo estar de músicas, que está canso—les dice María.

¡Ah, no! Toque usted, amigo mío, toque usted. Y usted, María, deje que los neniños oigan embelesados ese instrumento desagradable, y al mismo tiempo el más simpático de cuantos inventó el genio de la música porque es el compañero leal y amable que habla a los que se van de las cosas de la terriña.

Ramón se entera ahora de cuáles son las tocatas que más gustan a sus hijos, y luego, en las horas de descanso, en el mar o en tierra firme, a prima noche, a la misma hora en que la familia estará reunida en esta casiña, hablando, al amor de la lumbre, del ausente, el acordeón consolará como tantas otras veces su soledad repitiendo las canciones favoritas de sus hijos.

Y, al conjuro de la música maga, acudirán despacito y silenciosos otros hombres, que

oirán el bendito instrumento con los ojos húmedos y un nudo en la garganta. Y cuando Ramón deje de tocar, abstraído en sus pensamientos, todos le pedirán, como ahora los niños:

—¡Toca, Ramón, hom!

Y volverá a cantar en gallego el acordeón; y todos mirarán ansiosos allá "lonxe, lonxe", y descubrirán en la oscuridad de la noche, detrás de las olas o en los altos cielos, una casiña aldeana, y en ella, sentados *acarón d'a lareira,* una mujer fuerte y unos rapaciños bonitos.

Y les oirán hablar:

—Cando meu pai veña... Cuando mi padre venga...

Morujo, septiembre 1911.

EL FANTASMA DE TATIN

CONJUROS, BRISCA Y CHOURISOS

A Manolo Arandas Castellanos

Es sábado, de noche, y, "sin embargo", llueve que es un contento. E ainda mais, truena desde la caída de la tarde. En la taberna de José el Navegante hay una gran entrada. Están el Lugués y Francisco el Anguiacho, dos famosos tratantes en ganado, que se odian cordialmente, aunque se emborrachan juntos hace muchos años en todas las tabernas de su jurisdicción, que empieza en Oleiros y acaba en Betanzos, y en las de otras jurisdicciones. El Lugués y el Anguiacho llevan un mes rondando una brava pareja de terneros que José tiene en venta. Día sí, día no, hacen una visita al vino o a la caña de José, cuando no a ambas cosas, y a los terneros; beben y regatean con palabras incoherentes durante dos o tres horas, hasta volver loco a quien los oye, y se

van sin hacer feria. Cada cuatro o cinco días sube uno de ellos medio duro en la oferta. El otro, al saberlo, monta en cólera, y pone al elevador y a su cochina familia como no digan tratantes.

El señor Antonio el Contramaestre, el Rotchild de Tatín, Manoel o de Antón, y su cuñado Lorenzo, la gente seria de la aldea, beben por turno en el mismo vaso vino tinto de Castilla, mientras hablan sosegadamente de cosechas y de ferias. Juan de Fiobre, Jesús el Muiñeiro, Riso y su hermano, vecinos de la inmediata aldea de Mesoiro, juegan congestionados y furiosos en la cocina, sobre la artesa de la masa, porque aquí no hay que pedir lujos de mesas, una reñida y alborotada partida de brisca.

—¿Tienes trunfo?

—¡Teño un corno!

—¡Ay, guárdalo, filliño, que che pode servir para más adelante!

El legoeiro (legüero, peón caminero) y su hijo van de unos a otros picando y banderilleando en todos los jarros, tan pronto en el de blanco del Rivero de los jugadores de Mesoiro, como en el tinto de Manoel o en la caña del Montañés. A todos les ha puesto de buen humor la lluvia, impacientemente esperada durante quince días de seca, que son aquí una eternidad, porque esta tierra ga-

llega, pródigamente fértil, necesita agua una vez a la semana, aunque durante la anterior se hayan anegado los campos. Así hemos pasado esta primera quincena de septiembre llorando los ocho primeros días por lo mucho que ha llovido durante todo el verano, y los otros siete volviendo a llorar porque no volvía a llover. Bendita, pues, el agua.

—¡Ay, la del cielo, por eso, bueno—dice estropajosamente el Lugués, que va en la enésima libación—; pero aquí abajo... ¡caña, mala centella me nunca coma! Es la fija, así Dios me salve; tan fija coma que los terneros de José no valen más de cincoenta y tres pesos.

—¿Cincoenta y tres?—contesta el Anguiacho, vengándose de dos subidas que el Lugués dió durante la otra semana a la cotización—. Y también tres y medio.

El Lugués calla; José muéstrase dispuesto a deshacerse de los terneros en los 1.070 reales; pero el Anguiacho, que es anguila, lagarto y raposo, todo en una pieza, se escurre bonitamente al ver ceder tan pronto al vendedor.

—¡Ay, tú daralos en los tres y medio, pero yo no te los quiero comprar! Yo hablaba por el señor.

—Pero yo no necesito que hablen por mí, que sé hablar yo solo.

—Á las buenas noches—dicen entrando Babío y Andrés el Rojo.

—¡Está una noite!...

—¡Bah!—exclama el señor Antonio—. Estas noches en la tierra son cosa buena. En el mar os quisiera yo ver con un temporal.

El contramaestre y José pónense a contar en competencia historias y lances apurados de sus navegaciones. La imaginación andaluza que hay en todo gallego va aderezando la verdad de estos relatos con colores y arabescos de fantasía que les prestan mayor interés. El señor Antonio tiene treinta y tres años de navegación; José, veinticinco. Los dos han corrido el mundo de punta a punta.

—Yo he sido náufrago tres veces — dice con la mayor naturalidad el señor Antonio. Y cuenta luego una de aquellas historias que nos encantaban de niños: un buque que se hunde, el capitán que da la voz de "sálvese quien pueda", después de bien acomodado en un bote, contra todas las reglas establecidas para estas historias; la arribada a un cayo, no dice cómo el relatante; ocho días de isla desierta; el barco visto de lejos, el salvamento...

José refiere otros sucesos. Una vez, yendo por el Atlántico de Terranova, "que es el Atlántico más terrible que hay", les sorpren-

dió un temporal tremendo. Los dos pilotos, viendo la cosa perdida, abandonaron su puesto y se encerraron en el camarote a beber whisky. Como buenos ingleses, querían ofrecer a la voracidad de los peces sus carnes convenientemente maceradas en alcohol. El capitán subió en el acto al puente, se amarró fuertemente y comenzó a dar órdenes.

—¡A ver, dos valientes aquí!—gritó.

Dispusiéronse a llegar hasta él dos marineros en el momento en que un espantoso golpe de mar barría la cubierta, llevándose cuanto en ella había: obra muerta, gallinero, carga y a uno de los bravos, cuya voz se alzó trágicamente sobre la de la tempestad, clamando socorro.

—¡Máquina atrás!—ordenó el capitán con un impulso generoso, intentando salvar al infeliz.

—¿Qué va usted a hacer?—le increpó, amenazador, el otro marinero, plantándosele delante de un salto—. ¿Quiere usted perdernos a todos por salvar a uno? ¡Máquina avante!

Y el capitán, vuelto a la realidad de su deber, repitió sollozando:

—¡Máquina avante!...

Los jugadores de brisca han suspendido sus partidas. El legoeiro se está quieto cerca del jarro del blanco, y todos oyen con extra-

ordinario interés. Cuando José acaba su historia hay un largo silencio, que rompe el Anguiacho diciendo sentenciosamente:

—El mar es malo; pero también la tierra. En la tierra hay hombres.

—Y más también mujeres—agrega dolo-ridamente el Lugués, que tiene una hincha tremenda a su parte contraria. Malas lenguas afirman que le pega.

—Y más la compaña y las meigas y los trasnos—interviene Mari-Pepa, la mujer de José, que pone los miedos del tiempo de su soledad al par de los trabajos de su marido por esos mares de Dios.

—¿Pero todavía creen ustedes en eso?

Todos se vuelven contra mí. ¿Cómo que si creen? ¿Y luego? ¿Quién lo duda? Antes perderá Mari-Pepa un ojo, o consentirá que le roben un duro, que lo sentiría más, que dejar de poner sus ropas al *orballo* (rocío) de la mañana de San Juan, para que queden libres por el año de todo maleficio, incluso el de la polilla. Sin embargo, no todos los presentes son tan crédulos como Mari-Pepa. Hay aquí hombres que han corrido mundo y saben que eso de las brujas y los duendes es una paparrucha. Nadie ha visto *a estadea* (las brujas marchando por los aires, en escuadrón sobre sus veloces escobas, a correrse la juerguecita semanal en el arenal de Se-

villa—las brujas gallegas prefieren: unas, éste, y otras, el más cercano de Coiro, presumo yo que por razones de edad y comodidad—). Pero, ¿los pantasmas, los difuntos, la *compaña*, esa procesión que las ánimas forman marchando detrás del descuidado que pasa a las doce de la noche por delante del cementerio, alumbradas por unas velas de cera que no se ven, pero se huelen? Eso, si no lo han visto todos, saben de quien lo vió.

—Mire usted—dice José—. El señorito de Merujo venía una noche de la vila de ver la novia, y para cortar camino se metió por la playa de la Lagoa. Cuando más descuidado iba, vió una luz que se le ponía delante y que marchaba sola, sin que mano humana la sostuviera. Entonces él, que era muy templado, va y saca el revólver y ¡pum! ¡pum! ¡pum! empieza a tiros con la luz, y la luz nada, delante y delante de él, le fué acompañando hasta que salió al camino. A los cuatro días se murió el señorito.

—Otra noche—salta Babío—se le apareció al novio de mi cuñada en la corredoira de la iglesia, cuando iba a Mesoiro.

—Por ahí abajo—continúa José recalcando—, por donde tienen que ir éstos—(por los jugadores y los tratantes)—, desde el cementerio a Mesoiro, es donde con más frecuencia

se aparece la pantasma. Una noche, hace cuatro o cinco años, estuvieron aquí bebiendo y jugando, como ahora estos cuatro, unos hombres que iban a Mesoiro. Todos eran parientes y a uno le habían sacado de casa a la fuerza, porque era muy miedoso y no le gustaba salir de noche. Este fué el primero que vió la luz junto al crucero; pero se calló para que no le dijesen que eran visiones del miedo, y fué rezando por lo bajo, hasta que pasado un buen rato se pararon los otros.

—¡Ay, hombre!, ¿y no veis nada?—preguntó uno.

—Vemos; vemos. Está ahí la luz.

—Esta luz—me explica Mari-Pepa—dicen os vellos que es el alma de *un* de los muchos franceses que por aquí mataron cuando el año ocho, y los echaron a un pozo que dicen que había junto de esa corredoira.

—También puede ser — añade Babío — el alma de un usurero, que ande por los campos esperando que le quite un cristiano el hábito que lleva bendito, para poder entrar en los infiernos. Y dicen que es mayor el tormento que sufren andando por el mundo, que el que luego les da el demonio cuando por no llevar ya el hábito los admite en los profundos.

—¿Y qué le pasa al que ve esa luz?—pregunto yo.

—Que se muere a los cuatro días — me contesta el coro.

—¿Y se murieron esos hombres?

—Non—replica Mari-Pepa—, porque atoparon con mi cuñado, que venía de tunar con mi hermana Carmiña, y con su palo de oliva bendita, que él siempre lo lleva para estos casos, hizo un círculo en tierra, se metieron todos dentro y le dijo el conjuro a la pantasma.

—En diciéndola el conjuro, ya no tiene maleficio; pero le hay pocos que lo saben.

—Yo lo sé—exclama Mari-Pepa, y lentamente, con los ojos fijos en el techo, va recitando con cierta solemnidad las mágicas palabras, que oyen los hombres suspensos, con los ojos muy abiertos y cierto temblorcillo de manos al levantar el jarro, con ademán y esfuerzo heroicos, para beber un sorbo animador.

—"Aire de vivos, aire de mortos, aire de excomuljados, aire de demos, arrenegote e che mando pra os profundos infernos. Tiroche esta dada, con esta ollada (Mari-Pepa guiña un ojo) e mais esta aireada (soplando), por la gracia de Dios e la Virxe María. Si cha deron po la mañán, que cha vire o señor San Juan; si cha deron a medio día, que cha vire a Virxe María; si cha deron po la tarde, que cha vire a Virxe do Carme. Si

eres meu amigo, un paternóster che digo. Si me tes odio, de ti me defende San Clodio. Por aquí pasó Cristo antes que tu mal fuese visto. Viva Cristo y muera tu mal visto. Si eres negra, — Dios te fenda. — Si eres blanca,— Dios te parta. — Si eres rubia, — Dios te suma, — com'a sal, na auga fría. — Po lo poder de Dios e la Virxe María."

—Esto lo hay que decir sin se equivocar una palabra.

—¡Ay, pero no lo sabes todo; te falta aquelo de "Si eres sapo, — vaite arrastro. — Si eres salamanca (salamandra), — vaite a barranca.—Si eres araña,—vaite a paraña."

—¡Vai boa! Eso te es para curar la tiricia!

—¡Tamen ti! Pra se curar la tiricia hay que ir en mayo nueve mañanas seguidas, al levantarse de la cama, a facer lo que ti sabes al pie de un roble, y se le dice:

A visitarte vengo, carballo,
entre la luna y el sol.
Sácame la calentura
y devuélveme la color.

¡Ay, a mí no me tienen que hablar de estas oraciones, que te las sé todas, que las deprendí de mi tía Moncha a de Loureiro!

—Tu tía Moncha, que también le decían

la Xurela, te era una mujer de mundo, así Dios me salve como que los terneros de tu marido non valen mais de cincoenta e tres pesos, mala centella me nunca coma—tercia el Anguiacho.

—Cala ya con los terneros, ¡borracho!

—¡Sí; borracho, borracho! Pero no te doy ni un céntimo más de los cincuenta e tres pesos. ¡Toma borracho! E si agora teu marido me pone un can demás por lo que he bebido, no se lo pago. ¡Toma borracho! Y vámonos. Buenas noches—se va dando traspiés.

—¡Eh, amigo!—le grita José—. Que se olvida de pagar.

—Es que te estoy borracho. Pregúntaselo a tu mujer. Mañana vendré. Ahora voy ver si me encuentro un francés muerto que me dea un mixto para encender este pito de a cuarenta y cinco.

Los demás concurrentes a la taberna se van también. Los últimos que salen, lentamente y como si les costara mucho trabajo, son los cuatro jugadores de Mesoiro. José cierra la puerta. Los otros dan unos pasos lentos por la carretera.

—Este José tiene una mano para contar historias...—dice uno.

Los cuatro se paran indecisos delante de la corredoira que va por la iglesia.

—Seique nos va llover de firme antes de llegar a casa—habla otro.

—¿E logo... nos quedamos?

Sin replicar, todos vuelven a la taberna y llaman con prisa.

—¡José, abre! Bota pra acá as cartas. Trae vino. Mari-Pepa, haznos una buena tortilla de chourisos. A seis juegos, ¿eh?

—Os va a sorprender aquí la luz.

—¿Qué luz?—levantándose a un tiempo los cuatro.

—La del día, hombre. ¿Cuál va a ser?

—Mientras se pague la de la noche... A ver cómo se juega, compañero. ¿Tienes brisca?

—¡Teño un corno!

—¡Que te aproveche! Coge eses tantos...

Tatín, septiembre 1910.

LA COJITA

Al doctor Masip.

Todas las mañanas y todas las tardes, la "Cojita" pasa por delante de casa, en la cabeza la sella del agua, que oscila al andar vacilante. Desde lejos la anuncia su pata de palo al golpear los guijarros de la carretera, con la autoridad imperiosa de la pierna de madera de uno de aquellos veteranos inválidos de Erkman Chatrian. Tiene cerca de su casa una fuente, a la que se llega por una frondosa y fresca corredoira; pero ella prefiere el sol y la paseata por la polvorienta o enlodazada carretera hasta la fuente del Souto.

La Cojita va y viene siempre sola; no tiene amigas; los mozos no la dirigen la palabra, ni la miran. ¡Es tan fea! Dijérase una apestada de la que todos huyen como en los pánicos medioevales. Sólo habla con los niñines que encuentra correteando por la carretera: el chiquitín de la Andrea, los tres arrapiezos

de Josefa, el diablillo Antón, la neniña de Sabela...

La Cojita es la heroína de una historia de dolor y lágrimas. Cuando estaba cabal ya era desgraciada. Nunca ningún mozo la sacó a bailar en las romerías; jamás pasaron ante su ventana las parrandas de los rapaces; para ella fueron ignoradas las delicias del *tunar* en su caneiro los miércoles y los sábados con uno de esos muchachos que las noches de tuna cruzan ligeros las corredoiras y se estacionan a las puertas de las casas donde hay rapazas guapas, apoyados en una pavorosa tranca y dejando adivinar en el bolsillo la enormidad de un temeroso pistolón. Su fealdad alejaba de ella los placeres y las ilusiones juveniles que llenan luego dulcemente con su recuerdo toda la vida.

Y un día la Cojita se sintió enferma. Se demacró su cara, tenía vahidos, "no aguantaba la comida". Un mal extraño y asustante se le declaró de pronto. El vientre comenzó a hinchársele de un modo extraño y alarmante. La aldea se conmovió. Todas las comadres dieron su parecer y recetas. Pero el mal fué en aumento y se hizo preciso acudir a la Sosla, curandera de alto prestigio en estos contornos, que diagnosticó segura:

—Es el aire cativo e mais a paletilla que la tiene caída.

Y marcó una terapéutica de chuletas, vino de Castilla y un emplasto de entrañas sangrantes y calientes de palomo, siete pelos de gato negro, la raíz de un tojo bien machacada, tres hormigas y cinco padrenuestros, para colocar sobre el vientre de la rapaza nueve días al salir el sol.

Todo inútil: este emplasto y otros, y las bizmas con que se martirizó a la infeliz. Lo único que la sentaba bien eran las chuletas y el vino. ¿A quién no?

Por la aldea llegó a susurrarse que lo que la rapaza tenía era o demo, que se le había colado boca adelante en algún descuido.

—¿Ti dormiriaste con la boca abierta en el atrio de la iglesia?

Hasta que, a la desesperada, consultaron con el médico, quien dictaminó que se trataba de um embarazo próximo a su fin, y de otra enfermedad más grave, y aconsejó a los padres que llevasen a la enferma al milagro de las manos privilegiadas de los médicos de Santiago y la instalasen en el hospital.

¡Miña nai, la que se armó en la aldea! ¡Cómo! ¿Había habido, en la escasez de hombres que deja en las aldeas la emigración, uno para aquella fea, cuando tantas boquiñas frescas suspiraban por novio y tantos ojos ardientes y dulces no tenían quien se mirase en ellos?

Los más tremendos anatemas cayeron sobre la desgraciada. El sacristán, que ya tenía dispuesto el hisopo y los evangelios de las exorcizaciones, la declaró incursa en pecado mortal. Las mozas se apartaron de ella con horror y vergüenza. ¡La muy fea! Pero antes la curiosidad femenina, una curiosidad despechada, quiso saber las circunstancias del caso. Era preciso conocer el nombre del atrevido. Esto sobre todo.

—¡El autor! ¡Que salga el autor!—pidió unánime el público como en los estrenos de éxito.

Pero la boca de la rapaza permaneció cerrada. ¿Quién? ¿Cuándo?

—Quedeime dormida n'o adro con la boca abierta.

Se habló vagamente, sin que nadie precisara nada, de un atropello. En todo caso ella no había protestado, ni se quejó... ¡La muy fea!

Al fin la dejaron sola y en paz. Le llegó su tiempo; lleváronla al hospital compostelano; allí dió a luz una niña; con el parto se le exacerbó el otro terrible mal que diagnosticara también el médico de la aldea. Tuvieron que cortarle una pierna. Se murió la niña a los pocos días..

Y ahora, todas las mañanas y todas las tardes, la moza fea y coja de quien todos hu-

yen, golpea con su pata de palo, que imprime a su cuerpo oscilaciones grotescas, los guijarros de la carretera camino de la fuente lejana, para "atoparse", al ir y venir, con los neniños que juegan despreocupados a la sombra de las casas o corriendo por los campos vecinos.

Nadie habla con ella; pero ella charla con los "pícaros" unas conversaciones absurdas. Y cuando tropieza con alguna mujer que conduce una criaturita en brazos, se pone a su lado, sin hacer caso de la cara seria y la mirada hostil que la repelen, y entabla con el angelito una tierna "conversa" de palabras incoherentes y melosos sonidos inarticulados, a la que los niñines sonríen. Y la cara fea de la Cojita se anima también con la dulzura de una sonrisa, y brillan sus ojos con fulgores maternales...

Luego, cuando la otra feliz se separa de ella, la Cojita baja la cabeza y vuelve a su casa tapándose la cara con el delantal, aun a riesgo de caer, con aquellos tumbos que le hace dar la pata de palo golpeando desigualmente el suelo, como si estuviera borracha...

La Lagoa, 1912.

LAS CATALINAS

(MANUAL DEL PERFECTO VERANEANTE)

A Domingo Paramés

La carretera, de ordinario tan quieta, que pasa por delante de mi casita aldeana—esta carretera blanca, ondulada y graciosa, que tan pronto descansa entre maizales y prados, como corre sobre la cornisa del acantilado, para mirarse en la transparencia de las aguas tranquilas del mar, o es senda de umbroso bosque de pomposos castaños—, a tal hora de la tibia mañana de este día de septiembre está que es una bendición de caminantes.

Ha empezado la "season" veraniega para la gente de la montaña, y la gente de la montaña acude gozosa en tropel a disfrutar las delicias de su Biarritz, que es la Vila cercana.

En procesión interminable pasan estos días por esta carretera las catalinas.

A ciencia cierta ignórase de dónde viene este remoquete burlón con que aquí y en La Coruña conocen a las veraneantes aldeanas.

Sea de ello lo que fuere, el caso es que las "catalinas", como gente de una tierra previsora, ordenada, ahorradora y desconfiada, tienen una manera de veranear que yo quiero descubrir aquí para enseñanza de veraneantes despilfarradores. ¿Quién sabe si estas líneas que ahora se escriben sin mucha gana, y para cumplir la obligación de trabajar mientras descansamos, serán mañana el manual del perfecto veraneante en la Concha de San Sebastián o en cualquiera de las playas famosas de "extranjis"?

Las "catalinas", y no decimos los catalinos, porque los hombres, como es natural, en país que está sin ellos, son escasos, en este éxodo en busca de las aguas refrescantes, higiénicas y antiparasitarias de la mar salada, desprecian los progresos del siglo de la locomoción, y aun de algunos siglos atrás, y eligen para su viaje los más variados, pintorescos, absurdos, y puede que divertidos medios de traslación. Nada de ferrocarriles ni de automóviles—¡meigas fora; el Señor nos libre! — que, aparte lo que cuestan, tienen el inconveniente de abreviar los viajes quitándoles toda su poesía, y, a creer a los directores de las Compañías fe-

rroviarias, hasta disminuyen algo de su incomodidad.

Las "catalinas" chapadas a la antigua hacen su viaje, a lo sardina de cuba, en carros "a la catalana", y, las verdaderamente tradicionalistas, en caravanas que forman cinco o seis personas y un par de caballerías en las que alternativamente van montando los expedicionarios.

Hay "catalinas" progresivas y conciliadoras que, adoptando un prudente término medio, viajan en diligencia... Entendámonos: en unos pequeños y destartalados cajones, despintados y llenos de remiendos, montados sobre unas ruedas desvencijadas, que acaso "in illo témpore", un "témpore" lejanísimo, prestarían servicio de mortificación de viajeros.

En estos carruajes, tirados por unos inverosímiles y desfallecidos jamelgos, se apretujan "catalinas" y "catalinas" en número inverosímil. Cuando a la entrada del malecón de la Vila se las ve descender una, y otra, y otra, y otra, y otra del pequeño carruaje se asombra uno un poco, como cuando ve a los prestidigitadores sacar objetos y más objetos de un sombrero hongo o de una cajita de pañuelos.

¿Cómo puede caber en estos cajoncitos de pasas tanta gente?

No creáis que las viajeras muestren en sus rostros o en sus movimientos la menor molestia de aquellas que ensombrecen nuestra fisonomía de hombres cómodos cuando descendemos en Villalba o Guadalajara, horriblemente cansados del viaje que desde Madrid acabamos de realizar.

¿Y cómo van ellas a sentir el menor cansancio si acaban de realizar un viaje divertidísimo? Figuraos: salieron de sus aldeas, allá por las alturas de Mellid o de Arzúa, no recuerdan cuándo. Puede que fuese ayer; muy bien pudo ser antes. ¿No es uno de los mayores atractivos de los viajes el olvido del tiempo... y ¿las personas Un ratito largo, muy largo, como que dura todo el viaje, se dedicaron al inefable placer del chismorreo. Otro poquito rieron con las ocurrencias del larpeiron de vecino que las acompaña, porque en la mayoría de los coches, carros o caravanas viene un sujeto de pupila, uno nada más, porque no permite mayor número la escasez de hombres que Galicia padece, o goza, pero uno al fin.

Cuando el carruaje tiene que subir alguna cuesta, el mayoral obliga a las pasajeras a bajarse y a subirla a pie para que no se plante el ganado; a veces hay que repetir la operación en un llano; puede que también en alguna cuesta abajo.

—¡Como el camino le es tan largo y los animalitos están tan trabajados!...

En el pueblo encuentran bien pronto acomodo en cualquiera de los innúmeros hoteles dedicados al catalineo, cuya traza es igual en todos: una casi amplia sala, unos haces de paja para el descanso nocturno y un candil, para las catalinas, y otro candil, otros haces y otra sala para los catalinos.

No seré osado a jurar que, a veces, no confunda alguno las habitaciones.

—Un equivoco cualquiera lo tiene. ¿Sabe?

Por todo este lujo, ítem más la provisión de agua, luz, sal y asiento a la lumbre, como los alojados, pagan las catalinas cantidades que varían, según la importancia de la posada, desde dos patacones a tres diarios. Lo demás que necesitan para atender a sus escasas necesidades, repolo, patacas, judías, unto y borona para el caldo, ellas se lo traen de su montaña en obesos talegos, ellas se lo guisan y ellas se lo comen.

Las "catalinas" cumplen a conciencia su papel de bañistas. Ellas vienen a bañarse y no hacen otra cosa. El número de baños que debe tomar cada "catalina" ha de ser impar forzosamente, ineludiblemente, inexorablemente. Si no son impares no prueban los baños. Generalmente son nueve; rara vez siete.

Como la vida fuera de casa, y más en estas playas de lujo y en estos hoteles de pretensiones, es tan cara, las "catalinas" han encontrado el medio de economizar abreviando la estancia en el balneario. El médico les ha recetado nueve baños, y ellas cumplen la prescripción tomando uno por la mañanita, otro al medio día y otro por la tarde—"como non ll'e tenmos outra cosa qu' ll'e facer..."—y así en tres días y con tres realitos han rematado su temporada.

Y puede que todavía lleguen a sus nidos de la montaña quejándose de lo caro que está todo por esos mundos "d'o demo".

Bien es verdad que hailas también avisadas, y con "experencia" para hacer frente a las contingencias de la carestía.

Anteayer, por ejemplo, desprendióse de su caravana y acercóse a mi puerta, pidiendo "una limosniña para ayuda do camiño", una "catalina" que marchaba a pie y descalza, llevando al "colo" un nenín rubio. Un amigo que estaba de visita le dió limosna; la criada le dió limosna, yo le dí limosna; Pepa la pesca, que nos estaba crucificando en aquel momento, dióle por un perro chico qué sé yo la enormidad de fanecas, robalizas y sardinas, y sabe Dios adónde hubiese llegado la colecta a no aparecer Ana, nuestra vecina, y espantar a la pedigüeña, advirtiéndonos:

—¡Non le dean mais, demo! ¡Vai de ahí, larpeirona, vai de ahí! Le tiene más tierras que yo y anda a pedire...

—Hay que le vivir—contestó la "viva".

—¿Y no le da vergüenza venir pidiendo?—replicóle Ana.

—¡Ay, por eso, peor sería que viniese dando!

Por lo demás, las "catalinas" lo pasan admirablemente en su Biarritz, unos ratos metidas en el agua y otros dando vueltas por el malecón, arropadas, muy arropadas, para no perder los efectos del baño.

Algunas veces, al caer la tarde, siéntanse en corro, requieren el pandero y las conchas del chascarraschás, y la juventud, que siempre le es divertidora, pásase horas y más horas cantando alalás, que aun oídos aquí, fuera de su natural escenario, tienen la virtud de emocionarnos con la suavidad y la ternura de sus melodías ingenuas.

Pero hogaño apenas hay de eso. Dos industriales de la carretera han comprado unos gramófonos, los ponen en las ventanas que les sirven de escaparate y mostrador, y allí se están, ¡oh abominación!, las catalinas horas y horas, oyendo cantar flamenco al Niño de Cabra, al Niño del Buzo y al Niño de su señora mamá, que mala centella le coma.

Para la Vila es una bendición de algunos

miles de pesetas el veraneo, aunque económico, de tan enorme cantidad de "catalinas". Hablen ustedes mal del turismo.

Y para los veraneantes, también es otra ganga. Precisamente no hace dos horas que mi patrón despedíase ahí en la carretera de un catalino montañés, su amigo.

—¿Y luego? ¿Hasta el año?

—Non, home, non. Si Dios quiere, pienso de le volver antes de fin de mes.

—¿Seique probaron bien los baños?—tercié yo.

—Como probar — contestóme socarrón el catalino—, no me probaron ni bien ni mal, porque yo no los tomo. No le vengo por los baños.

—¿Y luego, por qué viene?

—¡Ay, yo le vengo por el aquel del viaje y la posada!

—¡Ah, pillo!

—¡Hay que le vivir!—dijo.

Y se alejó riendo.

La Lagoa (n'as excelsas Mariñas), septiembre 1913

EL HORREO DE DIÓGENES

Sr. D. Luis Ruiz Contreras,

Mi querido amigo:

Acabo de conocer a Diógenes. Diógenes en persona; en cuerpo y alma; sin perro e ignoro si con candil; pero hablando gallego y viviendo en su tonel, todavía habitable al cabo de tantos siglos de investigaciones y trabajos en persecución de la felicidad.

En esta nueva encarnación, Diógenes responde al poco eufónico y menos discreto apodo de "Cargallas" o cosa semejante — todo no puede escribirse—, y su tonel se ha convertido en un hórreo gallego, que estos días tiene instalado Pepe "Cargallas" a la fresca sombra de un frondoso castaño en la Chaburra, a la salida de la Vila, según se va para la riente Coruña, en aquel punto donde el valle "meigo", cansado de mirar la grandeza del mar, comienza a subir lentamente por suaves colinas y verdes montañas hacia

la grandeza de los cielos, para ofrendar a los ojos hartos de los dioses la alegría de un grato recreo, cual jamás lo gozaron en sus largos y felices días olímpicos.

El Diógenes de las Mariñas, antes de ser Diógenes, fué rico.

Tenía tierras, tenía vaquiña, tenía gallinas ponedoras, tenía porco—con perdón de vostede y dispensando la palabra—, tenía una casiña. Y, por si era poco, en las horas que esta tierra asombrosamente fértil y pródiga le dejaba libres, ayudábase con trabajos de carpintero, singularmente haciendo hórreos, en cuya construcción era especialista. Apenas se alza granero por estas feiticeiras Mariñas que no haya salido del taller de Pepe "Cargallas".

Diógenes, pues, si no tenía la felicidad, contaba con todos los elementos para construirla con la misma rapidez, soltura y buen "xeito" con que armaba las típicas "casitas" de tablas desunidas para que éntre el aire saneador, donde guarda el paisano, en la misma era y a la vigilante puerta de la casa, el laborioso fruto de un año de trabajo, difícilmente rescatado de la voracidad de las "rendas" y de los "trabucos", pintoresca y gráfica corrupción de tributos. "Cargallas", además, no tenía vicios. Ni mujeres, ni vino, ni juego.

Pero, ¡ay!, que "Cargallas" tenía inoculado el microbio del pleito, tan bien acomodado en la sangre del campesino gallego. De todos los placeres que un "paisano" puede disfrutar: romerías con cinco curas para la misa y la procesión, gaita para la muiñeira y murga con cornetín repinicador para el agarradiño; historias divertidas, castañas asadas y luchas y retozos con las mozas en las fiadas y desfolla invernales partidas de brisca en la taberna de Tona, de Carregal o de Sabeliña, y fuegos artificiales en la fiesta d'a Vila, ninguno tan exquisito, tan picante, tan grato como el gusto de envolver en papel sellado al vecino, obligándole a andar desconfiado y temeroso entre la curia.

—Nosotros quedarémonos sin tener que comer, pero, ¡carafio!, el vecino tendrá que ir "a pedir" de puerta en puerta.

¿E logo! ¿Dónde le hay mayor placer que éste?

Y ahora porque no pago a aquél, y después porque enredo al otro, son incontables las veces que "Cargallas", mientras daba martillazos en su taller, veía disimuladamente de reojo, "coma quien que no quiere", pasar por la carretera malhumorados y presurosos camino de Betanzos, con el chanteiro rojo o azul bajo el brazo, a Farruco Franco, Xan de Bringas, Fuco Cano o Pirulo el de Due-

ñas, a hacer cola a la puerta del abogado de más nota.

—Ala van eses pra a porta de don Ajustín.

¿Pues y el gozo cuando se los encontraba en el Juzgado o en la Escribanía foscos y "rosmadores" esperando turno para absolver posiciones, u oyendo atentos y recelosos discursear en las comparecencias y juicios verbales a los abogados o a los hombres buenos? ¡Digoche a ti!...

Verdad es que luego venía la sentencia condenatoria; pero aun de este trámite adverso sabía el sutil "Cargallas" extraer placeres, y cuando, cansados y deseosos de concluir, le aconsejaban los gananciosos que pagase, él contestaba:

—Perder, perdí; pero os fastidiáis, que tendréis que cobrarme por "jostisia".

Y venía el embargo y la subasta. Pero él había fastidiado al otro. Mismo divirtiérase bien teniéndole caviloso y disgustado y haciéndole ir y venir durante la sustanciación del pleito.

—Y más gastar. Porque yo tengo que pagar las costas; pero las pesetiñas de la consulta, los pares de pollos y las cestas de fruta para el abogado, las propinas para los curiales, y los vasos de viño, las sardinas con cachelos y la sopa de fideos para el hombre bueno y los testigos, eso tiénelo que pagar

él de su bolsillo, así Dios me salve, que no entran en la cuenta que hace el escribano.

Naturalmente, tierras, casa, vaquiña, hórreos y porco—con perdón de vostede— volaron en las curialescas cometas de papel sellado. "Cargallas" se arruinó.

—Pero yo fastidiar, los fastidié—comenta satisfecho.

Unicamente ha podido salvar "Cargallas" del naufragio dos hórreos, viejo y desencuadernado el uno, casi viejo y casi desencuadernado el otro, y unos cuantos tablones, negros ya por las inclemencias del tiempo, que él dice que vende; pero que nadie quiere comprarle, porque cada vez pide mayor precio por ellos. Con esto de la guerra...

Con los hórreos y los tablones "Cargallas" tiene más que suficiente para vivir una vida holgada y libre de cuidados. Y hasta para darse de vez en cuando el gustazo de pleitear. Del menos estropeado de sus hórreos ha hecho "Cargallas" su habitación y en él vive feliz y contento. Pero no quieto, porque el hórreo de Diógenes "Cargallas" tan pronto aparece aquí como allá. No se sabe cómo se las arregla, probablemente engañando a los carreteros que pasan, y desde luego no pagándoles nunca, el caso es que él va y viene con su casa a cuestas... de los demás, y que hoy se planta cerca de un patatar; mañana

se pone junto a aquella milleira, y al otro, frente a esos trigos. Y continuamente los "paisanos" están llamando a la puerta del juez muñicipal.

—Señor, que ese hombre se me plantó en mi tierra con su hórreo y dice que no se va si no es por justicia.

Hace dos días, un "paisano" menos paciente que los otros hizo que detuviesen a "Cargallas". Y ayer por la mañana, cuando después de una noche en la obscuridad del depósito municipal le pusieron en libertad, el juez propuso paternalmente a "Cargallas" que se quedase a vivir en la Prevención.

—Así no nos darás trabajo y tú estarás mejor.

—¡Ay, no, señor! ¡El hórreo siempre le es el hórreo!

Y ahí, en la Chaburra, por ahora, tiene usted a Diógenes en su tonel, contento, sin molestarse en ir a buscar al hombre porque el hombre va ahora a buscarle a él demandando a su experiencia de pleiteante consejos, acaso más sabios y desde luego más baratos que los del abogado, y dichoso porque no necesitando nada lo tiene todo.

Vea usted por dónde, a través de tantos inútiles siglos de metafísica, sutilezas y apasionadas batallas de porqués en averiguación de las raíces de la felicidad, surge así,

de pronto y sencillamente, en la persona de este paisano mariñan, la fórmula exacta, material, verdadera y única de la ventura en la viejísima y desdeñada del descamisado paisaniño persa.

Muy de usted, siempre devoto amigo, aquí y allá.

El Couto (frente al hechizo de la ría meiga), julio 1916.

LA TOLERIA DE EUFEMIA

LA ELOCUENCIA DEL ABADE

A Manolo Sánchez Cuesta,
«A. de Mirabal».

Vamos a tener un nuevo cura en esta parroquia de San Juan de Ouces, que hasta aquí regentaba un buen ecónomo de trato manso y hablar quedo y piador. Hace un rato que me ha dado la noticia Eufemia, la lechera, que viene todas las mañanas de uno de esos casales que se esconden entre castaños, allá, en lo alto de uno de estos montes que parecen cubiertos por mullida alfombra de verde terciopelo.

Eufemia es una mujer ya vieja, pero todavía fuerte, muy simpática, muy reidora, y, sobre todo, muy parlanchina. Ella lo sabe todo y lo cuenta todo. Eufemia es una de las labradoras más acomodadas de estos contornos, y aunque tiene hijas mozas que podrían descansarla llevando la leche, los po-

llos y la fruta a la clientela veraniega y al mercado de la Vila, ella no las deja, porque no puede vivir sin verter todas las mañanas en mil sitios el regocijo de su charla pintoresca y entretenida, desgranando en todas las puertas sus sentencias aldeanas y haciendo detonar sus carcajadas en todas las corredoiras.

A Eufemia le trae esta noticia de la llegada del cura nuevo el recuerdo travieso de una locura juvenil, que evoca minuciosa y complacida.

Eufemia, aunque ahora no lo parezca, fué joven y guapa, y como, además, sus padres poseían buen aquel de tierras, y ella era hija única, pues tenía los mozos "así". Y Eufemia apiña los dedos sarmentosos y los mueve con cierta dificultad para significar que los pretendientes eran innúmeros. Ellos hacían mil locuras para fijar su atención, pero ella, maldito si la paraba en ninguno. Ni plumas de pavo real en los sombreros, ni chaleques deslumbrantes, ni habilidad en el punteado de la muiñeira, ni majeza ni aquel en la persona; todo era inútil.

—¡Más palos hubo por mí en esas "romarías"!... Y yo tan tranquila. Cuando me decían que le rompieran la cabeza a uno de mis mozos sentíalo mucho, pero nada más.

La rapaza divertíase, honestamente, todo

cuanto podía, y no pensaba en otra cosa que en "troulear" en romerías, fiadoiros y desfollas, y en tener los miércoles y los sábados llena la cocina de su casa, como si allí se celebrase un mitin, de rapaces que iban a tunar con ella y a darse luego de palos en la corredoira. ¡Y que rabeasen las otras mozas!

Sus padres predicábanla para que eligiese marido, y ella resistíase tenazmente. Casarse era una tolería de las grandes, y ella, gracias a Dios, estaba en su sano y cabal juicio.

Mas, al fin, tanto y tanto la predicaron, que eligió rapaz. Y no fué ciertamente ninguno de los jaquetones que andaban siempre a palos o a tiros para deslumbrarla con su valentía, sino el más humilde, el más silencioso de todos.

—Ya que una se vuelva tola, al menos que el compañero déjese manejar... que es lo que debían mirar para se casar las mulleres.

Eufemia retrasó cuanto pudo la fecha de la boda—para una tolería siempre es pronto—y procuró divertirse más que nunca. No hubo fiesta ni romería en diez leguas a la redonda a la que faltase la mociña. ¡Qué delicia de vida! Muiñeira por la mañana, riveirana y empanada de "raxo" o de sardinas al mediodía, agarradiño por la tarde, alalás y aturuxos al regreso, y, por cima de todo

la imposición de sus caprichos, que cien mozos esperaban conocer para cumplir. Y, más encima todavía, la envidia de las otras mozas. ¿Y era posible que perdiese aquello, que lo renunciase? ¿Dónde tenía ella el sentido?

—Y por eso, cuando "veniámos" todo el cortejo para me casar en aquella linda mañana de septiembre —¡ahora fai años!... ¡Cómo pasan!—al llegar al crucero que hay un poco antes de la iglesia, me paré, volvíme a los que me acompañaban, y, toda asustada, díjeles: "¿Pero qué tolería es ésta que voy a hacer?..." Y escapé a correr por la corredoira del molino. ¡Virgen santa, la que se armó! Echaron todos detrás de mí, hasta que me alcanzaron. Buen trabajo les costó. Entonces, mi padre me cogió de un brazo, me echó una mirada de miedo y me llevó a la iglesia. Y me casé... ¡Lo que me divertí luego! Cansé a todos los mozos que bailaron conmigo... Y cuando más entretenidos estaban todos, voy yo, paseniño, paseniño, a mi cuarto, y, ¡tras, tras!, me encierro por dentro.

Cuando mi marido vino a petar a la puerta, no le contesté. Llegó luego mi padre, y petou más fuerte, todo incomodado: "¡Abre, Eufemia!", berroume. "¡Señor, le respondí, ya hice por la mañana todo lo que me mandó; ahora, déjeme."

—¡Muller, abrem'a porta!—suplicaba mi marido.

—¡Non, non e non!—contestaba yo.

—Botaremos la puerta abajo—me decía mi padre.

—Y yo me tiraré por la ventana.

Y me dejaron. Y más las otras noches; y, a los pocos días, mi marido se fué a América, como todos.

Eufemia, ¡oh, crueldad femenina!, alegróse y volvió a su vida de soltera y a no pensar más que en divertirse, honestamente siempre, eso sí, en fiadoiros, romaxes y foliadas. Para Eufemia no había nada en la vida fuera del rezongar de una gaita o el chillar de una murga aldeana debajo de unos castaños o al pie de unos robles viejos. Una polca bien repinicada por el cornetín, una muiñeira, unos mozos bailando, y, después, el diluvio.

El marido, entretanto, trabajaba en América, y pensaba en ella, siempre enamorado. Por dignidad, no se atrevía a escribirla; pero hacíalo todos los correos a sus suegros, contándoles su vida, sus trabajos y sus esperanzas y haciendo votos por la pronta realización de sus deseos, que bien se adivinaban, aunque no los decía, y acababa siempre encargando "muy finas memorias para las personas que bien le quisiesen y de él se acor-

daran... aunque por él no preguntasen".

Al cabo de cuatro años, hechos unos buenos cuartiños, el hombre regresó a la aldea.

Cuando sus padres le anunciaron a Eufemia que volvía su marido, sólo puso este comentario decisivo, rotundo:

—Aquí que no venga.

El hombre tuvo que acomodarse en casa de su madre, en Mesoiro. Una tarde topáronse marido y mujer en una corredoira. Seguramente él la estaba esperando. Quiso hablarla; mas ella, aunque le pareció más guapo y más interesante con aquella color pálida y aquellos atavíos de caballero, salió huyendo.

—A min non t'arrimes. Cuando seamos viejos hablaremos.

—Hasta que otra tarde — sigue contando Eufemia—atopeime con el señor abade, ahí en esa corredoira que empieza al lado de esta casa. Por eso yo le tengo tanto aquel a este sitio.

Este crego era el tipo del cura de aldea: tenía el arte de la persuasión en todas sus maneras: la oratoria y la contundente, y las aplicaba con toda oportunidad y discreción. según los casos.

—¿Pero hasta cuándo va a durar este escándalo, Eufemia d'o demo?—díjole plantándose resuelto ante ella—. Pues te advierto

que esto ha concluído y que ahora mismo vas a reunirte con tu marido, que es bueno y honrado y te quiere y te hará feliz.

—¿El qué? ¿Y luego usted piensa que yo estoy tola?

—Sí; y que estás ofendiendo a Dios, y que de hoy no pasa que vayas a vivir con tu marido.

—¿Qué di? ¡Estéase por ahí, que ya le avisarei!

—Mira, rapaza, que me estás faltando al respeto y ya sabes que yo no lo tolero. Vamos a tu casa.

—Ya le dije que no estoy loca. Y ahora le digo que si tanta pena le da a usted que esté solo, se vaya a vivir con él.

Nunca tal dijera.

—Mire, señor; dióme tal par de bofetadas que ainda me duelen. En seguida me agarró de un brazo con aquellas tenazas de dedos, y quieras que no, me arrastró para mi casa. Pero al pasar por Mesoiro, por delante de la de mi suegra, le preguntó a ésta, que se hallaba en la puerta:

—¿Y Ramón, está en la casa?

—Está, sí, señor. Arriba en el piso.

Entonces se entró conmigo, y aunque yo era fuerte y tirei, tirei para atrás, no me valió. Subimos. Mi marido estaba allí en la sala sentado en un taburete, con los codos en

las rodillas y la cara en los puños, pensativo y triste... que daba pena... Y mas le estaba muy guapiño, ¡qué demo!

—¡Ay, Ramón, hombre, alégrate!—díjole el crego—. Mira quién te viene a ver. Sea enhorabuena y el Señor os haga muy felices.

Y me empujó hacia él, dió media vuelta, salió, cerró la puerta con llave y marchóse. En el caneiro díjole a mi suegra, berrando para que nosotros le oyéramos:

—Me llevo la llave de arriba. Ya se la enviaré. Ahí queda esa tola con su hijo...

—¡Ay, señor; así le tenían que ser todos los cregos! Dios le tenga en el cielo, que mismo me hizo mucho bien.

—¿Y luego, Eufemia?—me preguntó al domingo siguiente cuando íbamos a misa yo y mi marido—. ¿Qué tal te va de tola?

—Non se burle de min, señor abade. Tola y bien tola estaba antes.

—¡Ca! Si ti dicías...

—Mire, déjeme de cuentos. ¡Si esto le es como yo decía tolemia... no quiero que me vuelva nunca más la razón, así Dios me salve!

La Lagoa, agosto 1912.

LA VUELTA

A Salvador González Anaya

Por delante de mi casiña va y viene indiferente la carretera blanca, este camino que tantas veces mê ha entretenido con el ir y volver de las gentes, y que yo "volveré" dentro de unas horas, arrancándome a la felicidad que Dios misericordioso se ha servido concederme en el descanso blando de estos valles, junto a este mar, bajo este cielo.

Los caminos no debieran jamás serlo de vuelta. ¡"Va" uno por ellos tan contento con la ilusión por compañera!... A veces hace alto en una umbría grata, cabe una fuente cantarina; los ojos y el alma descansan en la blandura y el amor de la tierra buena... ¡Si no se volviese!... Si por los caminos no circulase la abominación del correo...

El correo sólo debiera ser para las madres. Sería entonces una cosa santa.

Yo he visto pasar por esta carretera mucha gente. Mocedad que va a sus alegrías; hombres que caminan a sus negocios; caras tristes, caras alegres; personas que no llevan camino, indiferentes a todo.

Estos días pasan por la carretera muchos romeros que van o tornan de la ermita de San Andrés de Teixido.

Cuando en Galicia se ve alguien acometido de uno de esos tremendos dolores, una de esas angustias terribles que anonadan a los hombres más viriles, contra las cuales no hay fuerzas ni ánimos, que sólo pueden ser vencidas por un milagro del cielo, los angustiados ofrecen ir en peregrinación al eremitorio de San Andrés de Teixido, si el favor divino les libra del mal que no pueden dominar o les concede el bien que necesitan.

Es una romería inacabable. Agonizantes que recobraron la salud; marineros y hombres de tierra salvados inverosímilmente de naufragios irremediables, velliños y velliñas que todavía defienden su vida o la de las prendas de su alma, mujeres que llevan gozosas en brazos niñines rubios que sonríen y a los cuales dicen cosas con esas voces inarticuladas, charla de pájaros, toda amor, con que alegran las madres—santas, santiñas—a sus hijitos.

La peregrinación hase de hacer descal-

zos; los pies sangran, pero los corazones van alegres.

Es una romería de padecer. Cuantas veces, en cualquier rincón de Galicia, pregunté dónde está San Andrés de Teixido, me han contestado lo mismo:

—¡Ay, estalle muy lejos!...

Muy lejos de todas partes. Después, cuando al fin se está cerca, todavía la ermita parece más lejana, porque el camino se presenta más áspero, más hostil, más cruel.

—La iglesia—cuentan los romeros—está allá abajo, allá abajo de unos montes muy altos. Hay que ir por unos caminos de piedras y tojos.

—Caminos de inferno.

Y los peregrinos los recorren porque les empuja la fe, palparon el milagro. Y cuando los guijarros y las espinas atormentan sus pies con una crueldad tan grande que, aun a esta gente, acostumbrada a caminar descalza, le arranca lágrimas de dolor, ofrecen, férvidos, al santo sus trabajos:

—Santiño quirido, mira para nos...

Y bajan rezando la pedregosa, inacabable cuesta, y, como hicieron durante todo el camino, miran cuidadosamente al suelo, para no aplastar a ninguno de los bichos que por él pululan.

—Porque le son las almas de los que en

vida no vinieron a cumplir su promesa, y ahora, ¡pobriños!, van arrastrándose a cumplirla. Y si los matan, han de volver a empezar. ¡Ay! dicen que hailos que tardan siglos en llegar...

* * *

Pero de todos cuantos he visto cruzar este camino y marchar por otros, ninguno me ha impresionado tanto como un infeliz que ha bastantes tardes "volvía" de no sé dónde. Era un hombre joven todavía, pero con el pelo blanco; su aire, y sus mismas ropas, aunque muy traídas y en alguna parte rotas o deshilachadas, denunciaban señorío en ruina. Iba solo, absolutamente solo. Por no acompañarle nadie, ni aun llevaba palo en que apoyarse.

Como si el camino le empavoreciese y lo quisiera huir, marchaba por el mismo borde de la cuneta.

Al pasar cerca de nosotros, que, sentados cómodamente a la sombra grata de la casiña, gozábamos la delicia de un día bello, nos miró y siguió andando sin detenerse. No dijo nada, mas nosotros le comprendimos y acudimos a él con la parquedad, con la miseria de un socorro que el egoísmo de nuestros corazones satisfechos creyó suficiente, porque en él brillaban algunas monedas blancas.

Aquel señor, sorprendido, no supo decir

palabra. Se echó a llorar y continuó su ruta mordiendo con ansia el pan que le ofrecimos, este pan que en los caminos se da siempre al que pide... Y nosotros cometimos la cobardía de no gritarle:

—¡Ven, hermano, descansa en estos brazos amigos; reposa en la compasión de estos corazones!

Desde ese día tengo remordimientos, y muchas veces interrogo, ansioso, al camino. ¿Adónde habrá llevado el viento esa voluta?...

* * *

Mañana, luego, dentro de un momento, yo también andaré este caminiño blanco. Una vez más "volveré".

Adiós, árboles, casiñas,
paxariños, leiras, mar...
¡Mariñiñas, Mariñiñas,
quén pudera vos levar!

La Lagoa, n'as benditas Mariñas. Al partir. Octubre 1913.

N'O APOSTOL

EL DIA DEL FUEGO

A Gerardo Abollo

Acaso lo más interesante, y desde luego lo más pintoresco de las fiestas santiaguesas, siempre iguales las de un año a las de los infinitos años pasados, sea esta hora estruendosa del fuego de las doce con que se solemniza, a lo árabe, la víspera del santo matador de moros. Y más que el fragor de cohetes chillones y bombas retumbantes, más que el acelerado e incansable repicar de las doscientas campanas de la catedral, y el pausado y constante caer del sonoro mazo del reloj, al que dan licencia para volverse loco durante esta hora ruidosa, es lo mejor de la fiesta la "greguería" de colorines y el júbilo, las risas y los gritos con que celebra cada estampido la multitud aldeana, que convierte en bullicioso tendido de sol el graderío del antiguo cementerio compostelano.

Muy de mañanita salieron estos romeros de

sus aldeas. Ellas, muy peripuestas; cuidadosamente peinada la trenza de lustroso pelo que cae sobre la espalda; el busto exuberante ceñido por el rico pañuelo de alfombra, anudado atrás, "a la panadeira", permitiendo ver sólo las mangas blanquísimas de la historiada chambra; la falda nueva recogida cuidadosamente hasta la cintura, para que no la ensucie el polvo del camino; un chillón pañuelo de seda anudado a la garganta, y sobre la cabeza la carabela, que debiera llamarse fragata, según la variedad y cantidad de las cosas que conduce, desde la sabrosa empanada de "raxo" al paraguas y los zapatos, que no se calzan hasta encontrarse en las puertas de la ciudad.

—O camiño ándase mellor descalzo.

—Y más no se le gastan los zapatos.

Van también en la alegre caravana tres o cuatro hombres: todo el personal masculino joven que dejó en la aldea la emigración. Como ellas, visten ellos de gala, llevan bajo el brazo su enorme e inseparable paraguas encarnado, en la mano, la vara de guiar los bueyes, y al hombro, los borceguíes que han de atormentar durante el día ciudadano sus pies, hechos a la mayor libertad.

Llegan los romeros a Santiago frescos y sonrientes. ¿Qué son para ellos las cuatro o cinco leguas que separan la aldea de la villa?

Y aunque lo fuesen, ¿no les indemniza suficientemente de todas las fatigas esta singular hora estruendosa de gritos, cohetes, campanas, gaitas, músicas, cabezudos y gigantones con que la tranquila ciudad de piedra se desquita de un año de quietud y silencio?

Pero no haya temor. Las leguas de la mañana no son más que el preludio de las andanzas del día. Después del fuego visitan al Apóstol, visita breve, porque todavía les queda mucho que hacer y que ver. De la catedral a la Rúa a contemplar embobados unos momentos el "paseo de moda", según tradicionalmente le denominan los programas.

Una banda militar toca a la puerta del Casino de caballeros, mientras bajo los soportales pasea apretujado el señorío; ellas vestidas de claro, siempre bonitas, que para eso es Santiago la ciudad de las mujeres hermosas; ellos embutidos, a aquella hora meridiana de calor asfixiante y apreturas, en las estrecheces de la levita, y aplastados bajo el peso de la brillante chistera...

De la Rúa a las compras. Los pacienzudos comerciantes las ven temerosos y alegres llegar a sus puertas y examinar largamente, desconfiadas y cuchicheadoras, los géneros allí expuestos. Al fin, irrumpe el grupo tienda adelante, empujando a las compradoras que llegaron primero que ellas.

—¿Hay pañuelos de seda buenos?

Los dependientes las escrutan con mirada inteligente y certera.

—Hay... Pero no son para ustedes.

—¡Ay, hom! Eso le es mucho dicir, que usted inda non vió a miña faldriqueira. ¿Qué pide por éste?—cogiendo uno de los que examina otra parroquiana.

—Ocho pesos—contesta con la mayor seriedad el comerciante. Ellas aguantan impertérritas la andanada, bisbisean entre sí, soban el pañuelo, piensan, calculan, y al cabo, ofrecen.

—Doulle una peseta.

—Ya le dije que esto no era para ustedes.

—Eso es lo que no sabe. Usted pida.

—Ya pedí. Ocho duros... Lo último, lo último, siete y medio. Ni un patacón menos.

—¡Ay, hom, usted enloqueció!... Lo último, lo último, cinco reales. Ni una cadela mais.

Y de aquí en adelante calcula, amable lector, el caudal de saliva y paciencia que tienen que gastar estos héroes beneméritos del mostrador para conquistar, real a real, y, desde el medio duro para arriba, patacón a patacón, las cinco pesetas en que, al fin, traspasan el pañuelo. Cuando llega cada bando al límite máximo de las concesiones, comienza lo más rudo de la batalla.

—Deamo.

—No puedo.

—Pues luego, voime.

—Vaya con Dios.

—¡Valate Xuncras! ¿Y luego usted tiene palabra de rey?

—Tengo.

—Pues adiós, que yo no le doy más que el peso por el pañuelo, así Dios me salve, y está bien pago. Buenas tardes.—Ya en la puerta:—¿Me lo da?—El comerciante no contesta y comienza a recoger pausadamente el género.—¿Qué dí?

—No digo nada. Usted es quien tiene que hablar.

—Yo ya lo hablé todo. No doy más, ¡levem'o demo! Non, non, non. ¿Me lo da?... ¿No?... Adiós.

—¡Oiga! Mire, que se deja una ganga.

Y así otro ratito.

—Pero, mujer, ¡qué trabajo les cuesta soltar el dinero!

—También nos cuesta de le ganar.

—¿Y a nosotros, no?

—¡Boh! ¿Ustedes? ¡Estar ahí detrás d'o tableiro dando palique a la parroquea!...

En la mirada del comerciante hay toda una colección de poemas escogidos.

Tras de las compras viene la visita de despedida al Apóstol. Ahora la parada es más

larga. Algunas mujeres, andando de rodillas, dan, fervorosas y agradecidas, la vuelta a las inacabables naves, cumpliendo el voto de un momento de angustia, felizmente vencido.

De aquí a la plaza del Hospital a coger un buen sitio para el fuego de la noche: dos horas de éxtasis ante las fantasías y maravillas de voladores, bombas, árboles, castillos y la tradicional "fachada de estilo mudejar", que arde en las escaleras del Obradoiro...

Y después lo mejor del día, la gloria de los corros de muiñeira en la Alameda, abandonada por el señorío dormilón y cansado a las expansiones aldeanas... Cánticos y aturuxos, rezongar de gaitas y repiniqueo de pandeiros, y por cima de todo, desgranándose por los caminos y poniendo en el bullicio de esta noche clásica una nota de tierna poesía, la dulzura melancólica de los alalás.

Los alalás que suben al cielo y se expanden por los campos dormidos, despertando a los maizales, a los pinos, a los robles, a las hierbas y a las florecillas humildes de los prados, que se yerguen o se inclinan amorosos para oir, e inciensan con su aroma divino, olor a Galicia, a tierra buena, a tierra hermosa, a tierra santa, la inefable música que alegra a los de acá y da fuerza a los de allá. A los valerosos gallegos, que se abrasan junto a los hornos de las máquinas en los mares

lejanos, o arañando el suelo bajo el sol cruel de los trópicos, o en las honduras de las minas, pensando, para término de sus fatigas, en la dulzura de una de estas horas dichosas en que la tierra, el aire, los cielos y los corazones se unen en un mismo sentimiento de fraternidad y alegría...

Maruxiña, maruxiña
a d'o refaixo amareloooo...

Santiago de Compostela, julio 1911.

VENGANZA

A Pedro Seoane.

I

Pausadamente dió las cuatro el reloj de la catedral.

Apenas calló la campana, desincrustáronse los serenos de los quicios donde dormitaban y, requiriendo la alabarda, insignia de su nocturna autoridad, después de hundir de una palmada en la cabeza el mugriento sombrero de anchas alas y de ceñirse el pardo carrik, recorrieron la ciudad cantando la hora con perezosa y destemplada voz que hacía tremante el sutil frío de aquella madrugada inverniza, y casi cubría el chacoloteo de los pesados zuecos.

—¡Ave María Purísima! ¡Las cuatro y lloviendo!—se oyó en todos los barrios de Compostela.

Embozado hasta los ojos en la capa, calada hasta las orejas la gorra con que se cubría y apoyándose al andar en un grueso bastón, cruzó a toda prisa las desiertas calles de San-

tiago, en demanda de su casa y de su cama, Jaime San Martín, el más travieso, alegre y atrevido alumno de la Universidad y, por añadidura, jefe indiscutible de la más revoltosa y temida pandilla de diablejos estudiantiles que pisó las calles de la ciudad que vela el sueño eterno del Apóstol.

Vivía Jaime con su tío y único pariente, don Jacobo San Martín, un buen anciano, un tanto sordo y tres tantos miope, que ejercía, amén de otras industrias, la de alquilador de carruajes, y no tenía más debilidad que su sobrino, en quien adoraba y al que pretendía educar bajo cierto régimen de severidad, con el que fácilmente se adivina que jamás pudo avenirse el carácter bullanguero del muchacho.

De todas las prohibiciones que su tío le impusiera, ninguna le molestaba tanto como la de salir de casa después de cenar. Afortunadamente el viejo acostábase temprano, y Jaime, con la complicidad de los criados, abandonaba la jaula, a la cual no volvía hasta muy avanzada la noche, después de haber preparado con sus compañeros de travesuras unos cuantos disgustos para el siguiente día a los descuidados burgueses que estaban en turno de víctimas del buen humor estudiantil.

Aterido de frío y cayéndose de sueño y de cansancio llegó Jaime a la puerta de su casa

la noche de nuestra historia. Quedamente hizo la señal para que el mozo de guardia abriese como otras veces; mas ésta llamó en vano, y la puerta permaneció inmóvil en sus goznes, a pesar de los continuados y cada vez más estridentes silbidos del rapaz.

Dábase éste a todos los demonios, renegando del pesado sueño del *Chosco*, que aquella noche estaba en turno de portero, cuando oyó detrás de la puerta una risita burlona y satisfecha, que puso el colmo a la ira de nuestro amigo.

—¡*Chosco!* ¡Abrem'a porta, malos demos te leven!—rugieron los labios del estudiante, apretados contra el ojo de la cerradura.

Mas la puerta, insensible también a las maldiciones, continuó cerrada.

Acordóse entonces de que días antes el *Nacho*, otro de los zagales de su tío, le había sorprendido en íntimo coloquio con la novia del *Chosco*, y no dudó de que el burlado amante, enterado del suceso, aprovechaba la ocasión para vengarse.

Por una de las ventanas de la cuadra llamó a los otros criados.

—¡*Nacho*, Pulpeiro!... ¡Abride, ladrones!

También allí sonaron risitas hacia el sitio donde, arrebujados en sus mantas y tendidos sobre la paja, fingían dormir los dos ganapanes.

En otra ocasión, Jaime no hubiera vuelto a llamar; pero en aquélla, el sueño, el cansancio y el frío, hiciéronle claudicar y de nuevo tornó a la puerta.

—*¡Chosco, Chosco!* ¡Po l'anima de quen más queras, abre que morro de frío!—suplicó con voz doliente.

Una carcajada que detonó dentro hízole recobrar el sentimiento de su dignidad y a buen paso marchó a refugiarse bajo los soportales de la Rúa.

Todavía duerme en las graníticas columnas el eco de la interminable sarta de maldiciones y juramentos con que acompañó el estudiante su furioso pasear en la soledad y el frío de la famosa calle.

Cuando, bien pasadas las siete de la mañana, pudo entrar en su casa, la voz burlona del *Chosco* le saludó irónica:

—¡Tarde acabó la fiesta!

—¡Aún no ha concluído!—murmuró el maltratado, entrando en su cuarto.

II

Quien no ha vivido en Santiago, quien no ha visto caer agua sin cesar durante una semana, dos, tres, ¡un mes!; menudamente unos ratos. a chaparrón otros, pero cayendo siem-

pre, sin una clara, sin una interrupción, sin un descanso, no sabe lo que es llover. Las piedras de las calles, de las fachadas y de los portales, agoreras del aburrimiento y la tristeza, monarcas indestronables de Compostela, anuncian con molesta anticipación la lluvia volviéndose negras antes de que el cielo se encapote, y, apenas transcurrida la primera media hora de lluvia, las anchas bocas de los pétreos canalones, largos de un metro o más, comienzan a vomitar estrepitosamente sobre la calle el agua que recogen de los tejados, y el tedioso estruendo no cesa en muchos, largos, inacabables días, durante los cuales el alma más alegre se rinde al peso de tristeza tanta y acaba por ponerse negra como las piedras de las calles, de las fachadas y de los portales.

Pues al anochecer de un día de éstos, transcurrida escasamente una semana del suceso relatado, presentóse en el despacho del tío de Jaime, situado, según la costumbre santiaguesa, en el portal de la casa, un caballero, de poblada y negra barba, escondida en el levantado y amplio cuello de un largo gabán, que apenas si dejaba ver otra cosa de la cara del visitante que unas grandes gafas oscuras que servían de escondite a sus ojos.

—¿Es aquí donde se alquilan carruajes?— preguntó con voz bronca.

—Aquí es—contestó don Jacobo—. Pase, siéntese y espere un momento mientras hago que traigan luz—y se dirigió a la puerta.

—Para lo que tenemos que hablar no hace falta luz—repuso el desconocido, atajando el paso al viejo.

—Pues usted dirá en qué puedo servirle.

El del largo gabán expuso en breves y roncas palabras el caso. Era necesario llevar a su casa, en Santa María de Pazos, a tres leguas de Santiago, a un estudiante enfermo, y para ello quería que don Jacobo le alquilase un carruaje.

—¿Con este tiempo?— exclamó el viejo.

—No se repara en precio—contestó el otro.

—Dudo que los criados quieran...

—Se les dará una gran propina, buena cena y abrigada cama.

La codicia trasformó para el *Chosco* y Pulpeiro, que fueron llamados a consulta, aquella endiablada noche en un amanecer estival, y todavía el *Nacho* no menos codicioso que sus compañeros, se enganchó voluntario en la expedición alegando la necesidad de sus servicios en los atascos y demás accidentes que eran de temer con aquel diluvio.

Dos horas después, un pesado coche de camino, viejo y despintado, del cual tiraban cuatro mulas y un rocín, detúvose ante una casa

de la apartada calle del Loureiro, que todavía aquella misma tarde ostentaba en sus ventanas los papeles indicadores del deseo de alquilarla.

Un joven que esperaba en la puerta habló a los conductores del carruaje.

—Os darán diez duros de propina—les dijo—. Pero es necesario que conduzcáis el carruaje al paso. Los vaivenes de una carrera por corta que fuese, un golpe, los saltos del coche, podrían ocasionar la muerte del enfermo y entonces, ¡adiós propina!

—No pase miedo, señor—replicaron el *Chosco* y el *Nacho*, dispuestos a dejarse matar antes que perder los diez pesos—. Llevaremos las mulas del ramal.

—Y si así y todo quieren correr—agregó Pulpeiro desde el pescante—aquí estoy yo.

Hacia la escalera sintióse ruido de gente, y, a poco, salió al oscuro portal un grupo de afligidos estudiantes, que rodeaban y conducían solícitos al enfermo, sentado en una silla y completamente tapado con mantas de modo que era imposible distinguir un punto de sus facciones ni aun de su cuerpo.

Dolientes y continuados ayes y suspiros, que a oídos más maliciosos que los de los criados de don Jacobo sonaran a distintas voces, llenaron el portal.

—Vamos, vamos—decían unos cariñosa-

mente—. Ya verás cómo desde que llegues comienzas a mejorar.

—Dentro de un mes asistes a clase de canónico—agregó otro.

—¡Qué clase ni qué niño muerto! ¡No se os ocurren más que tonterías! Donde iremos dentro de un mes es a comer costilletas a casa de las *Crechas*—exclamaba el de más allá, un estudiante tragón casi desconocido en la Universidad, pero punto fuerte en casa de *Feliños*, las *Crechas*, el *Masón* y demás famosos figoneros de Compostela.

—Mesmo fala como el arzobispo. Para ponerse bueno— terció sentenciosamente el *Chosco*, pugnando por ver al enfermo la cara—no le hay nada como el cuido de la familia y unos vasiños de Riveiro.

—¡Que me lleven despacio!—gimió una voz dolorida.

—No tenga cuidado, señor—dijeron los zagales mientras los compañeros del enfermo le acomodaron en el coche.

—¡Adiós, adiós!—gritó el coro.

El que antes había hablado a los conductores cerró la portezuela y con la mano en el pestillo repitió sus recomendaciones.

—Por nada del mundo, ocurra lo que ocurra, abráis la portezuela si no queréis matarlo. A la entrada de la Esclavitud os estarán esperando. Id con Dios.

—Non pase pena—contestaron los del coche—. Buenas noches.

El *Nacho* y el *Chosco* tomaron los ramales de las mulas delanteras, chasqueó Pulpeiro la tralla, y, a paso de carreta, seguido por el coro de adioses, cada vez más compungidos, emprendió el carruaje la marcha, y cuando dobló la esquina oyóse un alegre, sonoro y zumbón "¡Buen viaje!" lanzado por la burlona voz de Jaime San Martín, que, un momento apagó el estrépito de los ruidosos canalones, que estrellaban iracundos en las baldosas de la calle el agua de las cataratas celestes, más desatadas entonces que nunca.

III

Lentamente caminaba el coche, en medio de aquel diluvio.

—¡Ei, vosotros!—gritó Pulpeiro desde el pescante al *Nacho* y al *Chosco*, que, baja la cabeza, como si con ella pretendiesen hendir el agua, conducian las mulas, que así pensaban en correr como la lluvia en cesar—. Subide aquí. Vamos a dar una carreiriña.

—¡Ay, por eso subir, bueno, pero correr,

no! ¿Y si se nos muere? Ya sabes lo que nos han dicho.

Ante el temor a un lío judicial y a la pérdida de la propina resignóse Pulpeiro. Se encogió cuanto pudo para hacer sitio a los otros, que subieron después de cerciorarse el *Chosco*, mirando por la ventanilla, de que el enfermo permanecía inmóvil en el rincón donde le colocaron sus amigos. —"Seique va durmiendo"—y *paseniño, paseniño* siguió el coche perezosamente su ruta.

—Lo que más me fastidia es no poder fumar— dijo el *Chosco* al cabo de mucho rato.

Y media hora después, al pasar por el Faramello, le contestó Pulpeiro:

—Y a mí que estén cerradas las tabernas.

—¡Sí que vendría bien un poco de vino encima de tanta agua!—apuntó el *Nacho*.

—Calla, que haste de fartar de él.

No hablaron más. La esperanza de la cena abundante, del fuego restaurador y de la abrigada cama, y sobre todo de los diez pesos por barba, les dió alientos para aguantar sin maldecir las turbonadas que les caían encima.

—Ya estamos llegando—dijo al cabo uno de ellos. Y los tres elevaron al cielo una mirada desdeñosa.

—¡Aprieta, aprieta!—exclamó despreciativamente el *Chosco* al sentir cómo aumentaba la violencia del chaparrón.

Poco después, a la una y media de la noche, ni minuto arriba ni segundo abajo, un violento tirón de riendas hizo parar a las mulas ante las primeras casas de una aldea asentada en la carretera.

El *Chosco* y el *Nacho* descendieron del pescante, avanzaron de exploración unos pasos y, un poco desconcertados, volviéronse hacia Pulpeiro.

—No hay nadie, tú.

—Mirade bien.

Tirando trabajosamente de las entumecidas piernas, en dos zancadas recorrieron el lugar sin topar alma viviente. Hasta los perros callaban.

—¿Qué hacemos?

—Hay que preguntarle cuál es su casa.

Mas cuando el *Nacho* iba a abrir la portezuela del coche le detuvo el *Chosco*.

—¿Qué vas a hacer? ¿No sabes que si abrimos se puede morir? Que abra él si quiere. —Y golpeando en los cristales gritó: ¡Señor! ¡Xa chegamos!... ¡Xa chegamos!

—Puede que se haya dormido—opinó el *Nacho*.

—Preguntad ahí en el mesón de "Don Ventura"—aconsejó Pulpeiro—. Puede que en él nos estén esperando los parientes del enfermo.

—También tienes razón—contestó el *Chos-*

co, quien sin saber por qué comenzaba a sentir vagos temores por la cena, el fuego y los diez pesos.

Los dos mozos aporrearon la puerta del mesón durante un buen rato.

—¿Saben de la familia de un estudiante enfermo que traemos en un coche?—preguntaron a la cabeza que asomó a una de las ventanas de la posada.

—¿Y para eso me despiertan?—gruñó el mesonero cerrando de golpe.

Volvieron a llamar a los cristales del coche.

—¡Señor, xa chegamos!

—¡Xa chegamos, señor!

—¡Morreu!—dijo de pronto el *Nacho*.

Pulpeiro abrió decidido la portezuela.

—¡Señor! ¡¡Señor!! ¡¡¡Señor!!!—gritó subiendo cada vez más el tono.

Y como tampoco obtuviera contestación y viera al estudiante inmóvil en su rincón, volvióse consternado a sus compañeros:

—¡Morreu de vez!

—¡Señor!—insistió todavía el *Nacho*.

Y cuando iba a tocar al del coche, la mano prudente de Pulpeirc le contuvo.

—¿Qué vas a hacer? ¿No ves que está muerto, y sólo puede tocarle la justicia? Hay que avisar al pedáneo.

En el mesón, tras nuevo aporreo de la puerta, les dieron las señas de la autoridad rural.

Era en Cruces, a dos kilómetros de allí. No tenía pierde. Bastaba con tomar la corredoira que a la derecha de la posada había, llena de peñascales, de zarzas y de agua que bajaba saltando de piedra en piedra, y al final, frente al cruceiro, en una casa que tenía un hórreo delante vivía el alcalde de barrio. El *Chosco* y el *Nacho* dispusiéronse a la ascensión, no sin protesta de Pulpeiro, a quien no agradaba quedarse solo con el muerto. Descolgaron un farol del coche y renegando de su suerte, corredoira arriba, aquí caigo y allá vuelvo a caer, emprendieron el camino de Cruces.

IV

De allí regresaron dos horas después en compañía del pedáneo, un paisano alto, seco, nudoso, con cara de vaqueta, embutido en su capa de junco y apoyado en una larga y fuerte "moca". Dábale escolta su sobrino Jesús el de la Marrueca, el mozo más terne de aquellos contornos, que llevaba para alumbrar el camino un miserable farol de aceite, y para resguardarse, con su tío, de la lluvia un enorme paraguas encarnado, bajo el cual po-

dría cobijarse cómodamente toda la feligresia de Cruces.

—¿Dónde está el muerto?—preguntó con cierta solemnidad el alcalde de barrio cuando estuvo junto al carruaje.

—Ahí dentro—le contestaron.

Tomó el farol de manos de su sobrino, alumbró el interior del coche, tocó el cadáver... y al encontrarse con un muñeco de paja envuelto en unas mantas viejas y sucias, sin hablar palabra descargó vigorosamente su moca sobre las costillas más cercanas, que no eran otras que las del *Chosco*, quien, al sentirse golpeado, arrebató violentamente la tralla a Pulpeiro, y con ella, ni corto ni perezoso, devolvió con creces la caricia.

Terció a paraguazo limpio el sobrino del pedáneo, tomaron cartas en el juego Pulpeiro y el *Nacho*, y entablóse la más porfiada, la más furibunda, la más sañuda batalla campal que registran los anales de la Esclavitud, fecundos como pocos en violentos, encarnizados y descomunales combates.

El cansancio, el dolor y la lluvia, que pudo más que todos, pusieron término a la lucha.

—¡Bulrarse de min! ¡Bulrarse de min!—rugía furioso el alcalde, recogiendo del suelo capa y monteira.

E irguiéndose súbito:

—¡A la cárcel todos!—decidió de pronto.

Las explicaciones de los otros, y sobre todo la consideración de la legua larga que había desde allí a la cárcel de Iria, moderaron su furia, y, apaciguados los ánimos, cada cual tomó el camino de su casa, porque pensar que la desconfianza campesina, que en el mesón como en las demás viviendas de la aldea se alojaba, les abriese ninguna puerta después de la batahola de la refriega, era pensar en lo imposible; y así, mientras el pedáneo y su sobrino subían trabajosamente a Cruces, los criados de don Jacobo tornaron a Santiago, maldiciendo al que en tal trance les puso, y llorando por la perdida cena, el apagado fuego, la deshecha cama y, sobre todo, ¡ay!, por los diez pesos por barba que les hicieron confundir aquella noche santiaguesa con otra del estío andaluz.

—Sólo quisiera saber—dijo amenazador el *Chosco*—quién es el grandísimo ladrón que en tal trance nos puso.

—¿Y quién ha de ser, inocente, sino el argallante del sobrino de nuestro amo, a quien por causa tuya hicimos pasar poco más o menos las mismas que estamos pasando?—le contestó el avisado Pulpeiro.

—Puede ser, puede ser—repusieron los otros.

—Es—afirmó convencido Pulpeiro.

V

—¿Qué tal el enfermo?—les preguntó al siguiente día don Jacobo mientras Jaime, sin poderlo remediar, reía con la mejor gana.

—Nos lo hemos traído para que usted lo cure—contestóle malhumorado el Chosco poniendo en sus manos el monigote que con tanto cuidado condujeron.

—¿Qué es esto?

—¿No lo ve? ¡O fillo mayor d'o demo d'o seu sobriño!...

—¡Bien se vengou, don Jaime, bien se vengou!... Mire, entrábanos el agua por el pescuezo y salíanos por los pies—dijo Pulpeiro en voz baja al estudiante.

El cual nunca más volvió a llamar a altas horas de la noche a la puerta de su casa sin que al instante le franquease solícita el paso.

Madrid, 1906.

ESTUDIANTINA[1]

A Manolo Casás

....

... y acuden en tropel a la memoria mil alegres recuerdos de los venturosos años juveniles.

Los claustros de la Universidad y los soportales de la Rúa; el Preguntoiro y la Alameda desfilan por el pensamiento como cinematográfica cinta poblados de gentes amigas.

El alma se regocija al verlas y las saluda con efusivo afecto.

Son los días felices que pasan.

(1) Este «apunte», tan pobrecito, escrito con el expresivo título que lleva, para el número dedicado por *El Eco de Santiago*, en 1.º de octubre de 1904, a solemnizar la apertura del curso, no debiera publicarse aquí. No es que los demás que contiene este libro sean una maravilla... sino que éste... no debiera publicarse.

Pero el hombre es débil.

Yo no me acordaba de él, Mas al buscar y revisar los

Confundidos con los simpáticos grupos de bulliciosos estudiantes; al lado de las arrogantes muchachas que hicieron famosa la hermosura de las hembras santiaguesas; junto a los señores de severo continente y pasear reposado, descubro a Fulano, y a Zutano, y a Perengano...

Dejadme que os hable de ellos.

¡Al diablo la tristeza! ¡Riamos!

¿Os acordáis de él?

Alto, desgarbado, de largos brazos, interminables piernas y cerdoso bigote, que, con las pobladas cejas, formaba el más hermoso juego de cepillos de botas, era un tipo notable por muchos conceptos.

La vida universitaria fué para él vida de purgatorio.

Desde el punto y hora en que hizo su aparición en la ciudad, la gente moza la *tomó* con él.

Antes fué conocido por el mote que por su nombre. Todas las mañanas, a su llegada, representábase en la Universidad la misma re-

originales para componer este volumen, me encontré con este artículo y en él, con otros apuntes, el retrato, ya con pátina por la larga fecha, de uno de los «troyanos» que más éxito y simpatía han logrado en el favor del bondadoso público. Se conoce que en 1904 ya había yo robado *La casa de la Troya*.

Y no me he creído con derecho, ni he tenido valor para despreciarlo y romperlo,

gocijada escena, que no dejaba de repetirse por la tarde en la Rúa y por la noche donde era habido.

—¡Don Trombón!—resonaba en los claustros apenas los pisaba nuestro hombre. Y al momento un alborotado coro de voces alegres atronaba el aire, imitando ruidoso el desagradable instrumento, mientras el infeliz movía presuroso sus largas zancas corriendo de aquí para allá en busca de los atrevidos, sin que jamás consiguiese dar con ellos.

Mas ¿qué valían estos disgustos comparados con los que le proporcionaban sus estudios?

El no se explicaba cómo los demás podían aprender sus lecciones. En vano el pobre don Trombón desojábase sobre aquellos endiablados libros.

Nada de lo escrito lograba penetrar en su cerebro. Para él, como si estuvieran en griego; y así llegaba a la temida época de los exámenes tan *pez* como al empezar el curso.

Pero no se arredraba por eso. Fiando su salvación a un capricho de la diosa casualidad, presentábase ante los examinadores con cierta apariencia arrogante, aun cuando en realidad lleno de miedo.

Así llegó a examinarse de Historia Universal.

Cuando el secretario del tribunal le llamó,

"produjose un movimiento de expectación" en el aula, atestada de curiosos.

Don José, aquel bendito catedrático a quien recordamos con cariñosa veneración todos sus alumnos, tuvo lástima del infeliz.

—No hace falta sacar bolas. Siéntese—le dijo.

Don Trombón se dejó caer en la silla.

—Vamos a ver. ¿Quién fué el *favorito* de Luis XIII de Francia?

El mísero se quedó aplanado. La torre del reloj cayéndosele encima no le hubiera hecho peor efecto. ¡Vaya una pregunta difícil! ¡Y luego decían que don José era tan bueno!...

Miró angustiado a todas partes buscando quien le sacara del apuro.

—El cardenal Richelieu—apuntáronle los más cercanos; pero en su azoramiento no les oía.

—¡El cardenal Richelieu! ¡El cardenal Richelieu!—tuvieron que decirle casi a gritos.

Al fin oyó. De su cara desapareció la expresión de angustia, y con aire triunfante exclamó, dejando caer poco a poco las sílabas:

—El favorito de Luis XIII fué el general Rochefort.

Carcajada general.

Al oirla, Don Trombón se levanta indigna-

do y, dirigiéndose al *respetable público*, le reprende:

—Señores: les advierto a ustedes que no tengo obligación de pronunciar bien el francés.

* * *

¡Oh, tú, mi buen Ameneiro! Si por casualidad llegas a leer estas líneas no me guardes rencor.

Tu nombre y tus hechos son, más que otros, dignos de ser llevados de una a otra parte por la fama.

¿Quién puede olvidar tus célebres chaqués de raro corte, antes llenos de manchas que estrenados; los disparates con que esmaltabas tu conversación amena; los *artísticos bandaus* en que dividías tu pelo, brillante a fuerza de agua; tu desmedida afición a la política, y aquella tu costumbre de morder el cigarro... y escupir el tabaco sobre el infeliz que tenías a tu *vera?*

—Señorita—decía el gran Ameneiro cierta noche en el casino a su pareja de rigodón, una linda muchacha que no sabía el orden de las figuras—; señorita, ahora debe usted hacer una *genuación.*

Era en mayo, el mes de los apuros. El catedrático de *romano* nos molía a preguntas.

Ameneiro, como siempre, pensaba en las musarañas.

—Dígame los impedimentos dirimentes del matrimonio, señor Ameneiro—dijo el profesor.

Y el del chaqué grasiento, volviendo de pronto a la realidad de la vida, contestó sin vacilar:

—Aluvión, fuerza manifiesta del río, mutación de cauce y formación de isla.

La escena en clase de literatura. Epoca: los últimos días de curso, días aciagos para Ameneiro.

El profesor, no queriendo ponerle en trance de quedarse callado, le pregunta:

—¿En quién iba montado Don Quijote?

Ameneiro.—(En voz baja y dando un codazo al alumno que tiene a su derecha.) Apunta, tú.

Compañero.—En Rocinante.

Ameneiro.—En un rinoceronte.

. . . . . .

¡Oh, buen Ameneiro! ¡Cuántos sin tus méritos se han hecho célebres!

1.° octubre 1904.

¡OH, JÓVENES AMABLES!...

DE SEGADOR A CANÓNIGO, O EL CORNETÍN DEL MÉDICO

ARTÍCULO DE PRINCIPIO DE CURSO

A Gerardo Doval. Estudiante heroico. Senador del Reino.

En el automóvil que nos trae desde la alegría y animación coruñesa a la quietud, la tristeza y el silencio de este singularísimo Santiago de Compostela, vienen unos estudiantes dicharacheros que no cesan un punto de bromear y reir a carcajadas. Un señor adusto, uno de estos hombres que se pasan la vida en un continuo gruñido, que no se han reído nunca, que jamás fueron jóvenes, que beben vinagre a todo pasto y odian sobre todas las cosas la risa y la juventud, lanza a los escolares miradas imponentes, aterradoras, que acaban por amedrentar a los muchachos y nos ponen a todos el corazoncito del tamaño

de úna avellana recién nacida. Bajo la fulguración de esta mirada terrible, los rapaces se de; cambian de conversación. A los nombres de rapazas bonitas que salpicaban su jaranera charla y a los proyectos de diversiones ponen serios; un indefinible malestar los invasustituyen ahora los apellidos pavorosos, cuando no los motes, de los catedráticos, y tristes lamentos sobre la dureza y estrechez de las horas que en Compostela les aguardan.

¡Ay!, la vida de estudiante es una vida áspera, toda trabajos y sinsabores. Se abandona la comodidad y el mimo de la casa paterna por el desabrimiento y las molestias de la posada. Al descuido del vagar veraniego suceden las preocupaciones de los días incontables, larguísimos, del curso... Y encima el estudio. Sólo el que ha sido estudiante sabe lo que cuesta estudiar. La vida estudiantil es terrible, terrible...

¡Oh, jóvenes amables!...

Venid conmigo al magnífico claustro de la catedral compostelana, por donde los canónigos, que llevan en la muceta, sobre el pecho, la roja cruz santiaguista, pasean fumando el sabroso "cigarillo del coro". Apenas si de rato en rato, un lapso de tiempo que aquí parece más largo, turban la paz y el silencio

de este retiro las graves y sonoras campanadas del reloj metropolitano. Todo el claustro está pisado de sepulturas. Allí duermen los canónigos del Apóstol, esperando la llamada de la trompeta apocalíptica.

Hay lápidas humildes de granito, lápidas altivas de bruñido acero, de mármol blanco como los sudarios. El tiempo, que todo lo consume, hasta las piedras, ha borrado las inscripciones de la mayoría. Sobre muchas de las que permanecen legibles campea, "vanitas vanitatum", un complicado escudo nobiliario, pregonando el abolengo ilustre de la podre que debajo sirve de pasto a los gusanos. Otras ostentan largos bombos en latín. "Vir bonus. Sapientisimæ. Virtutis"...

Entre todas sólo llama ahora nuestra atención una junto a la cual pasarán desdeñosos el epigrafista y el aficionado a la heráldica. Es, sin embargo, la más interesante. No tiene blasón.

Aquí yace—dice sencillamente—*el muy ilustre señor doctor D. Inocencio Vázquez Fernández, párroco que fué de Espadañedo, Arnoya. Canónigo lectoral de Orense. Y por último, doctoral de la metropolitana de Santiago. Falleció el* 16 *de Junio de* 1913, *a los setenta años. R. I. P.*

Falta en esta enumeración el título más valioso del ilustre muerto; ilustre, no por el tra-

tamiento que confiere la prebenda, sino por el valor de su ciencia sólida, el mérito de su palabra elocuente y la admiración de su fortaleza.

El canónigo Vázquez era hijo de una familia humildísima. No hay paisano gallego, y menos lo había en aquella época durísima de la juventud de este hombre, en que el dinero de la emigración aun no conocía el camino de la terriña amada, que no sueñe con redimir a sus hijos de la esclavitud del cultivo de la tierra. Circula en Galicia, como cierta, la especie de que cuando un labrador pudiente tiene tres hijos varones destina al más listo y traviéso a la abogacía, al otro a la Medicina, y del último hace un *crego*. Los ilotas gallegos que mal viven una vida de trabajos y miseria, sueñan con ver al *fillo* vestido de sotana, con mayor obsesión que la que produce el premio gordo a la mayoría de los españoles.

Con lo que sabemos de la juventud del canónigo Vázquez podemos reconstituir la historia de su niñez. Sin duda, el cura de su aldea, encantado con la listeza del rapaz, dábale lecciones de latín por las tardes, cuando no tenía que "sachar" con sus padres en la leira, o que llevar la vaquiña a que pastase la hierba de los cómaros de las corredoiras, a falta de la sabrosa y fresca del prado que no poseían.

Cuando el crego topaba por aquellas corredoiras con el padre o la madre de Inocencio, les paraba para decirles:

—¡Os es bien listo eso demo de rapaz, hom! Mismo es lástima que no podáis ponerlo en el Seminario. ¡Había de hacer un canónigo...!

¡"Ponerlo" en el Seminario! Vive la mayoría de los seminaristas externos en Galicia una vida paupérrima. Acomódanse, si acomodo puede llamarse aquello, en casucas miserables de los barrios extremos de las ciudades episcopales. Viven hacinados en una misma pequeña sala cuatro, seis, ocho, cuantos permite la estrechez del local, y alguno más. Pagan de hospedaje un real diario; por esta cantidad la patrona tiene obligación de suministrarles la débil luz de un candil mal alimentado, que alumbra a todos; un par de varas de suelo donde tender el escuálido jergón, que el seminarista se trae de su casa, y fuego, a cuyo amor cuece cada cual el caldo, que constituye su único alimento al desayuno, a la comida y a la cena, y que los rapaces aliñan con el contenido de la "carabela" (cesta) que todas las semanas envíanles de la aldea: patatas, unto de cerdo, repollo, judías, pan de brona, y buen apetito, y que aproveche. A veces, días solemnes, inverosímiles, "chascan", asándose en la lumbre, unas exquisitas sardinas, que llenan la

casa de picante olor, y que sólo Dios y los rapaces saben por qué milagroso camino llegaron a poder de la corporación.

Pero aun siendo tan económica la carrera eclesiástica, ¿cómo poner a Inocencio en el Seminario, si, aun no contando el coste de matrículas y libros, y quedándose el resto de la familia en ayunas la mayor parte de la semana, no tenían patacas, repolo, brona y unto bastantes para mandar al seminarista una mísera "carabeliña"?

Mas el rapaz, sintiéndose fuerte, tuvo una idea. Nadie se sacrificaría por él: él sería quien se costease la carrera... Desde entonces, todos los veranos, durante once o doce mortales años, cuando el Sol vomita fuego sobre las calcinadas llanuras castellanas, y es más grata la blandura y templanza de esta tierra bendita, Inocencio Vázquez, con un talego y una hoz al hombro, emprendía a pie con otros compañeros el camino de Castilla.

Eran otros tiempos, en que los segadores no conocían las comodidades sibaríticas de viajar hacinados en vagones de mercancías, sucios y malolientes, en trenes tardos como carretas cansadas. Era mayor que al presente, con ser tanta, la incultura de los pueblos y la falta de humanidad. Llamar "gallego" a alguien era herirle con el más injurioso de los insultos. Durante dos o tres meses, los sega-

dores vivían a merced de todas las inclemencias, y no eran las más duras las del cielo y la tierra enemigos. En todo ese tiempo no dormían bajo techado. Los arrojaban de los paradores. Ellos también preferían ahorrarse los dineros del poco amable abrigo.

Peregrinaban de pueblo en pueblo; esa enormidad de leguas que hay de poblado a poblado en las interminables llanuras castellanas y manchegas.

—¿Segamos, mi amo?—preguntaban en las casas.

—Iremos a ver las tierras—respondíanles.

Luego, en una villana pelea, regateábanles la paga. "¡Estos cochinos "gallegos", que quieren hacerse ricos a costa de los demás!..."

La comida peor era la de los "gallegos"; las peores palabras para los infelices que se derretían encorvados, bajo aquel sol de injusticia, segando el oro de las mieses con febril actividad para tener tiempo de peregrinar por otros pueblos, recogiendo, pacientes y humildes, insultos y desprecios, y preguntando en todas las puertas:

—¿Y luego, segamos, mi amo?

Tornaban, los que volvían, hechos una lástima. Destrozadas las miserables ropas, tostada la piel, negros, desollados por el Sol.

La tierna, la excelsa Rosalía, el alma de Galicia, pidió desde su triste destierro de Si-

mancas un poco de caridad para sus pobres paisanos.

Castellanos de Castilla,
tratade ben os gallegos...

Así, con la hoz en la mano, poniendo sus espaldas al Sol todos los veranos para que las castigase con sus disciplinas de fuego, y regando con su sudor y con su sangre la tierra castellana, mientras sus compañeros del seminario, de "troula" en "troula", divertíanse y descansaban de los trabajos del curso, se costeó la carrera aquel rapaciño aldeano a quien luego, ya canónigo por oposición, habían de llamar en Orense, rindiendo homenaje de admiración a su elocuencia, "Pico de oro", aquel a quien más tarde tuvo el Cabildo catedral compostelano por una de sus más esclarecidas ilustraciones.

¿No creéis que el sumario de su vida, escrito sobre su sepultura, está falto de la noticia más interesante, y que, antes que ninguno, debiera escribirse allí, para ejemplo y enseñanza de escolares comodones, este otro título, orgullo de una vida:?

"Segador en las llanuras de Castilla y de la Mancha."

Yo pienso que, de igual modo que los nombres de los soldados heroicos figuran "ad per-

petuam" en las listas de los regimientos, debieran también encabezar las listas estudiantiles que todos los días pasan los profesores en la cátedra los nombres insignes de estos otros héroes obscuros del estudio, flor de fortaleza, espejo de energía, de que hay tantos ejemplos en la vida universitaria; estudiantes para quienes los años de "troula" estudiantil no tienen alegrías, sino dolor, estrechez, trabajos, tristeza, deseos; estos escolares que nunca podrán contar que rieron, cantaron y se divirtieron en los años más felices de la vida, en los años únicos...

¿Por qué no había de encabezar una lista del seminario de Orense el nombre del segador y canónigo don Inocencio Vázquez?

¿Y por qué no había de figurar en cualquiera de las clases de la Facultad de Medicina de Santiago el nombre de don José Novoa Araujo, que creo es ahora médico de no sé cuál partido gallego? Este Novoa Araujo, estudiante de Medicina en mis tiempos, que nunca tuvo libros y andaba siempre asediando a sus amigos:

—¿Me dejas la Patología esta noche? ¿Me prestas la Terapéutica mientras te vas de paseo?

—¿Pero cómo demonios te las arreglas que nunca tienes libros? —le preguntaban sus compañeros.

Pues Novoa Araujo se las arreglaba tocando durante las vacaciones veraniegas el cornetín en una murga aldeana.

"Repinicando" habaneras y mazurkas de romería en romería, Novoa Araujo podía "sacar" para las matrículas y para pagarse una posada miserable; pero los libros tenían que bajarle del cielo.

De donde también le vendrían a aquel Gregorio, que hizo toda su carrera de farmacéutico de camarero en aquella sala segunda de San Antón donde urdían diabluras con el que firma Luis Gabaldón, Pancho Arderíus y otros preclaros varones, que profesábamos tremenda "hincha" al camarero-estudiante porque le veíamos siempre callado y triste mientras servía la mesa o nos cepillaba la ropa. Alguna vez le sorprendimos llorando.

—Qué antipático es este Gregorio—decía nuestra inconsciencia.

—Es un llorón — añadía despectivamente alguno de aquellos viriles señoritos.

¡Oh, jóvenes amables!... Ciertamente que hay también asperezas, desabrimiento y dolor en la alegre y despreocupada vida estudiantil.

Sólo que no se para uno a pensar en ello hasta que un día, con la cabeza llena de canas, vuelve a pasear, extranjero en su patria, por los claustros universitarios donde

corrió alegre su juventud, y siente el dolor tremendo de no poder tornar a vivir nunca más aquellos años...

En Santiago de Compostela. Frente a la Universidad, 8 de octubre de 1914. «A la hora de clase.»

EL MAESTRO Y LOS DISCIPULOS

«MAXIMINO»

A Jacobo López Elizagaray

Junto a la desolación de las noticias dolorosas de la epidemia gripal, que *La Voz de Galicia*, abierta con ansia y con miedo trae a nuestra angustiada morriña todos los días, ofrécense admirables, consoladores y conmovedores, tantos casos de abnegación, sacrificio y amor al prójimo de los sacerdotes de la clase médica...

Héroes más valientes que los guerreros que admira la primitiva candidez de la Historia, luchan brava y humanitariamente con la muerte, que venga en muchos el daño que la quieren hacer todos.

Ahora mismo tengo ante mis ojos la noticia de haber caído enfermos, no hay que añadir que víctimas de la grippe, muchos médicos de la beneficencia provincial residentes en Santiago, con quienes, en esta tremenda fal-

ta de médicos, se contaba para poder hacer frente al mal allí donde no hay quien lo combata, y este caso evoca en mi memoria la venerable y simpática figura de aquel gran médico de tanta ciencia como corazón de quien casi todos los galenos gallegos de ahora aprendieron: Maximino Teijeiro, honra de Fonseca y de Galicia, cuya memoria aún espera el público testimonio de admiración y gratitud que le deben sus conciudadanos.

Era una tremenda, una pavorosa noche invernal de lluvia y viento en Santiago. Una noche santiaguesa de lluvia. Ni los serenos se atrevían a cruzar, bajo el abrigo de sus gruesos carriks, las calles, violentamente batidas por el agua furiosa e implacable. Unicamente el *villeu* de la Rúa, al resguardo de los soportales, se arrojó a cantar desmayadamente, haciendo triste dúo a los canalones y a la grave campana del reloj, las dos de la noche.

—¡ Y llovieeeendoooo!...

En una habitación mísérrima de una casa miserable del suburbio cercano al río de los Sapos debatíase, presa de horribles dolores, una pobre mujer, sin otra asistencia que la compasiva pero torpe caridad de unas vecinas tan pobres como ella. El caso fué poniéndose tan grave, que una de aquellas mujerucas,

gran corazón bajo los harapos de su pobreza, despreciando lluvia y frío y sacando fuerzas de su debilidad para sobreponerse al miedo de las inundadas calles, oscuras y temerosas, salió en busca de un médico.

Todas las puertas de su camino fueron sordas a sus llamadas, acaso confundidas con el ruido estruendoso de aquella noche infernal. En el hospital dijéronle que llevase allí a la enferma provista de tales y cuales documentos.

Cobijada en la puerta, desesperada sin saber qué hacer, amenazó con un airado puño a las nubes que llenaban de agua estrepitosa las labradas gárgolas. Mas de pronto, iluminada por una idea súbita, atravesó corriendo la encharcada plaza y fué a aporrear la puerta de don Maximino.

—¡Abra, por caridad! ¡Veña, que morre!

Los apurados golpes despertaron a toda la casa. La criada que acudió a abrir quiso convencer a la mujer, que terca y suplicante no abandonaba el portal, de que el señor no podía salir a aquella hora de tan endemoniada noche. ¿Un médico tan bueno, que de Vigo y Orense le llamaban los señores, y hasta del Palacio real lo mandaron a buscar cuando el Rey niño estuvo tan malito, iba a levantarse para ir a Santa Isabel, con aquella noche, a visitar a una pobre!

Pero ya Maximino—llamémosle así con la cordial confianza con que todo Santiago nombraba al insigne médico—había oído a la mujer y, a medio vestir, se asomaba a la escalera.

—¿Qué le pasa?

Arrodillada y a gritos le invocó la mujer.

—¡Santo, mórrese!... Yo ya sé... pero mórrese... No le hay médicos ni caridad... ¡Santo, veña! ¡Hale de pagar Dios Nuestro Señor!

—Espere, mujer. Allá voy.

La familia, justamente alarmada, le hizo reflexiones. Pero el corazón de Maximino habló al de los suyos. ¿Podía él dejar que muriese sin asistencia un enfermo que llamaba a su puerta? Y calándose el chambergo de los viajes y los días de agua, luego de bien abrochado el gabán, se embozó en la capa, bajó al portal, entregó a la mujer el farol que le dió la criada, saludó al rigor del tiempo con un resignado "¡qué nochecita!" y se lanzó a la calle a cumplir su sacerdocio, sin miedo al agua copiosa, a los charcos traidores y al viento ululador y violento que le azotaba indignado.

Bien corridas las diez de la mañana, cuando sus alumnos se habían cansado de esperarle, llegó Maximino a su casa.

—¿Qué fué?

—Un parto muy malo. ¡Pobre mujer! Si no voy se muere. Es un cuadro tristísimo de miseria... ¡Pobre gente! Es un horror. Envía recado a Fonseca de que no puedo ir a clase. Tengo que volver allá en seguida. Adiós.

Pero antes anduvo en su despacho abriendo los cajones y sonando dinero, y dando vueltas por la cocina. Luego, siempre embozado, salió.

La criada entró, toda susto y aspavientos, en el cuarto de la bondadosa esposa de Maximino.

—¡Señora! ¡El señor se lleva el puchero debajo de la capa! ¡Le acababa de poner la gallina!

—Déjale. Es que tiene convidados que lo necesitan más que nosotros.

Por aquellos tiempos cantaba en Santiago la gente del pueblo, y las criadas a las anochecidas en las colas de las fuentes:

Don «Masimino» Teijeiro
es un hombre «moy» humano...

TOROS EN PONTEVEDRA

...PERO NOS REIMOS MUCHO

A D. José García Fernández.

Acabo de realizar un viaje de quince horas con quince mil paradas para ver en esta felicidad de Pontevedra una corrida de toros. Un paseo de un rincón a otro del paraíso por lo más bonito del cielo no se puede llamar pesado; mas aunque la jornada hubiera sido de un par de meses de dura por cualquier región árida y desagradable, el Desierto de Sahara, el Polo, el Congreso, o la acera del Lion, daría por bien empleadas sus penalidades.

Los aficionados de Madrid, tan acostumbraditos a que todo se haga con cierto orden, a la precisión de unos bien organizados servicios de plaza y a otras comodidades, se hubieran quedado bizcos si asisten a la corrida de esta tarde, en la que antiguamente llama-

ban los oradores de juegos florales la ciudad de Teucro.

Les digo a ustedes que estas son corridas de toros. Vayan contando:

La plaza se riega por la mañana temprano con cubos y regaderas, y de este modo, a la hora de comenzar el festejo y en las que le siguen, no se ven defraudados los espectadores en un átomo de polvo.

En la calle, en los cafés, en los paseos, en todas partes, la corrida es el asunto del día. Un corresponsal activo se anticiparía a telegrafiar el manoseado bordoncillo: "Reina extraordinaria expectación"; los toreros se llevan en la calle todas las miradas; todo el mundo tiene en la boca sus nombres, aureolados con relatos fantásticos de estupendas hazañas; se cuentan horrores de los toros, se grita, se discute... y luego todo el mundo se queda en casita, y el empresario, "perdices", según el texto coletudo. Gracias a la forastería se ocupa media plaza.

Y aun esto es milagro; porque como a la hora precisa de hacer la entrada, picadores y monos galopan furiosamente por el camino que da acceso a aquélla, para cansar los caballos, por palpable intervención del santoral escapamos los espectadores de un atropello con la consiguiente rotura de costillas y demás huesos y vísceras de uso interno.

Como los asientos no están numerados y hay que acudir temprano para coger buen sitio, los madrugadores se impacientan y media hora antes de la señalada pónense a aplaudir acompasadamente para que empiecen, como en el teatro. Llegan los toreros, y desfilan uno a uno por el callejón hacia el sitio donde tienen que formarse para el paseo.

De repente emergen, no sé de dónde, dos alguacilillos, que harían la felicidad de cualquier caricaturista. El uno lleva un sombrero negro, de estos que anuncian en una sombrerería santiaguesa: "Sevillanos legítimos de Andalucía". A fuerza de grúa han doblado a este sombrero un ala hacia arriba, y entre el ala y la copa le han colocado un plumero verde y rojo. A bien que el alguacilillo tiene un pelo crecho que esmendrella, y como el hombre quiere lucir este encanto natural, y además el sombrero le está chico, conduce éste en la mano cuidadosamente. Todo se compagina con buena voluntad. A ambos alguacilillos se les han arrugado las medias con el trajín del galope y enseñan unos calzoncillos preciosos, de medio color, entre blanco y negro, más negro que blanco.

Entra en éstas en el tendido un buen golpe de gente.

—¿Cuál es mi sitio?—preguntan a los acomodadores.

—Póñanse por ahí—responden éstos, que no quieren distraer su atención del ruedo.

Salen los toros y comienzan a verse cosas estupendas. Apenas cae un caballo, los monos sabios, unos sujetos que así Dios me asista como son de ahí, de Mollabau o de Poyo chico, le despojan de sus arreos, dejándole como la yegua su señora madre le echó a este perro mundo, y le dan la puntilla: uno, dos, tres, cinco, diez golpes. No por equivocación, sino para asegurarlo mejor. El contratista se mesa, desesperado, los cabellos al ver tanto hipogrifo cadáver; pero de pronto va el toro a los difuntos, la emprende a cornadas con ellos, levanta vivos a los muertos—¡un sujeto así en una timbirimba!—, los empuja hacia la caballeriza, los animalitos entran por sus cuatro patas, los "visten" de nuevo y vuelven a salir al acto siguiente para

Volverse a morir
y resucitar después.

Un matador, después de una gran estocada, se sienta en el estribo ante su enemigo, y cuando se dispone a descabellarle, un municipal tiende su brazo autoritario por encima de la barrera:

—¡Espere, hom!—le dice al torero. Y se lía

a arrancar banderillas para obsequiar a los amigos del tendido.

Les vuelvo a repetir a ustedes que para divertirse en una corrida hay que venir aquí.

Ahora, que yo no me quedo a presenciar la otra.

Me he divertido mucho... pero non volvo, ¡mala centella me nunca coma!

Pontevedra, agosto de 1911.

EL SEÑOR BENITO Y LOS ARBOLES DE DON EUGENIO

A Prudencio Landin.

Domingo, día de mercado.

La ciudad de Teucro, como en nuestros tiempos estudiantiles llamaban a Pontevedra los periódicos y los mantenedores de sus famosos Juegos florales, rebosa gente forastera, singularmente aldeana, que con el chacoloteo de sus zuecos, el canto de sus pregones y las alborotadas discusiones de sus compras, rompe el aristocrático silencio en que ordinariamente yacen las calles de "la bella Helenes"—como también "diciaselle" en aquellos discursos—a diario sólo gozadas por el Sol.

Huyamos del ruido de las voces y del alboroto de los colorines que llenan la anchurosa plaza de la Herrería; pongamos nuestros delicados pies a salvo de caricias de zuecos al-

deanos, y entrémonos por estas pacíficas rúas adonde apenas llega el bullicio del mercado.

A la puerta de muchas casas hay cola de paisanos pacienzudamente sentados en el suelo. Una placa colocada en aquéllas reza: en una, "Prudencio Landin, abogado"; en otra, "Luis Boullosa Mariño, abogado"; en otra, "Javier Puig, abogado", y abogado dicen al pie de otros nombres, acreditados en el foro pontevedrés, otras placas, en otras puertas, presidiendo otras "colas".

Son las horas y es el día de las consultas. La consulta d'o abogado es acaso el artículo de mayor demanda en los mercados gallegos. Más que los pollos, el maíz o los pucheros de Barro. El paisano gallego, sagaz, sutilizador, discutidor y terco, es pleiteante por naturaleza. La excesiva división de la propiedad en Galicia y la estrechez de la vida campesina son motivo constante de discusiones y pleitos. Y, por lo menos, el paisano, antes de emprender un negocio o de tomar una determinación, quiere enterarse de sus consecuencias.

Y después, ¡son tan baratos estos dictámenes que les ponen al tanto de lo que les conviene! Dos pesetas la consulta en las ciudades donde los abogados se hacen pagar más caro. Cuatro realiños en el resto de Galicia.

Pero no vayáis a creer que no sacan el jugo a los cuartiños que, tras mucho sobar y recon-

tar, dejan al término de la larga conferencia sobre "de" la mesa del abogado. Una peseta es una peseta. ¡Ay!, ¿y luego, vosotros qué os pensabais? Por esos diez patacones que el paisano suelta con todo el dolor de su corazón pide al abogado dictamen sobre todos sus asuntos, los de su familia y los de las personas de su amistad.

Y después, muchos, al llegar a la aldea, le dicen a la comadre, que espera ansiosa sus noticias:

—¡Ay, Carmela! Díxome o abogado que tienes que ir al Juzgado para que te pague tu curman, e si non non cobras. Débesme una peseta.

—¡Una peseta! ¿De qué, santo?

—Da consulta d'o abogado.

—¿Y tú no ibas a le consultar lo del prado de Salcedo?

—Iba; pero a mí por lo mío no me cobró nada, que te somos amigos.

—¿Se ha fijado usted—me decía esta mañana, señalando a la cola del despacho del señor Boullosa, un amigo—, se ha fijado usted en lo extraordinariamente parecidos que son estos paisanos? ¿Ve usted éstos? Pues cualquiera diría que son los mismos que vimos antes a la puerta de Landín o de Puig.

—Naturalmente. Como que son los mismos.

Los mismos, que en cuanto se ven ante el

otro abogado se rascan la cabeza, sin acertar a quitarse del todo el sombrero; miran recelosos a todas partes, y cuando están seguros de que no hay nadie escondido que pueda oirles... exponen, como antes, el caso de su enemigo como si fuese el suyo propio, que no consultan jamás aunque los maten.

El abogado, sin darse por entendido, contesta minuciosamente a las preguntas que el otro le formula, y cuando ya parece que la consulta está concluída y todas las dudas resueltas surgen otras nuevas.

—¿E non podría eu facer esto?

—Non. Por tales y cuales razones.

—¿E si me fan aquelo?

Así una hora... los más ligeros. Es un combate de sagacidad, de astucia, de malicia, en que el paisano, para no ser engañado, procura engañar al licenciado o doctor, que le escucha repantigado en su sillón con un caudal inagotable de paciencia y muy despierto el entendimiento para no dejarse pescar en la tupida red de sutilezas, marrullerías, perfidias y traiciones con que el otro procura cogerle en contradicción, para contrastar el valor exacto de sus consejos.

¡Ya pueden presumir de buenos los abogados de Universidad que pelean con estos demontres de "abogados d'as silveiras"! (De las zarzas.)

Como que se ha repetido muchas veces el caso de ser ellos quienes han dado con la solución que no acertó a resolver todo un Colegio profesional.

Mismo estudian c'o demo.

Cierta vez presentóse en el palacio de Montero Ríos el señor Benito, de Lourizán.

—¿Tí qué traes?—preguntóle don Eugenio, que gustaba mucho de charlar con los paisanos, estos grandes doctores en marrullería, socarronería y gramática parda.

—Vengo a hacerle una consulta, don Eugenio. ¿Querem'a contestar?—respondió el señor Benito, paseando por la cabeza las uñas, ni cortas ni limpias, de la mano, ni blanca ni suave, con que sujetaba el mugriento sombrero.

—Fala sin medo, ¡hom!, fala sin medo—contestóle campechanamente don Eugenio.

Pues vería. El, el señor Benito, era dueño de una tierra, ¿sabe? Y junto "de" esta tierra había otra. Naturalmente. El señor Benito había plantado en la linde, con la mayor inocencia, sin ánimo de hacer daño, un árbol de esos que dicen que son tan buenos para la salud y les llaman "incalitos". Y ahora, el dueño de la tierra vecina quejábase de que le hacían sombra las ramas y de que las raíces chupábanle el jugo a la tierra.

—Porque le son muy chupones, ¿sabe?

El señor Benito creía que el dueño de la leira vecina tenía razón y que él estaba obligado a quitarle el estorbo; pero su cuñado, que estudiara tres años en el Seminario de Túy y fuera una vez secretario del Juzgado municipal, porfiábale que no tenía razón el colindante y que el árbol podíase estar allí por los siglos de los siglos.

—¡Y nosotros que lo viéramos, don Eugenio! ¿Eh? Pero yo no le estoy conforme con mi cuñado, ¿sabe?, y quiero que usted me haga el favor de desengañarme. ¿Tengo derecho a tener en pie el árbol?

—No lo tienes, Benito.

Y don Eugenio le citó los artículos tales y cuales del Código civil que así lo previenen.

—Bien decía yo—comentó el señor Benito—. No tengo más remedio que derribar el arbre. ¡Tan hermoso como él está!

—Por las buenas o por las malas hay que derribar, Benito. Si vas al Juzgado pierdes.

Benito ya lo sabía. Su único temor era que el demo de su curman se empeñase en no quererle creer cuando le dijera que era tal la opinión del señor Montero Ríos.

—Mire, don Eugenio: si me hiciese el favor de me poner la consulta por escrito, ¿sabe?... Con eso dáballe con la firma de vostede n'os fuciños a meu cuñado y no me porfiaba más.

Don Eugenio accedió bondadosamente. Es-

cribió en pocas líneas su dictamen, lo firmó y entregó el papeliño al señor Benito, que se apresuró a guardarlo en las reconditeces de un escondido bolsillo.

—Moitas gracias, don Euxeniño... E...—sonriendo confianzudamente—. E logo... mire, non lle pago, ¿sabe?

—¡Saca d'ahí, hom!

—Pois logo doulle mais gracias.

Y el señor Benito, sin moverse del sitio, comenzó a dar vueltas y vueltas al sombrero entre las manos y a carraspear como quien tiene algo que decir y no sabe cómo romper.

—¿Qué te pasa, Benito?

—¡Je, je! Non se me incomode, don Euxeniño.

—¿Y por qué, Benito?

—Por unha cousa que tengo que lle decir.

—¿Qué es ello?

—¡Je, je!... Cousa de nada. Que el de los árboles, ¿sabe?, es usted y el de la tierra vecina le soy yo, ¿sabe?

—Sé, hombre, sé. ¡Está bueno esto!

—¿E logo qué facemos, don Eugenio?

—Tú dirás.

—Vostede tiene que derribar los arbres si yo se lo pido por josticia, que lo dice bien claro un papeliño que le tengo, firmado por el mejor abogado de España.

—¿Y no se equivocaría, Benito?

El señor Benito apretó los labios y rompió en seguida a reir de golpe, esparciendo por la habitación una finísima lluvia salivar.

—¡Vai boa! No se le equivoca nunca, don Eugenio... Hay que le derribar.

—O comprar.

—¡Ay, eso!... En pagándolo bien...

Xa che dixen, leutor. Estudian c'o demo.

Pontevedra, Agosto 1915.

EN TIERRAS DE PAZ

LA POETISA DE LAS MARIÑAS

A lo largo de la verja de los jardines de Méndez Núñez, formados en hilera bajo la lluvia, que cae implacable, las cortinas de negro hule caídas, y los caballos chorreantes y resignados, los típicos cestos coruñeses de las alegres excursiones veraniegas semejan un cortejo de desolación.

Cuando yo me acerco a la parada surgen cuatro o cinco cocheros de uno de los coches, en donde, resguardados del agua del cielo, entretenían el aburrimiento jugando a la brisca unos "netos" de vino de la tierra.

—¿Y luego, Foguete?—pregunto al "pincho" de quien acostumbro a servirme—. ¿Te atreves a llevarme a Morujo con este tiempo?

—¿Y no me le voy a atrever? Atrévome, señor, atrévome. ¿Y luego? No le temo a "nadia", fuera de mi mujer, así Dios me salve. Suba.—Y mientras se enfunda en su marine-

ra impermeable y se encasqueta el sudeste me interroga curioso: —¿Y luego, señor? ¿Qué milagro, usté ahora por aquí?

—Vine ayer a un asunto, que despaché en seguida; me vuelvo a Madrid mañana y ahora quiero dar un paseo por la Mariña.

—También le es humor.

—Es, hombre, es.

Partió el coche al trote de los dos incansables caballejos que de él tiraban. Dejó atrás prontamente La Coruña, el castillo de San Diego, el Sanatorio de Oza, cruzó el puente del Pasaje y se metió por aquella hermosura de país, camino de la delicia de las Mariñas.

La lluvia, menudita a ratos, y a ratos violenta, cae insistentemente sobre estos campos de inefable belleza, siempre húmedos y sedientos siempre. Gotean las nubes, los árboles sin hojas, pero ya en flor algunos, los hórreos y los aleros de los tejados. El campo está desierto; nadie cruza por el camino; los ladradores perros de palleiro se acurrucan silenciosos bajo las pallozas. En algunas casas unas mujeres curiosas se asoman a la puerta al sentir el cascabeleo de los caballos.

—¿Quén é?—pregunta desde dentro una voz femenina.

—Non sei. Será un médico.

Foguete, que ve pasar, desconsolado, una tras otra las tabernas del camino sin que yo

le diga palabra, me interpela inquieto, desde el pescante:

—¿Y luego, señor? ¿No le pide el cuerpo nada?

—¿Y a ti?

—Seique sí, señor. Un poco de tinto, o aunque sea de blanco, del Rivero no le haría mal encima de tanta agua. En casa de Tona, la de José el Navegante, hailo del bueno.

—Pues cuando lleguemos pide dos netos, que yo también soy de Dios. ¡Ard'o eixo!

—Y si le parece que antes le tomemos otros dos en casa de Marica, la de Armuño, avise.

—Aviso.

—Pues luego, bien.

Cuando el coche, al cabo de tres horas, que se cuentan por tres minutos en este camino ideal, hace alto en la plazoleta de Morujo, sombreada en verano por las hojas de estos corpulentos castaños que ahora elevan sus brazos esqueléticos al cielo, la dulce campanita de la pequeña iglesia de la aldea repica las doce. El sol rompe las nubes e inunda los campos con la alegría de su luz. De allá del lado de San Juan de Ouces vienen los cristalinos sones de otra campanita familiar, que suena suavemente en el amor de esta hora dichosa.

Angelus Domini nunciabit María...

Quince pasos por la pedregosa corredoira

y henos en el atrio de la casona de Filomena Dato Muruais, la tierna poetisa de las Mariñas. Nuestra mano golpea impaciente el aldabón dorado de la casa amiga.

—¡Ay, Filomena! ¡Juanito! ¡Carmiña! ¡Maruja! ¡Abran, que traigo más hambre que un estudiante al salir de clase!

Un perrazo blanco y canela se lanza ladrando furioso por la puerta que franquea una criada pesada y torpe.

—¿Qué es eso, señor Barbotas, no me conoce usted ya?

En lo alto de la escalera de un solo tramo, que sube del portal, suena una voz amable:

—¿Y qué milagro es este, si aún no es verano?

—"Le" vengo de interviú, Filomena.

—¿Interviú con quién, hombre de Dios?

—Con usted.

Filomena Dato Muruais, la inspirada poetisa de *Follatos*, la tierna mística de *Fe*, ríe debajo de la toca de sus cabellos blancos, que adornan como una coquetería su cara, redonda, fresca y simpática.

—No diga disparates y suba. No habrá interviú; pero le daré un caldiño de grelos que es gloria mismamente, y no habrá perdido el viaje.

Entramos en una gran sala, una de esas amplias salas de las viejas casas señoriles al-

deanas, donde hay unos muebles respetables cubiertos con fundas de rameada cretona, consolas con condelabros de bronce y fanales arcaicos, cromos y santos por las paredes, y sobre una pesada cómoda una imagen de talla de la Virgen, y, en historiados marcos, retratos de familia, alternando con mil cosas absurdas: un tintero junto al vaso con lamparillas encendidas a los pies de la imagen, un elefante de ébano, unas tijeras de podar, el cestito de costura de Carmiña, y la bolsa de tabaco de Juan Dato Muruais, el amigo a quien estrechan cordialmente mis brazos... Una gran mesa redonda bajo la que arde un enorme brasero, ocupa el centro de la habitación; sobre la mesa se extienden los naipes de un solitario con que distraía Juan el aburrimiento de la lluvia. En una silla el "Epistolario de Fradique Mendes", que estaba leyendo Filomena, y en un rincón la gloria de una pila de olorosas manzanas...

—Cuénteme cosas mientras llega ese caldiño, Filomena.

—¿Cosas de qué?

—De sus libros; de sus trabajos; de lo que escribe y lo que prepara.

—No escribo nada; no preparo nada. ¿Escribir? ¿Para qué? La escritura sólo produce disgustos. Disgustos si se acierta; disgustos de todos modos. Además los aldeanos no po-

demos hacer libros. Si ustedes, la gente cortesana, que está allí en la brecha de las envidias y malevolencias, cometen un grave pecado con atreverse a lanzar un libro, ¿cuál no será el nuestro? Yo tenía preparada una nueva edición de mis *Follatos* y otro libro de versos inéditos. *Cantos de las Mariñas*, u otro título que aún no he decidido; pero mi último reciente libro, *Fe*, me ha enseñado a aborrecer la vanidad de la letra de molde. ¡Qué batallas para que los libreros lo pusiesen en el escaparate! Qué desilusión con el silencio de los escritores católicos. Yo sabía que a estas alturas de descreimiento e indiferencia, un libro de poesías místicas es un libro absurdo, y esperaba por ello los palos y las burlas de quienes por su desgracia no conservan viva la fe de sus primeros años; pero de antemano me confortaban de este desagradable trato las voces de aliento, adhesión y defensa de mis correligionarios... ¡Qué poco sabemos en estos rincones de los inverosímiles laberintos madrileños! Han tenido elogios para mis pobres versos, Dios se lo pague, los periódicos liberales, desde *A B C* hasta el *Heraldo* ¡y *España Nueva*! Unicamente los de mi comunión, los periódicos católicos de la Corte y de otras partes, han guardado silencio. Ni una palabra; ni siquiera un cortés acuse de recibo. ¿Cree usted que

vale la pena de escribir para que "los de uno" le traten así? No hablemos más de esto; ¿qué se le va a hacer?

Filomena Dato Muruais es un alma buena, ingenua y noble, incapaz de abofetear a nadie con una frase dura.

Se ve que le ha dolido este inexplicable e indisculpable silencio de sus correligionarios; pero no tiene para esta conducta la dureza de una palabra irritada. Las palabras agrias no se han hecho para sus labios. Gran corazón, no sabe de las faltas y los pecados ajenos más que la compasión que merecen. ¿Conocéis nada más absurdo que un escritor que ignora el arte de murmurar?

Filomena Dato se queja luego de la guerra que hacen los libreros a los libros.

—Cada ejemplar que vendo me parece un milagro.

—¿Pero por qué no se viene usted a Madrid? Allí se defendería usted mejor.

Ella me contesta con uno de sus tiernos cantares, himno de cariño a esta bendita tierra:

—Teño una casiña branca
n'a Mariña antre loureiros.
Teño paz é teño amor.
Estou vivindo n'o ceo.

Mientras Maruja y Carmiña, las dos bonitas sobrinas de Filomena, disponen la mesa,

me asomo al balcón, desde donde veo, en las noches veraniegas, alzarse la luna sobre las montañas de enfrente.

Toda la Mariña, bañada ahora por los rayos de un sol de primavera, brinda su belleza a mis ojos, sedientos de esta dulzura. Los castañares desnudos de Morujo; los pinares de Reboredo; el terciopelo de los prados de Tatín; la vilá, allá abajo; enfrente Miño, el de las casitas blancas, y las aguas mansas de la ría divina besando enamoradas tanta hermosura...

Unas mujeres afanosas zarandean en las leiras los colorines de sus refajos; a lo lejos álzanse altivas las torres de Meirás, el castillo de la condesa de Pardo Bazán. Bajo el balcón de Filomena los laurelas de la huerta se besan suavemente mecidos por el viento, dulce y blando como un cantar de la poetisa de las Mariñas. Un carro canta su canción enxebre en la corredoira vecina. La mujer que lo guía habla cariñosamente a las bestias:

—¡Boi mareeelo!... ¡Anda vaca pra diaante!...

Toda Galicia, tierra de hombres enérgicos y de poetas tiernos; de aventureros audaces y mujeres fuertes; tierra de altivez y de resignación; la Galicia que trabaja en silencio y la que triunfa ruidosamente, está aquí, representada por estos escasos hombres aves

de paso en su hogar, que esperan el momento de tornar a la emigración, y por estas mujeres.

Las que hacen bellos los campos con el vigor de sus brazos, y estas otras que levantan hasta el cielo las montañas ingentes de sus entendimientos gallegos, la poesía de su prosa, de sus versos y de sus corazones.

Amorosa tierra de paz, Dios te bendiga, y conceda de vez en cuando a mi corazón el bien de un descanso en tu felicidad.

Coruña, febrero 1912.

SAN ANTONIO, LA MODISTILLA, EL MARINO Y EL DE O. P.

Desde ahora las pizpiretas modistillas coruñesas, que, sin exagerar, yo te aseguro, lector amigo, que son de lo más requetebonito del gremio, tendrán que poner junto a la imagen de su santa patrona, que no sé quién es, la de los nuevos patronos con que acaba de favorecerlas el cielo, y en cada taller, o en cada alcoba de modista habrá de verse flanqueada la imagen del santo—probablemente San Antonio, ¿cuál otro va a ser?—a un lado por el retrato de un oficial, cuanto más guapo mejor, de nuestra Marina de guerra, y al otro por el de un guardia de Orden público, uno de estos sufridos Jobs, que ahora acaban de probar en las revueltas aguas ferrolanas que son tan corteses y galantes con su casco feo y su guerrera fúnebre, como el más cumplido caballero de la corte de Versalles.

La botadura del *España* armó una revolución en los talleres modistiles coruñeses. Mariquiña, Monchiña y Carmiña no daban, desde hace más de un mes, puntada que no acompañasen con el comentario de las maravillas que iban a verse en Ferrol los días del lanzamiento.

—Dicen que irán todos los marinos de España libres de servicio.

Imagina, lector, lo que es un marino para la fantasía de una muchacha joven, bonita y llena de ilusiones. Y no digamos nada si es modista, y, además de modista, porteña.

—Y más, también dicen que van a ir los estudiantes de Santiago en automóviles.

Ahora, si tienes la desgracia de no haber sido estudiante en Santiago con vacaciones en La Coruña, por muchos esfuerzos que hagas no puedes imaginarte lo que representa uno de estos muchachos alegres y despreocupados para el corazón romántico de una modistilla coruñesa.

—¡Ah, y la noche de la botadura te habrá un baile magnífico en el "circo" de artesanos!

Todas las Carmiñas, Monchiñas y Mariquiñas de todos los talleres coruñeses, que ya tenían bastante para arder en deseos de verse en Ferrol tal día solemne, no necesitaron más para decidir el viaje. De La Coruña saldrían aquel día unos vapores de ida y

vuelta, a precios económicos, con el tiempo suficiente para ver caer el barco, darse un paseo por el cantón de Molins y la calle Real, y una vueltecita por el baile, y volverse a casa tan contentas, a media noche, sin miedo al mareo de la Marola.

—¿Y para todo eso qué dinero hará falta?

—Un peso para el vapor.

—¡Ay, San Antoniño, un peso!

—Y más diez reales para comer.

—¡Tú también! La comida la llevaremos de casa.

—O en último caso, no comemos. Por un día...

—Y qūe en el baile te habrá ambigú.

Y fueron decididas, alegres y muy compuestas—ellas que visten a la más última—para no dejarse vencer por las modistillas ferrolanas, sus rivales en belleza y elegancia.

La pícara Marola, con su ir y venir de olas alborotadas, que tan pronto levantaba el barco hasta las nubes como lo dejaba caer, las entretuvo más de la cuenta y llegaron a la ría ferrolana cuando ya el *España* se balanceaba en las aguas. Les quedaba el paseo y el baile. Pasearon y bailaron. Los estudiantes compostelanos las abrumaron a chicoleos; los obreros ingleses del Arsenal no las dijeron nada al principio; se contentaban con mirarlas muy serios, con los ojos

azules muy abiertos y chispeantes, pero acabaron, perdida la serenidad británica, por hacer competencia de piropos a los estudiantes.

De pronto, una voz inexorable las volvió a la realidad:

—Monchiña, las doce y media, y el vapor sale a la una.

Corriendo se fueron al muelle de Curruxeiras, que está al otro extremo de la población.

—¿Quién era ese tan guapo que bailaba contigo?

—Uno de medicina. ¡Bien podía retrasar la salida el vapor!

Estaban de suerte. Un marinero les anunció en el muelle que el estado del mar no permitía entonces la salida del barco. Partiría a las siete de la mañana. ¡Qué gusto! La verdad es que el mar pagaba galantemente el disgusto anterior. Gracias, rapaz. Perdonado lo de la Marola y al baile otra vez.

—¡Corre, Carmiña!

—¡Anda ligera, Moncha!

* * *

"De orden del señor comandante de Marina, y por el estado del mar, se prohibe, hasta nuevo aviso, la salida de barcos de este puerto."

Monchiña, Carmiña y María se quedaron consternadas al despertar por la mañana del sueño de la víspera leyendo este aviso, fijado en la Capitanía del puerto.

—¡San Antoniño! ¿Y qué hacemos?

—Esperar. Marinero, ¿le tardará mucho en ponerse bien el mar?

—¡Ay filliñas, seique sí! La cara es de mal humor para unos días.

—¡Miña Virxe do Carmen!

—Vamos a ver si hay asiento en los automóviles a Betanzos.

—Te piden cuatro y seis pesos; me lo dijo ese estudiante que bailó conmigo toda la noche. Qué guapiño, ¿verdad? Me ha ofrecido venir a La Coruña en Carnavales.

—En Carnavales, sabe Dios dónde estaremos. Aquí, muertas de hambre. Yo sólo tengo dos reales y un can gordo, y estos tres pasteles, envueltos en el pañuelo, que me regaló en el ambigú el inglés.

* * *

Con los dos reales de ésta, los seis de aquélla y los tres cans gordos de la de más allá, amén de los pastelillos del inglés, pasaron el día allí, sentadas, bajo los soportales del muelle, sin atreverse a entrar en el pueblo para que no se burlasen de ellas. El mar

ofrecíase cada vez más enfurecido. ¿Qué te habían hecho estas pobriñas, bribón?

—¿Cuándo saldremos, marinero?

—Va para unos días. Lo menos siete, como las pulmonías.

—¡Madre!

Algunas más animosas decidieron ir andando hasta Betanzos, cuarenta y tantos kilómetros. Las más se quedaron allí acurrucadas, dejándose azotar de la lluvia infame que se colaba violenta bajo los soportales, para estropearles los vestidos que cosieron afanosas en tantas horas robadas al sueño.

Al caer de la tarde vieron llegar al muelle a un marino, señor de edad, que debía ser el jefe, según las cortesías y acatamientos que todos le hacían.

—Señor marino, déjenos marchar. Diga que salga un barco con nosotras.

El general Bastarreche, que éste era el marino, se hizo cargo de la situación.

—¡Pobrecillas! No es posible que salga ningún barco ni hoy ni mañana, ni quién sabe hasta cuándo; pero vengan ustedes, que les voy a proporcionar bueno y honrado alojamiento hasta que el temporal se apiade de ustedes.

Y al punto dispuso que las malaventuradas muchachas fuesen alojadas en el transporte *Almirante Lobo*.

Otras modistillas que tuvieron la suerte de encontrarse con el capitán de Orden público señor Peña, encontraron alojamiento más prosaico, pero abrigado, en la prevención, y, luego, fueron también acogidas en el *Lobo*.

¡Oh qué aventura! ¿Cuándo la olvidarán las románticas muchachas? En el barco fueron tratadas con la más cariñosa atención y correcta caballerosidad. Ellas vivieron unos días alegres sentadas en corrillos a estribor o a babor, y cruzando miradas encendidas de ilusiones con los lobos del *Lobo*, corderillos para el caso.

—¡Ay, mi madre! ¿Cuándo se tranquilizará este mar, Moncha?

—¿Y qué prisa te corre, Carmiña? Mira aquel contramaestre qué buen aquel tiene.

—A mí te me gusta más ese alférez del bigotito negro.

—¡Qué bien se está aquí! No nos faltaba más que un poco de música por las tardes para poder bailar un rato, como los veranos en Riazor.

* * *

¡Cuán breve la felicidad! Ayer el mar, el bendito mar, se dejó cruzar por los barcos, y las modistillas fueron reintegradas en el *Almirante Lobo*, a La Coruña.

Y ahora, Monchiña, Mariquiña y Carmiña tienen en sus alcobas, junto a la imagen de

San Antonio, un retrato. Las más románticas, el de un marino de bigotillo negro y uniforme deslumbrador; las más prácticas, el de un guardia de Orden público, con su casco tan feo, su guerrera tan severa y sus catorce reales tan seguritos.

Y no se sabe a punto fijo a quién van dirigidas las oraciones que todas las noches antes de soñar murmuran fervorosos sus labios roxiños, mientras clavan suplicantes sus ojos profundos en el santo... o en el otro.

La Coruña, febrero 1912.

EL CASTELLANO DE ANZOBRE

LA COCINA Y EL ARTE DE COMER

Hace pocos días, el cartero me entregó una carta de "Picadillo", del excelso "Picadillo", cocinero mayor de estos reinos. Era una invitación para asistir al banquete con que iba a obsequiar en su Pazo de Anzobre a sus compañeros los periodistas coruñeses, para celebrar la próxima salida de la quinta edición de su famosa *Cocina práctica.* ¡Un banquete en casa de "Picadillo"! Una vez más nuestro respetable amigo el señor Lúculo iba a comer en casa de Lúculo.

Allá me fuí por lo mismo que no debía; por lo mismo que el desasosiego de mis pobres nervios me impone quietud, por lo mismo que el doctor Hervada, uno de los mayores y más sólidos prestigios médicos de Galicia, me ha sometido a un "régimen de hambre"... que ¡ay! ¡ay! y cien veces ¡ay! me engorda más.

—"¡Fíese usted de la química!", como dijo el otro.

Pero aun sin el aliciente de hacer lo que no se debe, el viaje al Pazo de Anzobre tiene otros muchos para un devoto tan ferviente como yo del paisaje y del país gallego.

Hay un fuerte, un grato contraste entre la blandura, la mimosidad, la feminidad de los valles y los castros mariñanos que de continuo recrean mis ojos, y la virilidad, la masculinidad y a ratos la rudeza de aquellos otros paisajes de montes desolados, y feraces y alegres cañadas, sin la pompa y majestad de los castaños mariñanos, pero con el vigor y la fortaleza de los robles centenarios, con pinos que se quejan,

¿Qué din os rumorosos
n'a costa fervescente?;

y con el Océano por fondo del cuadro; el mar bravo, el mar rugiente y espumeante batiendo de continuo, incansable, los inconmovibles cantiles y las arenas áureas de la costa temerosa...

Es otra Galicia, una Galicia más áspera, más varonil, más fuerte, reflejo de la raza singular en que se funden la blandura y la virilidad.

Y deducid consecuencias de lo aparente. Acaso esta comarca es la más rica de la provincia. No es necesario que nos lo cuente ningún compañero de viaje; se ve al momento. Las casas son buenas; apenas se ven "americanos"; nadie viaja a pie; hombres y mujeres caminan en poderosas yeguas o en esos nervudos e incansables caballos del país, capaces de tragarse en una jornada, sin salir de su paso, todas las carreteras de la provincia; ¡hay hombres!, y lo mejor es que todo esto tiene "carácter", ese carácter que se ha perdido en muchas partes de Galicia, y principalmente en las rías e inmediaciones de los puertos, por la influencia del "americanismo" y el afán de las aldeanas de imitar en sus vestimentas al señorío de la capital. ¡Vierais la de cuellos búlgaros y blusas y faldas de ultimísima que se lucen por esas romerías!... Allí no. Allí todavía las mujeres llevan el castizo peinado de trenzas y ciñen el opulento busto con el clásico pañuelo de "piña", anudado atrás. Allí se habla en gallego todavía. Otra cosa fuera indigna de las gentes que habitan el famoso "fogar" de Breogan.

Pero sobre todas estas cosas, con ser tantas, sobre el mismo Pazo, señoril y aldeano, a un tiempo casa de labrador acomodado y quinta de señor artista, está la figura de "Pi-

cadillo", o don Manuel María Puga, el noble castellano del Pazo de Anzobre.

De Puga sólo sabe la mayoría de las gentes que es "Picadillo" un señor rico, que escribe libros de cocina y hace sabrosísimos platos, e ignoran cuanto hay de sutil, delicado y artista en este espíritu encerrado en tan enorme corpachón. Sin necesidad de visitar el Pazo de Anzobre y descubrir en la disposición de la casa, en las obras de arte que allí se encierran y en el culto que allí se rinde al país la intimidad espiritual de "Picadillo", adivínase en su afición al arte de la cocina, en el que los espíritus ligeros sólo ven la ansiedad de la glotonería.

El hombre grosero traga; el delicado paladea. Atiende aquél solamente a la cantidad, mirando sólo la satisfación de su glotonería; pide éste al comer el recreo de los ojos, del olfato y del gusto, y busca, para sazonar y disimular lo que de material hay en este acto, la espiritualidad de una conversación discreta e ingeniosa sobre temas gratos.

"Picadillo" no es un cocinero, sino un hombre que profesa el arte de comer bien; un humorista que urde con los jamones, la pimienta, la vainilla y el azúcar deliciosas paradojas. El no sabe, o no quiere saber, de escuelas de cocina, como Brizuela o Dome-

nech; no admite otros clásicos que los del pueblo; fuera de ahí, es un arbitrario. Por lo mismo acierta con lo justo, con lo bueno y con lo exquisito.

"Picadillo" o Puga es además, y sobre todas las cosas, un gallego enxebre, que tiene muy cultivado aquel espíritu burlón característico de la raza, que da a los hombres cierta superioridad sobre los demás y sobre sí propios. Que es la verdadera superioridad.

Elevarse sobre las propias flaquezas y dominar y responder con un donaire a la miseria propia es facultad de muy contados hombres.

Puga fué una vez a un sanatorio alemán a que le rebajaran algunos kilos, de los doscientos o trescientos que tiene su humanidad.

El, que gusta tanto de conversar, no podía hablar con nadie. Le mataban de hambre a él que come tanto y es doctor en los placeres de la mesa... Y todo esto lo contaba en unas crónicas rebosantes de gracia y buen humor, que aumentaron la tirada de *El Noroeste*, del cual fué, con Pan de Soraluce y Tella, una de las más firmes columnas.

Pues otra vez dieron los rillotes coruñeses en hacerle, al pasar, blanco de sus dichos soeces. Puga ni se alteró, ni corrió tras ellos,

ni hizo ademán de tirarles piedras, ni consintió que los amigos que le acompañaban saliesen a su defensa.

—Dejadlos, que me hacen mucha gracia—decía—. ¡A ver, ti—propuso encarándose con uno de los pilletes que iban detrás de él gritándole: ¡Hombre gordo! ¡Hombre gordo!—, doite una peseta si me llamas otra cosa nueva!

Y el otro, después de pensarlo un rato, plantóse ante Puga, y, tendiéndole la mano para recibir el premio, gritóle:

—¡Alifante!

—Muy bien. Ahí van los cuatro reales. Y esos perros para vosotros—díjoles a los demás, arrojándoles un puñado de calderilla. .

Desde aquel día los rillotes persiguieron aún más a "Picadillo". "Picadillo" les repartía cuartos para que le chillasen. Era una nueva, cómoda y lucrativa industria con que la suerte favorecía a la golfería de playa. No hay que decir si le cayeron parroquianos.

Pero una mañana levantóse "Picadillo" de mal humor, y cuando salió a la calle pasó, displicente, por entre la rillotería, que le aguardaba.

—¿Y luego no nos da nada?—preguntáronle extrañados.

—¡No!—contestóles secamente.

—¡Ay!—dijo llamándose a engaño el más

avisado de los pillos—, pues si quiere que le llamemos algo tiene que pagarlo.

—No pago nada.

—Pues luego, adiós.

—Pero venid acá.

—¡Vaya de ahí, hom! Como es rico quiérese divertir a costa de los pobres. ¡Pague! ¡Pague!

Y desde entonces, cuando algún rillote intentaba decirle algo a "Picadillo", siempre había algún compañero de harapos que le avisaba caritativamente.

—Calla, no seas tonto. Que te pague si quiere que le insultes.

Un hombre así tiene que escribir forzosamente libros deliciosos, aunque sea sobre materia culinaria; y yo os juro que *La cocina práctica* es uno de los libros más amenos y graciosos que corren por el mundo. No es un libro de cocineras, como son todos los de cocina que se escriben. Es un libro de entretenimiento, escrito con mucho donaire; un libro para reir con él y para chuparse los dedos con sus recetas.

A ver quién da más.

Del delicioso día que pasamos en Anzobre, ¿para qué voy a hablaros? Yo soy un hombre que sabe practicar la caridad y, aunque no lo merezcan, se compadece de los que sufren con la alegría ajena.

Lo único que puedo deciros es que hago fervorosos votos por que el año que viene publique "Picadillo" la sexta edición de *La cocina práctica*.

Por él, por la estancia en el Pazo, por el banquete, por el paisaje y por los alalás y los aturuxos de la vuelta.

¡Jujurujú!

La Lagoa, n'as Mariñas meigas, septiembre 1913.

MONTE LOURO

A Alfredo de la Iglesia.

Mientras los frailes rezan o meditan en el silencio de sus celdas, yo trazo estas cuartillas en un pobre aposento del monasterio de franciscanos de Monte Louro, en donde este redactor del *Heraldo* ha encontrado cariñosa y agradecida hospitalidad.

Vive ha largos años en este convento, después de haber corrido muchas tierras predicando la fe de Cristo, un pariente mío, que, para convidarme a visitarle, me ha puesto como aliciente, junto al cariño y el deseo de quienes unidos por vínculos de sangre y afecto no se han abrazado hace muchos años, la tentación de un magnífico, estupendo paisaje, uno de tantos prodigiosos panoramas galegos, que mi fraile me pondera entusiasmado como muy superior a la delicia de las mimosas mariñas betanceras... ¿Quién puede atreverse a sentar un "más" definitivo comparando montañas, rías, valles y rincones de

este país inverosímil, único, para el que son parvos todos los adjetivos entusiastas y frías todas las hipérboles admirativas?

Aun sin tanto, hubiérale bastado al periodista la consideración del tentador reportaje que el convento le ofrecía para decidirle al heroico viaje. Heroico, si.

Id contando: Seis horas en distintos automóviles, veinte minutos a pie, una leve cabalgada a cuestas de un marinero, en la ría de Noya, desde las peñas que hacen oficio de embarcadero en la baja mar hasta la dorna que en media hora nos conduce al vaporcito que al caer la tarde, hora y media después, ha de dejarnos en Muros; cuarenta y cinco minutos en bote desde aquí a Monte Louro, más tres horas de parada y fonda en La Coruña, más diez y siete con noche en Santiago, más cinco y media al siguiente día en Noya, que hacen un total de treinta y tantas para trasladarse desde un punto céntrico de la provincia de La Coruña hasta este otro lugar de la misma provincia, Muros, porque todavía (bendito sea Dios, que da tanto aguante a los gallegos), como en los tiempos gloriosos de las diligencias, los viajes están aquí dispuestos de manera que el viajero tenga que ir haciendo parada y consumo en todos los puntos del camino.

Pero ¡vive Dios! que, antes que protestar, hay que agradecerlo. Lo irritante sería pasar por tal delicia sin saborearla a placer. Yo, Señor, acúsome ahora, contrito, dolorido, desesperado, del gravísimo, enorme, irremisible pecado de no haber conocido antes este milagro que se llama Noya. Bien castigados son los ojos y el corazón que no gozaron la felicidad que brinda esta ría maravillosa entre todas las maravillas. ¿Qué lira, qué elocuencia, qué exaltación será capaz de cantarla?

Poned en esta dorna que se desliza ahora mansamente por el terso espejo de estas aguas, patroneada por Loliña—una mujer intrépida, joven y bella, que conserva en sus ademanes y actitudes la nobleza y la gracia estatuaria de sus abuelos los griegos, fundadores de la gloriosa Noya—, al poeta más apasionado, y enmudecerá de asombro, sin que sus dedos acierten a herir las cuerdas de su lira, que sonarían discordes en un doloroso gemido de impotencia.

—Ya sé, amigo, ya sé—comentará aquí, avisada, la malicia—. En esas orillas, en medio de la dicha de gráciles maizales, suaves colinas, gentiles pinos, arboledas opulentas de próvidos frutales, ondas de plata y cielo radiante; en el tiempo más bello y solemne de la beethoveniana, monstruosa "sinfonía del verde" escrita en los campos gallegos, se alza

un convento de frailes... No me digas más. Hubieras comenzado por ahí, y te ahorrarías tantas ponderaciones. ¡Bien saben elegir! Epicuro metido a fraile no hubiera acertado con más bello retiro...

* * *

Todo lo que es en la ría de Noya dulzor, blandura, feminidad, tórnase en seriedad, vigor, adustez y rudeza en la pequeña ensenada de Louro. Cíñenla dos montes escarpados, rocosos; la arena de la playa no es fina, como la de los playazos de moda, sino gruesa y hostil; por todas partes surgen peñas agresivas, que diríanse desgajadas del monte cercano, precediendo a aquellas otras que en la altura parecen próximas a caer arrollándolo todo. Acaso esta ensenada que se abre en la misma boca de la ría, junto al mar libre, inmenso, fué un tiempo refugio de fieros contrabandistas, que esperamos ahora ver surgir de un momento a otro defendiendo a tiros su cargamento y su vida de peña en peña, en una huída desesperada. No hay aquí maizales, árboles frondosos ni praderías plácidas. Sólo alternan con los peñascales los pinos bravíos, que se quejan melancólicos al moverlos el viento.

En este lugar agreste, lejano del mundo,

en una hondonada, callado, humilde y pobre como la miserable choza de la pedregosa soledad de Rivotorto, asilo del serafín de Asís y sus doce primeros compañeros, escóndese el convento de los franciscanos de Louro.

No busquéis en la casa sencilla primores arquitectónicos. Un atrio amurallado, en cuyo centro se eleva un crucero, precede al cenobio. Murmura a un lado una fuente. Un púlpito, semejante al de San Vicente Ferrer del patio de los Naranjos de la Catedral sevillana, se alza en un rincón, junto a la pequeña puerta de la iglesia. Desde allí transmiten los mínimos la palabra de Dios al pueblo, que, en las fiestas solemnes, se apiña, silencioso y creyente, en la explanada. La iglesia es limpia, sencilla y pobre.

Respondiendo a nuestra llamada, suena lejos una campana discreta. Un lego, afable y risueño, nos franquea la puerta y vase diligente a anunciar al padre Ramón la inespesada visita, que hemos cuidado de no prevenir... Una vaga inquietud, cierto inexplicable desasosiego se apodera de nosotros al encontrarnos en este pequeño y bajo claustro de ese estilo sobrio característico, señoril y severo de las construcciones gallegas de los siglos XVI y XVII, que el insigne Murguía, el armonioso prosista, llama "de los maestros de obras", y al pisar luego las galerías, rotu-

ladas con nombres de santos y teólogos de la Orden, "San Antonio de Padua", "San Buenaventura", "J. D. Escotus", y en las que permanecen cerradas y mudas, avivando nuestra curiosidad, las puertas de las celdas, mundos desconocidos en que quisiéramos penetrar.

Expira la tarde. Suena en el pequeño campanario una campanita argentina, infantil, seráfica.

—La campanita del convento de Louro—me ha dicho en Santiago al despedirme Jesús Corredoira, el grande, el extraño, el místico, desconcertante heredero del Greco—vale todas las molestias del viaje. A conocerla, hubiérale dedicado Rosalía la ternura de unos versos.

Al conjuro de la campana deslízanse por los claustros unas sombras silenciosas que se sumen en las celdas. Son los frailes que vienen de la "recreación" de la huerta y se recogen a hacer la hora de meditación que precede a la cena. Calla la campanita inefable; cesan todos los ruidos; llora el silencio la muerte del día... Me han dejado solo en la habitación que me destinan, el lujo que guardan para cuando visita el monasterio el arzobispo o se hospeda alguna persona de consideración, aunque sea de tan mínima como el cronista: una sala de respeto amueblada

con sillas de Vitoria, un banco de madera sin pintar y una mesa de pino, y el sibaritismo de una alcoba con dos sillas, una mesa de trabajo amparada por un Crucifijo y una Virgen del Carmen bajo un fanal, una mesilla de noche y una cama con colchón de lana.

—¿Qué hacéis? ¿Cómo vivís? ¿Cómo sois? —me pregunto trémulo de curiosidad frente al misterio de las celdas mudas.

Sobre mi mesa encuentro un libro: "Reglas y constituciones generales de los frailes Menores".

"En el nombre de Dios—dice la primera página—comienza la vida de los frailes Menores.

La Regla y vida de los frailes Menores es esta, conviene a saber: guardar el Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo viviendo en obediencia, sin propio y en castidad.

Y de ningún modo les será lícito salir de esta religión, conforme al mandato del señor Papa, porque, según el Santo Evangelio, ninguno que pone mano al arado y mira atrás es idóneo para el reino de Dios.

Y todos los frailes se vistan de ropas viles... Y no tendrán dos túnicas..."

Convento de Monte Louro, septiembre 1914.

«¡POUSA, PITELOS!»

A Victor Fraga.

—¡Pousa, Pitelos!

Desde que se llega a la villa simpática, y ya hemos nombrado a Noya, que tiene su asiento en el rincón más bello de Galicia, nos sale al paso en todas partes este dicho, final regocijado de "conversas", tratos y discusiones, acogido siempre con risas.

—¡Pousa, Pitelos, que non e teu! (Déjalo, o pósalo, Pitelos, que no es tuyo)—contestan las paisanas en los comercios—a la subida petición de precio con que el comerciante se prepara al inevitable, largo y tenaz regateo. "Pousa, Pitelos", dicen las "pescas" en la plaza a las señoras regateadoras, quitándoles el peixe de la mano. "Pousa, Pitelos, comentan incrédulas las comadres cuando llegan al punto inverosímil del chismorreo que oyen golosas; y "Pousa, Pitelos", contesta la artesana bonitiña a las apasionadas protestas amorosas del mozo

por quen pena namorada,

que se le va declarando mientras bailan el agarradiño en la frondosa Alameda, a compás de la banda o de la gaita—¡herejes!—de las fiestas patronales.

—¿Pero y luego qué Pitelos es ése?—acaba por preguntar el forastero, intrigado.

Y se lo cuentan en un corro, que oye regocijado la sabidísima historia, digna de cantarse en estos mármoles y bronces modernos que se visten de letra impresa.

Pitelos fué un hombre que habló una vez con un ánima, o mejor, a quien le habló un ánima, con una voz tan clara y distinta como la de usted y la mía, suponiendo que no haya ronquera por medio...

Pitelos era zapatero en la tierra que fué famosa por sus artesanos de zapatería. Y no fué un zapatero cualquiera, sino un zapatero fiel y exacto cumplidor de todas las costumbres y tradiciones que entonces, "en aquel ínterin", como él diría, regían la vida de los agremiados de San Crispín. No dice el archivo municipal viviente que me comunica estas noticias si Pitelos trabajaba bien o mal, porque sobre no haber "constancia" archivada de ello, no importa al caso, aunque es de suponer, dada la alta fama de los del oficio en esta villa, que Pitelos fuese un buen zapateiro.

Por lo menos, no le faltaban los atributos

externos de tal, indispensables "en aquel ínterin". Pitelos era bebedor, muy bebedor, hasta más allá de la alegría que disculpa y de la pesadez que molesta, y republicano, muy republicano; de los viejos, ¿sabe? El, como sus compañeros, votaban siempre a quien les decía don Víctor, pero en lo demás le era republicano y bien republicano, de los que no creen en esas paparruchas de la reiigión y de los curas, aunque tenía una fe acendrada en Dios Nuestro Señor, y en el Santísimo Cristo del Miñadoiro, y antes faltaba a la taberna que a misa y a la procesión de Nosa Señora do Carme, que ampara a los marineros cuando luchan con las borrascas de la maligna agua. Y respetaba al señor cura viejo, que era un buen crego. Y creía en las Animas, de quien fuera siempre devoto. ¡Ay, en las Animas, sobre todo! Como que hablara con ellas de tú por tú, como nosotros estamos hablando ahora..., aunque no por escrito, ¿eh?

Y no estaba borracho entonces. Como que era viernes. ¿Y cómo se emborrachaba un zapatero en viernes? Además, Pitelos estaba casado "en aquel ínterin" con la señora *Berbericha*, la pesca de lengua más fácil y sonora en la plaza, y de manos más expeditas y pesadas en casa si Pitelos osaba tocar para su bebida a un solo ochavo, como se contaba entonces, de la pestilente calderilla que la

Berbericha traía del mercado. Bueno, aunque no fuera por le andar en el dinero, las manos y las uñas de la *Berbericha* también andaban listas por otras muchas cosas, sobre las espaldas o por la cara de Pitelos. Pero como "en aquel ínterin" Pitelos estaba siempre borracho, pues Pitelos no se enteraba, y quedaba a salvo su dignidad de hombre, de zapatero y de republicano.

Aquel día aciago era viernes, tan lejano del jornal del último sábado que no había dónde echar un "neto" de vino. ¡Qué sed! Pitelos hasta estuvo tentado de beber agua en la fuente de la Alameda, con mengua de su dignidad de hombre de principios inconmovibles e irreductibles, que no comprendía la existencia del antipático elemento ni para regar las tierras. No hablemos de su uso para lavarse. ¡Puah!

Y en éstas, Pitelos, que, deambulando a la anochecida por la villa, en busca de un providencial amigo compasivo que convidase a un "neto", iba de acá para allá, ve ante sí, abandonado en la calle, un poco más arriba de la hosca taberna del "Ferrolan", un jarro colmado de negro y aromático vino.

Pitelos se "relambió" por anticipado de tal modo, que le quedó la cara limpia, y, no hay que decirlo, se dispuso a caer sobre el jarro en el mismísimo "ínterin".

Pero...

El cementerio, con una bella iglesia en su interior, de mérito arqueológico, está casi en el centro de la villa. Sin duda lejanamente aquello fué parroquia y atrio, en que, según la costumbre del país, se enterraba al amparo de la iglesia. Por razonable sentimiento de amor, más lógico y humano que el estúpido miedo de la ignorancia, fué el tiempo agrupando casas alrededor de la morada de los muertos, y el cementerio, cercado con su tapia y cerrado con su verja, quedó casi en el centro de la villa.

Y aconteció aquel día que la señora Aurea se quedó dormida, a la tarde, en la iglesia, haciendo sus rezos al Santísimo Cristo del Miñadoiro. Y cuando despertó y salió, encontróse con que el sacristán había cerrado la puerta del cementerio. Esperó pacientemente a que alguien pasara, hasta que vió venir a su amiga la señora Emilia, que venía de la taberna del "Ferrolan" con el vino para la cena de su marido, el maestro de Pitelos, y cuando la tuvo cerca la llamó:

—¡Ay, Emilia! No te asustes, muller, que no soy ánima del otro mundo, sino tu amiga Aurea, que me quedé dormida en la iglesia y el sacristán me dejó encerrada. Vai llamarle, hazme el favor, que me venga abrír.

—¿Pero, y el vino? Váseme verter.

La señora Emilia dudaba, temiendo la pérdida de una gota del precioso líquido. ¡A cuarto el cuartillo costaba entonces! No le estaban los tiempos para despilfarrar.

—Pousa (posa) ahí el jarro, mujer, que yo te tendré cuenta de él, que ahora no pasa nadie.

La señora Emilia dejó el jarro en el suelo, ante la verja del cementerio, a la vista y bajo la vigilancia de la señora Aurea, y se fué diligente en busca del sacristán.

Y en éstas, Pitelos, el sediento Pitelos, que se lanza sobre el jarro y lo coge ansiosamente con las dos manos para que no se le escape.

Y cuando lo tiene cerca de la boca, una voz conminadora, que viene del lado de las tumbas, le ordena:

—¡Pousa, Pitelos, que non e teu!

Pitelos se echa a temblar. ¡Si llega a ver la señora Emilia su jarro goteante! Pero el caso no le era para menos. ¡Un ánima! ¡Le había hablado un ánima del otro mundo! Y tornaba a repetirle con prisa:

—¡Pousa, Pitelos!

El lo negó siempre resueltamente; pero el ánima afirmó luego que Pitelos sacó fuerzas de su deseo para rogar, ya de rodillas por el temblor de las piernas:

—¡Un sorbo!... ¡Te diré diez padrenuestros! Déjame echar un sorbiño.

Pero el ánima, inflexible, le ordenó:

—¡Pousa e vaite! (¡Déjalo y vete!)

Y Pitelos se fué de prisa, dando traspiés, como si llevase dentro el vino de diez sábados. Y aun oyó reir burlonamente al ánima, según contó luego a su mujer, que le recibió de uñas al verle en aquel estado.

—¡También hoy, borrachón! ¡Ya hasta los viernes!

—No, mujer, hoy no. Ha sido un ánima, un ánima del otro mundo. Huéleme el aliento, muller.

—¿Pero y él no dice que le ha emborrachado un ánima?—gritó la *Berbericha* en el colmo de la ira.

De aquel palizón sí que se enteró la dignidad de hombre, de zapatero y de republicano de Pitelos; pero guardó secreto para que no padeciesen tantos prestigios juntos.

La que resultó una charlatana fué el ánima. Toda la villa se enteró del suceso al día siguiente.

Y allí se le acabó a Pitelos el beber descuidado y a gusto. No más borracheras.

Iba a entrar en la taberna del "Vacacheirenta" o del "Ferrete", o ya había conseguido colarse después de mirar receloso a todas partes y tenía golosamente en la mano la colmada taza, cuando una voz cavernosa le detenía:

—¡Pousa, Pitelos!

Y Pitelos dejaba el vino y salía huyendo.

No le bastó irse a beber lejos, fuera de puertas, a una legua, en Boa en la taberna del "Morcego", o a legua y media, pasado el puente de Don Alonso, en la de Lendoiro. Hasta allí le perseguía la voz del ánima.

Hasta recurrió a ir a la aristocrática taberna del Ferrolan—¡él tan republicano!—y esconderse en alguno de aquellos departamentos separados por tablas que no llegan al techo ni al suelo, con largas mesas y sendos bancos en cada uno, al modo del viejo colmado de "Carmen", que aún conservan clásicamente algunas tabernas gallegas—gallegos y andaluces, primos hermanos—; pero no le servía de nada, porque antes de que llevase la taza a la boca una voz cavernosa le obligaba a dejar el vino y a salir de estampía.

—¡Pousa, Pitelos!

Unicamente en su casa saciaba de vez en cuando su sed si lograba, en un descuido, atrapar el jarro que la *Berbericha* llevaba para la cena.

—¡Pousa, Pitelos!—le decía también la mujer, amenazándole.

Pero él, "relambiéndose", reía, y con la boca en el jarro, contestaba seguro:

—Ahora eres ti.

Y se bebía el jarro ansiosamente, de una sentada, antes de que pudiera quitárselo la señora *Berbericha,* que muchas veces le dejaba hacer, porque también sus manos y sus uñas necesitaban de vez en cuando la expansión que ahora les escaseaba la continencia de Pitelos.

Pitelos renegaba de esta vida, no obstante la comodidad y el buen comer que la entrega íntegra de los jornales a la cajera señora *Berbericha* le proporcionaba. Como que hasta se hizo un traje nuevo, cosa que no le había ocurrido en la vida, y se compraron una cómoda, aunque poco tenían que guardar en ella, que fué la envidia y la conversación de la plaza del pescado durante mucho tiempo.

Hasta que un día, el pelo blanco y los años pesados, Pitelos, luego de recibir devotamente los auxilios necesarios, se murió.

—Ahora sí que pouso de vez—fueron sus últimas palabras, despedida a la llorosa señora *Berbericha,* que se mesaba los cabellos buscando nuevo empleo a las iracundas uñas—. Ponme el traje nuevo, muller, que buenos sacrificios me ha costado.

Y cuando ante aquel cortejo tan numeroso y escogido, parroquianos y el gremio entero: todo el partido, presidido por don Víctor, agradecido al constante y leal apoyo de aque-

los buenos electores que siempre le votaban sus candidatos, bajó pesadamente la caja a la fosa, tuvo el pobre Pitelos, como cualquier empingorotado personaje, su oración fúnebre, que brotó en un coro espontáneo:

—¡Pousa, Pitelos!

MARIÑANA

EL HIPNOTISMO Y LAS CATALINAS

"¿SONÁMBULA?" "¿QUÉ?"

Pues, señor, yo voy a escribir esta croniquilla, o lo que sea, para disculparme de no escribirla, y no hay en ello, según verá el que leyere, nada de "paradoxal", y usted perdone el empleo de la palabreja, "crixpadora", como diría el cura del cuento, tan en boga entre la cursilería literaria.

Verá usted: Seguramente usted conoce a Manolo Agra, aunque no sea más que de oídas, si es que no le ha visto alguna vez en el pescante de sus automóviles-correos, o en el Cantón o el Pedregal, dirigiendo la complicada colocación de la carga y embutido de viajeros, en aquéllos. Todos caben y ríase usted de leyes físicas.

—La cuestión para ellos, y para mí, es que ninguno se quede en tierra, ¿no es así? Pues tira. "Avanti".

Bueno, pues este Manolo Agra, que es la

mayor actividad y estoy por decir que la única de su pueblo, no contento con servir a éste de medio comunicador con el mundo sensible, ora materialmente con sus automóviles-correos, ora espiritualmente con la pantalla de su cinematógrafo, acaba de ponerle en comunicación con el mundo suprasensible...; y que se presente en la Dirección general cualquier otro contratista de comunicaciones con más variedad y extensión de recursos que éste para relacionarse con todo el mundo, o mejor dicho, con todos los mundos.

El caso es que a Agra, deseoso de novedades para su "cine", se le ocurrió contratar para distracción del vecindario y de las dos o tres familias veraneantes a que ha quedado reducida la hasta hace poco numerosa y productiva colonia veraniega, a cierta famosa profesionista del sonambulismo teatral.

Debutó la sonámbula el sábado, y tuvo tal éxito, que el domingo se llenó el lindo salón.

El profesor, como supongo que se llamará el presentador de la sonámbula, fué y vino, gordo, bonachón, sonriente y agudo, entre el público, sirviéndose de unos y otros espectadores para acreditar sus experimentos

—Sonámbula, ¿qué objeto tiene en la mano este caballero? ¿Qué hay dentro de esta cajita? ¿Qué dice este papel? ¿Qué piensa este señor?

La sonámbula iba contestando satisfactoriamente a todas las preguntas, como es de rigor en esta clase de experiencias públicas, sin que la gente le diese mayor importancia a la cosa. Tú me entretienes; yo me divierto: estamos en paz.

Pero ocurriósele a Herr profesor un nuevo interrogatorio.

—¿Dónde está, qué hace, cómo se llama y cuántos años tiene el hijo de este caballero, el padre de aquel otro y la abuela del de más allá?—Y aquí fué Troya...Troya la capital de la Tróade, no la de "junto de la Azabachería" en Santiago.

Una mujer de no sé qué aldea cercana, levantóse en su butaca:

—¡Ay, yo también quiero perjuntar y saber.

—Pues pregunte—contestóle complaciente el profesor.

—¿Y usted y más la señora me pueden decir dónde está mi marido?

El profesor, más bonachón y complaciente que nunca, transmitió la pregunta.

—En Buenos Aires—respondió la sonámbula.

—¿Y por qué no viene?—tornó a preguntar la aldeana, recatándose de todo el mundo, al oído del profesor, que en seguida transmitió en voz alta la pregunta.

—Porque está con otra—volvió a responder la sonámbula, entre el general alborozo, que, ¡señores, señores!, me pareció un poquito fuerte, porque, ¡caramba!, eso de que el marido de una mujer de las Mariñas esté con otra mujer, vaya usted a saber si de otro marido, en Buenos Aires, no es precisamente para regocijar a la interesada, por mucho que le alegre al interesado.

Sin embargo, Dios me perdone, pero me parece que mella, mella, lo que se llama mella, sin mezcla de Vázquez, no le hizo mucha la noticia a la mujer, quien parecía harto más preocupada que con ella, con el cuchicheo que se traía con el profesor, al término del cual hubo de preguntar éste, acomodándose un poco a la sintaxis local:

—¿Pero él va a enviar cuartiños o no?

—Sí; ha enviado ya dinero. Lo trae el correo.

Regocijo particular de la interesada, y miraditas envidiosas de algunas de las que antes se reían.

—¿Y va a venir pronto?

—Sí.

—¿Pero y luego a cuál quiere más, a mí o a la otra?

—A usted.

Cuartiños, cariño... No se había perdido todo.

Ahora, que falta saber lo que en análogo caso contestará en Buenos Aires una sonámbula, cuando a la otra le llegue el turno de interrogar.

Pero a lo que estamos. Desde este punto, el crédito y la caja de la sonámbula, que había venido a esta veira do mar a entretener con las modestas pesetas que de aquí pueden sacarse en dos funciones, la espera de su debut en el Pabellón Lino, han subido como la espuma, ¿qué como la espuma?, como las del Banco que está en la calle de Alcalá esquina al Salón del Prado, y que por cierto no tiene nada de espumoso.

Anunció una función extraordinaria para el día siguiente, y el teatro se llenó hasta los topes de catalinas, que se colgaban del profesor y no sé cómo no le destrozaron el frac y la barriguita a puros tirones y achuchones, para que respondiera a sus preguntas.

¿Conciben ustedes tirando seis patacones en una función de teatro a una de estas catalinas que vienen a veranear sórdidamente con el unto, las patacas y el repolo en la faltriquera, para no gastar?

Pues así fué. El "aristocrático" barrio de la playa donde ellas sientan no está bien decir sus reales, sino sus cadeliñas, quedó desierto; el salón de baile catalinesco al aire libre que ha establecido allí un industrial avi-

sado, desierto también; el organillo, silencioso; las tiendas en donde ellas dan la pelma, solitarias, y Agra haciéndose de oro con tanta calderilla.

¿Pero qué fueron esos seis patacones para los pesos que ellas soltaron luego?

Porque la sonámbula, en cuanto descubrió el fértil campo que a su trabajo se ofrecía, dejó de andarse por las ramas de los espectáculos teatrales para establecer una consulta particular, que ríanse ustedes de la cola que tiene la puerta del abogado más famoso en día de mercado. Y nada de peseta, como cualquier empingorotado jurista regional. Rico peso por consulta en la fonda y veinticuatro realiños si sale de casa y va a recibir a la aldea. Y sin haber estudiado la ley Hipotecaria con Troncoso.

Las consultantes son al salir de la consulta o al llegar a su casa interrogadas con más afán, por las que esperan, que los políticos que salen de Palacio por los periodistas un día de crisis.

—¿Qué che dixo?

Y una conocida comerciante de esta vila —porque "le va consultar" hasta la aristocracia, como en Madrid, no se piense que son sólo las catalinas—cuenta que la sonámbula le dijo cuando tuvo la última carta de su marido, y que la tiene guardada en la cómoda.

—Y si usted quiere—cuentan que agregó la dormida—se la puedo leer ahora.

—¡Ay, non, non—se apresuró a manifestar la interesada—. No hace falta que me la lea nadie, que ya la leí yo.

Y otra refiere que la sonámbula le notició que su marido está bueno y trabajando mucho y bien. Que gana muchos cuartos. Que por el correo le envía bastante dinero. Y que piensa venir en seguida.

—¿Y tú que la dijiste?

—Yo la dije que si le podía decir que se dejase estar por allá otro poco y siguiera enviándome, que se lo dijese, que esto está muy malo.

Con todas estas cosas la fama de la sonámbula sube hasta las nubes, y ya no son sólo los pesos que las catalinas trujeron para no los gastar los que llenan su caja, sino que de las aldeas cercanas y mismo de la misma vila le llueve también el dinero que es una bendición para ella.

Y que digan luego que hace falta madrugar para que ayude Dios. Durmiendo se pasa el día la sonámbula, y sale, según la cuenta que la curiosidad pueblerina le lleva, por sus buenos veinte duros y aun por sus magníficos treinta.

Habrá que ver cómo estarán las meigas de cada rueiro con la competidora catalana que les ha salido en la vila.

Y de a vintecatro reás nada menos.

¡Quén os vira!

¿Mas cómo indignarse con las crédulas mujeres, ni con quien endulza sus tristezas de ausencia con el consuelo de unas noticias optimistas, que ellas reciben alborozadas creyéndolas a pies juntillas, con zuecos o sin ellos? ¿No sería hasta inhumano privarlas de esta alegría tan barata?

¿Y en nombre de qué?

¿Sabe nadie cuál es la verdad ni en dónde tiene el pozo y el espejo?

No; no seré yo, como advertí al principio, el que escriba el artículo que el suceso del Pedregal merece. ¿Para qué?

Sobre que yo creo también un poquito en esto de las sonámbulas desde que conocí en el mercado de La Coruña a aquella vidente famosa, de cuádruple y quíntuple vista, perteneciente al honrado, bullicioso y odorífero gremio de pescas, que apabullaba con sus adivinaciones a las parroquianas regateadoras.

—¿Sonámbula?

—¿Qué?—contestaba otra compañera chungona.

—¿Cuánto dinero lleva en el monedero esta señora?

—Tres patacones y una cadela.

—¿E non hay ningún falso? Mirao ben.

El Couto, septiembre 1917.

EL GRAN LINO

DE VENDEDOR DE PERIÓDICOS A CAPITALISTA

La verdad es que pasar por La Coruña, escribir de La Coruña y no hablar de Lino Pérez, el Ducazcal gallego, el hombre más popular de la capital de Galicia y de Galicia entera, el que fué durante tanto tiempo, "y "le" es todavía, ¡qué caramba!", encarnación de la alegría de la ciudad alegre por excelencia, es una grave falta de la que yo quiero redimirme, rindiendo al gran Lino el homenaje que merece.

Porque se puede venir a La Coruña y no visitar la torre de Hércules, ni el Orzán, ni la playa de Riazor a la hora del baño, ni la Redacción de *La Voz de Galicia*, ni pasear por el Relleno, ni dar una vuelta, o las que "cuadren", por la calle Real a la hora de los encantiños, ni hacer la deleitosa excursión a la meiguería de las Mariñas; pero no ver a Lino, no hablar con Lino, no comprar periódicos en casa de Lino, no entrar en el pa-

bellón Lino, no hacerse amigo de Lino, no ser obsequiado por Lino... ¡Aunque lo prohibiese la ley marcial!

"Azorín" ha pasado cierta vez unos días en el encanto de La Coruña. Pues desde entonces, siempre que "Azorín" encuentra a un amigo coruñés, después de los breves cumplidos de rigor y del subsiguiente, inevitable, largo silencio, le pregunta invariablemente:

—¿Y Lino? ¿Y el pabellón?

Es que Lino, sobre ser un carácter interesantísimo, a disposición del primer novelista o comediógrafo que quiera utilizarlo, es el símbolo de la alegría, la afectuosidad y la actividad coruñesa... cuando en La Coruña había actividad, iniciativas y entusiasmos.

Para nosotros tiene Lino un título más, y muy considerable, a nuestra simpatía, y diremos también que a nuestra admiración, una admiración que se parece mucho a la envidia: Lino es "periodista"; pero no un periodista de la desagradable y pobre clase de los que escribimos los periódicos, sino de la otra, de la afortunada, de los que los venden y vendiéndolos se hacen ricos.

Y Lino, empresario de teatros, propietario hoy, y nada menos que en la calle Real, librero, adinerado y popularísimo, pone por cima de todos sus títulos actuales aquel otro, porque siente el orgullo de sus comienzos, y

cada vez que sale a plaza "Don" Lino, él recuerda satisfecho y orgulloso a Lino.

—Mire, yo le empecé de vendedor de periódicos. Cuando la guerra del Norte. ¡Aquellos sí que eran tiempos! Mi padre le era carpintero de una funeraria. Eso de la muerte no le iba conmigo, que siempre fuí muy alegre. El taller de mi padre, con aquellos demos de cajones, se me hizo muy estrecho; lo dejé y me puse a vender *El Telegrama*, un gran periódico para entonces, que le hacían el señor de Faginas, padre del redactor de *La Voz* don Robustiano, y el señor de Abad. Aquí no sabía nadie vender periódicos. ¡Mucho dinero me lo tienen dado a ganar carlistas y liberales!

Cuando no había noticias de la guerra, Lino, con certero sentido periodístico, reclamaba del señor Faginas y del señor Abad la composición de un telegrama descriptivo de una gran batalla. Los otros negábanse; pero Lino razonaba de un modo contundente y muy gallego.

—Mire, usted cuente la batalla sin miedo, que no desacredita el periódico. Seguramente la ha habido, sólo que el Gobierno la oculta. Debía también de hablar mal del Gobierno. Eso le está bien siempre y gusta mucho.

Como cuando Lino se empeña en una cosa no hay modo de resistirle, la batalla se

daba y Lino atronaba la ciudad con sus pregones... diferentes, según el barrio. Por la Pescadería o ciudad nueva, donde los elementos liberales estaban en mayoría, Lino gritaba:

—¡*El Telegrama*, con la tremenda derrota de los carlistas!

Y rectificaba en la ciudad vieja, aristocrática y nea:

—¡*El Telegrama*, con la espantosa derrota de los liberales!

—Mire, señor de Lugín: más de una onza me le tengo ganado algunas veces con estas batallas que armábamos entre el señor de Faginas y yo. Ahora no saben hacer periódicos, y perdone. Todos los días, antes de ponerse a escribir, debían ustedes de llamar a los vendedores: "A ver, ¿qué queréis que digamos?" Y se vendería más. Palabra. Bueno, también los vendedores tenían que ser mejores que éstos.

Y dirigiéndose a los angelitos, que sin moverse de la Rúa Nueva tienen la comodidad de vocearnos en montón: "¡Periódicos! ¡Periódicos de Madrid! ¡Periódicos!", para que pique el que buenamente quiera picar, Lino les increpa:

—¡Hay que vocear bien! ¡El *Heraldo de Madrid*, con la tremenda derrota de los rusos...! ¿A usted le importa algo de los ru-

sos? Porque si no, decimos de los alemanes.

Los acompañantes de Lino reímos un poco.

—Reiros, reiros—contesta él—; pero así voceaba yo, y todo el mundo me compraba, y me querían todos, y todos charlaban con Lino—y poniéndose serio Lino, evoca, emocionado, el hecho más culminante de su juventud y casi casi de su vida: más grande para él que la inauguración del pabellón del Relleno, que la compra de la casa de la calle Real, casi casi que el nacimiento de su hija, la simpatiquísima Manolita—: Y siendo yo un humilde vendedor de periódicos, vino a La Coruña don Alfredo Vicenti — Lino se descubre; ¡oh, Lino singular, que tienes la rara virtud del agradecimiento!—y me llevó a comer con él a la fonda, ¡en el comedor!, lleno de señorío, no os vayáis a creer, y luego me ayudó y me dió los paquetes de periódicos de Madrid...

Y de aquí en adelante, con su simpatía, su donjuanismo, su saber gastar el dinero, sus iniciativas, su actividad y, sobre todo y siempre, su honradez y su laboriosidad incansable, Lino Pérez, vendedor de periódicos, orfeonista, tenorio, librero, actor y empresario, alegre, servicial, amigo de sus amigos y coruñés "hasta más adentro de la medula", hizo la difícil conquista de La Coruña, que hoy le tiene en tanta estima como a cual-

quiera de sus hijos más ilustres, y cuando no le oye vocear a la puerta de su teatro, nostálgico de sus buenos tiempos de vendedor de periódicos, o no ríe con sus famosísimos "calambures", siente como si le faltase la mitad de su alegría.

Por su parte, el Ducazcal coruñés trata a su público con la más afectuosa confianza, y, si a mano viene, hasta se permite reprenderle, como aquella vez en que salió al escenario de su teatro para increpar a los alborotadores que en la última sección de una temporada varietística exigían a cierta estrella de la ligereza de ropa que se despojase de la única prenda que vestía.

—¡Que se la quite! ¡Que se la quite!—rugía imponente la masa.

—¡Cultura, señores, cultura!—recomendó Lino avanzando hasta las candilejas—. ¡Cultura... que ya se la quitará!

Otra vez, siendo Lino empresario del teatro Principal o de Rosalía de Castro, salió a anunciar la consecución de una prórroga de dos funciones de la célebre trágica Mimí Aguglia, que había alcanzado un éxito enorme en La Coruña.

—Respetable público—gritó Lino atragantado con el nombre de la actriz siciliana, enrevesadísimo para él, que hace los más graciosos retorcimientos con todos los apelli-

dos—: tengo el gusto de participaros que he conseguido contratar por dos funciones más a la... la... la...—llamando a la rebelde memoria con unas castañetas más sonoras que los pitos de la Imperio—a la tiple esta tan buena.

—¡Huy, tiple!—rió con el resto del teatro un señorito de la primera fila.

—Bueno, lo que sea, tú; que a lo mejor no has pagado.

—¡Que siga hablando!—le gritaron desde un palco.

—Y más lo haría mejor que vosotros; porque vosotros mucho de aquí—señalando a la boca—, pero Lino habla de acá—golpeándose el corazón—. Y todos lo saben. Bueno, lo principal es que todos compréis localidades y que se llene el teatro, para que la... la... bueno, como se llame, vea que aquí sabemos distinguir.

—Y para que Lino gane. ¡Viva Lino!—gritó uno en el gallinero.

—¡Viva! ¡Es claro!—respondió Lino haciendo mutis.

Y dirigiéndose a Mimí Aguglia, que sin entender palabra asistía a la escena desde la primera caja, le explicó risueño:

—Aquí le somos así. Muy paveros.

Pero desde que le quitaron el teatro, para no hacer teatro, Lino es un poco menos Lino

que antes; La Coruña se aburre con tanto "cine" y con tan poco Lino, y también Lino, que, rico y dispépsico—¡lo que trae el dinero!—, ha adoptado un aire pesimista, que sienta muy mal a quien fué siempre un cascabel, y lloriquea:

—Mire, los tiempos están muy malos; La Coruña ya no le es La Coruña; no le hay negocios: no se le puede vivir. ¿Vamos a bebernos unas botellitas de "champagne"? Con una langosta, ¿eh? No tenga usted aprensión. Eso de los microbios lo dice la gente para despistar. Y para no le gastar dinero. Le conozco el mundo. Y más las langostas...

La Coruña, agosto 1917.

FIGURAS DE LA GUERRA

LAS BATERIAS GALLEGAS O LOS ARTILLEROS DE LA LEGION

A Adelardo Novo, Director del *Diario Español*, de la Habana.

Cuando más descuidados vamos por la Puerta del Sol, unos brazos amigos, unidos a un corpachón de gigante, o por ahí por ahí, que nos estrechan cordialmente, y un vozarrón conocido que hace retemblar el ministerio de Piniés, nos transportan a los días inolvidables del campamento de Segangan.

Es el capitán Argudín, el argalleiro Pepe Argudín, el famoso capitán de las famosas baterías gallegas, una de las figuras más populares de la columna Sanjurjo y de mayor relieve e interés en la dura campaña melillense.

Con su característica media garrota, sus al-

pargatas, o sus zapatillas en invierno—"Le voy así, ¿sabe?, porque los moros son de confianza y porque si en confianza me dan un balazo, no tienen que andar cortándome botas y leguis, que me le cuestan los cuartos. Y está todo muy caro, ¿sabe?"—, y con su vozarrón y su acento enxebre, siempre dicharachero, el capitán Argudín, del valeroso tercero de montaña, era la alegría de las operaciones en las guerrillas de la Legión, donde actuaban las heroicas "baterías gallegas". ¡Lo que Argudín se divertía en los "fregados"! ¡La alegría con que sobrellevó las incomodidades y el tedio del campamento! Sólo tuvo competidor en esto en su amigazo el teniente Olavide, de la Legión, almacén de cuentos, de risas y de travesuras. Gentes que nacieron para la vida guerrera y que se encuentran en ella en su elemento.

La presencia de uno de sus bravos capitanes nos recuerda que estamos todavía en deuda con los heroicos artilleros de las "gallegas", que, mal avenidos siempre con la existencia de "ingleses", vamos a pagar ahora mismo para nuestro descanso.

Entre las unidades que alcanzaron mayor honrosa fama en esta campaña de Africa una de las colocadas en lugar más alto es el "grupo expedicionario del tercero de montaña, de guarnición en La Coruña". Decir

en los campos melillenses la Legión de Millán Astray, el batallón de La Corona, la guarnición de Monte Afrau, los Regulares de Ceuta, los jinetes de Alcántara, el batallón de Toledo o las "baterías gallegas", como allí se llama a estos artilleros que manda el comandante don Leoncio Aspe, es pronunciar un nombre heroico ante el cual se cuadran respetuosamente todas las bravuras, y a cuyo alrededor flamean orgullosamente las cintas de la corbata de San Fernando.

El día durísimo de Taxuda, el bravo comandante Franco dijo de las "baterías gallegas" que eran baterías "legionarias", y desde entonces el grupo expedicionario del tercero de montaña tiene un nombre lapidario, que es su mejor ejecutoria:

"¡Los artilleros de la Legión!"

La artillería tiene asignada en la guerra, como máxima aproximación al enemigo, una distancia de 2.500 a 3.000 metros. Las "baterías gallegas" han venido actuando como mayor distancia a 2.000 metros, que es como las empleó siempre el valeroso Sanjurjo..., y de 2.000 metros en adelante—adelante hacia el enemigo—ellas la acortan hasta límites técnicamente inconcebibles.

¡Como que generalmente se emplazaban entre las guerrillas de la Legión!

¡Ey, carballeira!

Así, el día de la toma de la Esponja, el ataque a la bayoneta de los legionarios lo prepararon las baterías coruñesas, especialmente la cuarta, tirando ¡a 200 metros!

Acaso técnicamente sea reprensible este ímpetu valeroso; pero en la práctica, que es la sentenciadora suprema, ha sucedido alguna vez que fué salvador ese exceso. Tal, ese comprometido día de Taxuda, culminación del heroísmo de los artilleros del tercero de montaña.

En su casa, conocedores del quebrado y laberíntico terreno, terreno de película americana de aventuras, y conscientes de cuanto en aquellas horas se jugaban, los moros pelearon, atacaron con más energía y resolución que nunca. A la desesperada.

Utilizando su táctica serpeante, arrastrándose escondidos, "se colaron" por un barranco libre, fácil camino para envolver a nuestras tropas.

—¡Que vienen los moros!—gritaron en distintas partes al percatarse de la maniobra.

—¡Pues vamos a verles la cara! (textual)—respondieron los artilleros de las "baterías gallegas".

El momento era comprometidísimo. Difícilmente el fuego de fusil y las ametralladoras contenían el resuelto, tenaz y numeroso avance. El terreno era el menos pro-

picio para jugar la artillería... ¡A boa parte foron!

En menos que se cuenta fueron subidas a brazo las piezas a una altura conveniente en aquella extrema vanguardia, y armadas, no se concibe cómo, "amontonadas" una sobre otra, en terreno técnicamente imposible y muy escaso, y los moros, cuando se consideraban triunfantes, llenando los aires con sus alaridos victoriosos, se vieron batidos por las "baterías gallegas", punto menos que a bocajarro, con extraordinario y orgulloso regocijo de los rapaces del tercero de montaña, que saborearon el raro placer de ver tan de cerca el efecto de sus proyectiles.

—¡Dalle!—decían sustituyendo a la voz de "¡Fuego!"

—¡Doulle!—comentaban gozosos entre grandes risas a cada blanco, sin dar por su parte importancia ni aun atención a la lluvia de plomo que a tan corta distancia les enviaban.

En toda la campaña, singularmente en su primera parte, tan dura, difícil y costosa, jugaron con elogio unánime las baterías del grupo expedicionario del tercero de montaña.

Embarcadas en La Coruña el 26 de julio, llegaron a Melilla el 30, cuando aún no repuesta la plaza del tremendo susto y amenaza de la catástrofe, vivía en continuo sobre-

salto, sufriendo el paqueo que a sus mismas puertas, en el límite de sus barrios extremos, casi dentro de éstos, le hacían los rifeños, y esperando anhelante el desembarco de las tropas salvadoras.

Mandaban el grupo expedicionario del tercero de montaña el comandante don Leoncio Aspe y los capitanes marqués de la Atalaya, don Fernando Casado y don José Argudín.

Desde su llegada a Melilla, y agregadas a la columna Sanjurjo con la Legión y los Regulares de Ceuta, las "baterías gallegas" actuaron eficazmente en todas las operaciones. Los convoyes y combates del Atalayón, Casabona, Segunda Caseta, Sidi Hamet, Nador, Taxuda, las Esponjas, etc., etc., ilustrarán honrosamente el historial del tercero de montaña, y de la Artillería.

En el reñido convoy del Atalayón, el 6 de agosto, tuvieron nuestras baterías las ocho primeras bajas, que luego, en el total de la campaña, hasta nuestro regreso, llegaron hasta cuarenta y siete heridos y catorce muertos, de cuatrocientos hombres que integraban este cuerpo. (Más bajas que todo el resto de la Artillería junta que opera en Africa.)

Pero no creáis que ello impresionó lo más mínimo a los "artilleros de la Legión". Antes al contrario, la sangre de sus hermanos

les dió mayor ardimiento para cumplir su deber y vengar a aquéllos. Para honor del tercero de montaña, estas ocasiones fueron siempre motivo de un sereno heroísmo, que diríamos espartano, si no fuese tan gallego.

Tirando a trescientos metros en la Esponja, caen heridos dos muchachos y muerto otro, todos de la cuarta batería.

—"¡Dalle a esos mouros de m...!"—reclaman con frase cambronesca del apuntador, sin vacilar ni moverse de su sitio, los compañeros de los caídos, con el alma puesta en la mira y en el disparador.

Una mañana, en Tahuima, explota un proyectil, revienta una pieza, mata a dos hombres, hiere a cuatro, cercena los dos brazos al cabo Angel García Zapino, natural de La Felguera (Oviedo), y las otras baterías siguieron haciendo fuego, sin moverse, sin alterarse; pálidos, demudados los rostros, pero sin desatender un momento a su deber.

En Nador, un cañón enemigo dedicado a contrabatir nuestra artillería, les "emplumó" un proyectil Schneider, de siete con cinco, en la batería sexta, la del capitán Argudín, matando a siete hombres, tres de los cuales y un caballo quedaron sin cabeza. Imaginaos el terrible momento, el cuadro horrendo, aun allí donde todo eran horrores. Pues los artilleros de la Legión, como buenos "legiona-

rios", permanecieron firmes en sus puestos, incluso los de la sexta, haciendo fuego incesante, obedientes a la voz serena del jefe. Sólo después de mucho rato, cuando recibieron la orden de suspender el fuego, fueron a maldecir y a rezar, con los ojos arrasados en lágrimas, ante el cuadro espantoso.

Con oro y brillantes escribiríamos, a poder, el nombre del artillero Feliciano González, natural de Salceda (Pontevedra). Alto ejemplo de bravura, disciplina, estoicismo y fraternidad, Feliciano estaba municionando esta misma batería, cuando, momentos antes de ocurrir la tragedia relatada, fué herido de un balazo en el pecho. Sin enterarse, el sargento, atento a sus disparos, pidió con prisa al rapaz más municiones. Y Feliciano, sin decir nada, fué por más, y aun tornó otra vez, hasta que la pérdida de sangre dió con él en tierra casi al mismo tiempo que caían los infelices a quienes hirió el proyectil Schneider. Los camilleros acudieron rápidamente en auxilio de Feliciano González, mas Feliciano los rechazó, y señalando a los que acababan de caer, les ordenó:

—¡Deixádeme a min, e collede a eses, que están muy maliños! (Dejadme a mí y coged a ésos, que están muy malitos.)

El Alto mando otorgó a este valiente y humanitario artillero uno de los premios men-

suales de mil pesetas, que para los soldados más distinguidos en la campaña ha instituído, con nunca bastante elogiado españolismo, el director del popular *Diario Español*, de la Habana, don Adelardo Novo, con fondos de una suscripción pública.

Las heridas no son nada para "los artilleros de la Legión". Otro rapaz, Ricardo Castro, herido en la explosión de Tahuima, olvidóse de su daño para animar a sus compañeros:

—¡No es nada, no es nada! ¡Tirad! ¡Tirad! ¡Darlles!...

La orden del grupo ha citado dos veces al sargento Serafín Aparicio, denodado suplente de la falta de oficiales y servidores de la misma batería en las peligrosas y trágicas circunstancias relatadas.

Imposible seguir contando uno por uno todos los hechos notables de los artilleros legionarios. ¿Qué soldado, clase, oficial o jefe de las "baterías gallegas" no puede enorgullecerse con un meritorio hecho guerrero?

Sin embargo, no podemos resistir a la petición de muchos soldados, corroborada por las alabanzas de los jefes, que agradecidos, nos piden que saquemos a la debida luz los nombres de los suboficiales don Valeriano Hernández, don Florencio Santos y don Cristóbal Martínez, que, cuando las tropas lleva-

ban a las operaciones los poco agradables y menos alimenticios ranchos en frío, ellos lo servían caliente a sus bravos artilleros, a los que, gracias a estos activos y habilidosos proveedores, ni aun en los días de mayor escasez o carencia de patatas, tan indispensables en un ejército, les ha faltado el riquísimo tubérculo militar por excelencia. Cada tortilla y cada paella se comieron en aquellos "fregados" con música de tiros.

No olvides, lector risueño, que si los ejércitos se forman con corazones, los corazones no andan solos, ni, según la popular sentencia, son los pies los que los llevan. Mucho hace el que manda y el que se bate; pero mucha es la parte también del que pone a las tropas en condiciones de dar todo lo que se les exige.

Estos son los artilleros del grupo expedicionario del tercero de montaña. Gallegos en su inmensa mayoría, extremeños en otra buena parte, con algunos andaluces—gallegos y andaluces, primos hermanos—y tal cual astur, pariente no menos próximo, son iguales ante el peligro. Disciplinados, aguerridos, bravos sin jactancia, magníficos soldados, en fin, si acaso, hay que pedirles continencia para no lanzarse al ataque. El general Sanjurjo, que cuando mandaba esta columna gustaba de mezclarse con los valientes de

la extrema vanguardia, cuentan que dijo una vez viendo a sus artilleros:

—Si a éstos les pusieran una bayoneta en cada cañón, no esperaban el toque de ataque para ir "a por ellos".

Un solo sentimiento de amor patrio y dignidad personal, una rigurosa y fácil disciplina, un solo hombre para obedecer y combatir, soldados de España, honra de su arma, los artilleros del comandante Aspe, cuando tornen a sus hogares, podrán exclamar con legítimo orgullo, mirando cara a cara a los más altos:

—¡Yo fuí de las "baterías gallegas"! ¡Los artilleros de la Legión! ¡Ey, carballeira! ¡A quen me dea un pao doulle un peso!

1922.

DE TI PRA MIN

«LA TROYA» Y LOS «TROYANOS»

QUIÉN ES BARCALA

Carta abierta a un preguntón.

Todo intrigado y curiosón me pregunta usted desde el coleguiña *El Noroeste* "¿quién es Barcala?", y, amablemente, me invita a que descubra el incógnito de este personaje de *La casa de la Troya.*

Pero ¿hasta qué punto le es permitido y lícito a un autor habiar de sus libros, descubriendo su más íntimo secreto? ¿Y aunque lo sea, y haya de cederse, como en este caso, a la gentileza de una amable invitación, no atribuirá la gente a vanidad lo que es sólo ineludible cortesía? ¿Y no será también torpeza de prestidigitador poco avisado mostrar la trampa, privando al juego del picante atractivo de adivinar lo entrevisto?

Mas como, por otra parte, no es posible, sin pecar imperdonablemente de desatento, desairar la invitación de usted, que han suscrito luego otras personas, disculpe el pecado de indiscreción, que en ello puede haber el deseo de corresponder con mi obediencia a la bondad de todos, y vamos allá.

Yo no sé, claro está, cómo escriben los demás sus libros, ni creo que haya en esto una regla general. Cada cual con su estado anímico, su idiosincrasia y su riqueza imaginativa y cordial. Para mí la escritura de una novela es una serie de evocaciones, completas y fragmentarias, que forman una neblina luminosa que ilumina la fantasía del autor y el camino de su pluma. Toda mi juventud revivió durante la escritura de *La casa de la Troya;* todos los amigos—en el más amplio sentido de la palabra—de aquellos días felices, algunos más amigos que entonces en el recuerdo, me fueron acompañando en mi tarea, como me acompañaban en la Rúa, en la Universidad o por las carreteras que, "anhelantes de más amplios horizontes", paseábamos a las tardes, nostálgicos sin saber de qué, impregnados del lirismo romántico que es el más grato perfume de los años mozos. Por ese extraño, misterioso poder concedido al escritor, yo volví a tenerlos a mi lado, conmigo, como éramos entonces; todos juntos, no éste

y aquél, sino la vida escolar entera, la vida santiaguesa, que es, con la pesadez de sus sillares, con sus calles angostas, sus soportales obscuros, la seriedad y el empaque de sus señores, la lluvia, la gravedad académica de sus chisteras y la solemnidad de sus campanas, vida juvenil, de troula escolar, de alegría, de esperanza, de optimismo.

Tan viva, tan consoladora fué, en los afanosos momentos en que se escribió la novela, esta representación de los años rosados, que durante algún tiempo estuve decidido a no concluirla nunca y a seguir escribiéndola siempre, para mí, a fin de continuar viviendo en la soledad de mi despacho o bajo la fronda de los opulentos soutos de la Mariña, cara a la ría mágica y a la campiña divina, donde se comenzó y concluyó y escribió gran parte de *La cæsa de la Troya*, aquella vida lejana que venía a suavizar la aspereza de los afanes y desengaños de estos días, desvaneciéndola con la fuerte evocación de su felicidad. Y cuando, al fin, con esfuerzo, al que ayudó mucho el lógico deseo de ver en letra de molde el respetable montón de cuartillas, llegó el trance doloroso de la separación y dije adiós una noche, ya para siempre, ¡ay!, a aquella vida, a la felicidad de la vida, se escaparon mis sentimientos, se hizo letra mi pena en la despedida de Barcala a la vida

universitaria, escrita sin una tachadura, yo que tacho tanto, con rasgos temblorosos, desiguales, que fueron medio borrando las lágrimas que los acompañaron.

* * *

Cuando yo estaba escribiendo este libro y alguien me preguntaba por lo que hacía, yo le contestaba:

—Estoy escribiendo, o quiero escribir, una novela de "coro y de fondo".

El fondo y el coro, los protagonistas.

El fondo, el ambiente pintoresco y vigoroso de Compostela, me atrajo siempre de tal modo que, muchas veces, hube de preguntar al glorioso Valle Inclán, con la devoción cariñosa que el maestro me inspira:

—¿Por qué no escribe usted la novela de Santiago?

Yo no me atreví a tanto, pues nunca tuve la pretensión de pintar entera la querida ciudad, rica en cuadros para llenar un museo; pero sí quise recordar su aspecto más simpático, referir su paradoja pintando el contraste entre la tristeza de su apariencia y la alegría de su alma, y expresar el poder, la fuerza atrayente de Compostela y de Galicia por el imán irresistible de su belleza, de su dulzura y de su amor.

Largamente trabajado, sin duda, en el secreto de mí mismo, surgió un día en mí, repentinamente, despótico y arrollador, el deseo de acometer esta pintura. Era un viejo proyecto que no acababa nunca de realizar, el de una novela de estudiantes, ensayada en diversos cuadros y cuentos, publicados aquí y allá, en los que era protagonista algún trovano; acababa yo de romper un buen puñado de cuartillas de una frustrada novelita corta—en la cual aparecía un muchacho aristocrático y elegante conquistado por la belleza impensada de Galicia, seducido por una hermosa Carmiña, que en este marco de cielo, mar y paisaje divinos, se le presentaba con todos los encantos que su distracción y ceguera no supo descubrir en el medio cortesano—porque de pronto descubrí yo que aquello, así hecho, tenía un parecido loco, aunque muy inferior, con una bella comedia del insigne Benavente, y una tarde distraía el mal humor del trabajo perdido, bajo uno de aquellos soutos incomparables de Morujo —Morujo, el Outeiro: ¿La Retén?—buscando a mi mal humor el consuelo, nunca negado, de la belleza de la ría y las tierras opulentas de la orilla frontera, cuando, de pronto, vi esta otra novela: Las cuartillas rotas y la novela de estudiantes. Se borró la ría, se borraron las leiras, los pinos y los soutos de

Miño, y, en su lugar, surgieron ante mí multitud de cosas sin forma, pero claras al mismo tiempo. ¿Qué sé yo? Las torres de la Catedral; el ruidoso tropel estudiantil a la puerta de la Universidad; las chisteras de Casa Pardiñas, y don Bernardo de A. Portela; la capa en cierto modo estudiantil de don Jacobo, y la capa encubridora y donjuanesca de don Bernardo Santaló; la Carrilana; los canalones; las travesuras estudiantiles; Unha noite na eira d'o trigo; las parrandas, las posadas, ¡Carmiña!... vaya usted a saber. Y empezó a escarabajear el título *La casa de Doña Generosa..., de la Carollo; La casa de la Conga.* Pero, sobre todo, más concretamente, fuerte y dominador vi a Santiago. Santiago y Galicia; la Universidad y la Mariña; la tristeza de Compostela y la alegría de Compostela; la dulzura, la ternura, la belleza, el amor de Galicia hecha alma de mujer.

Y entonces vinieron a mí "todos aquéllos". Y quedó establecido clara y concretamente el título: *La casa de la Troya.* Vi en seguida el plan, tan claramente que creo que los Quintero tienen razón, cuando me dicen que este es un libro que yo he llevado mucho tiempo dentro del alma, sin saberlo, como se llevan los libros que luego con el alma se escriben. Hice inmediatamente un viaje a

Santiago, del que tuve la fortuna de volver solo en la berlina de uno de los incómodos autos de vapor, sin enterarme del camino, de la incomodidad, ni del tiempo. Y poco después, un día me salió de un tirón a las cuartillas el capítulo primero, que al anochecer le fuí a leer, confuso y dudoso, a la dulce Filomena Dato Muruais, mi vecina de aldea.

—Filomeniña, mire o que fixen. ¿Habrá aquí el comienzo de una novela, y la novela en que este rapaz que aparece triste y desesperado acabe alegremente conquistado por Galicia?

Era ya la fecha en que yo debía regresar al trabajo desordenado y acaparador de mis periódicos madrileños; pero yo no quise volver a Madrid sin llevar hecho algo más, que me atase seguramente a esta obra, para que no quedara en comienzo, como tantas otras. Me detuve algún tiempo más encerrado en la aldea por la tristeza de aquel otoño largamente lluvioso y la alegría de un trabajo de muchas esperanzas, escribiendo febrilmente y rehaciendo con meticulosidad y calma otros dos o tres capítulos, lo cual me costó mi puesto en la redacción de *La Mañana;* pero antes de emprender la vuelta a Madrid, yo pude presentarme un día en esta querida redacción de *La Voz,* llevando en consulta a mis coleguiñas estas cuartillas, como luego las

demás, a medida que fueron saliendo, y como ahora han ido, por amistad y por superstición, las del otro libriño que está en el telar.

—Rapaces: a ver qué os parece, y si tiene sabor, una cosa que comencé a escribir en la aldea.

Y por primera vez saltó entonces la pregunta que me han hecho luego tantas veces y me animó largamente a seguir, más que todos los cariñosos requerimientos que me vinieron haciendo hasta el final estos buenos amigos:

—¿Quién es ése? ¿Y aquél?

Y yo contesté entonces, como lo hago ahora a la pregunta de usted: —Todos y ninguno. Ese y todos.

* * *

No son éste o aquél determinada, completa y concretamente los personajes de *La casa de la Troya;* ni siquiera la casa, símbolo de todas las posadas estudiantiles, es sólo la de la calle de la Troya. En cada personaje está uno y están todos, modelados por la fantasía del autor, torpemente, es cierto, pero de nuevo; a su medida; porque en cada tipo amontona el novelista rasgos de muy distintas personas con otros que le supone, de suerte que, aunque se parezcan en algún mo-

mento a alguien, no puede decirse, sin faltar a la exactitud, que sean puntual y cabalmente éste o el otro.

Mi propósito nunca fué fotografiar personas, sino pintar un ambiente. Puedo decir que el único retrato que intenté fué el de Santiago; no Compostela en toda la solemne plenitud de su noble y completa figura, sino simplemente Santiago en su actitud más sencilla y simpática. Reproducir los ruidos de juvenil y descuidada alegría de sus rúas, sobre el bajo de la monótona canción de tristeza de sus gárgolas, por entre la solemne seriedad de los graves e insignes varones que la decoraban, fué mi intento, y, sobre todo, evocar la simpatía íntima, la cordialidad efusiva, señoril y atrayente que la ciudad de nuestra juventud guarda bajo sus austeras apariencias. La alegría, el optimismo de los pocos años sobreponiéndose a todo. Y, junto a esto, como una contestación a la rutina de los definidores con lugares comunes, que encasillan la alegría y el optimismo en otras tierras más soleadas, un homenaje de amor a Galicia sintetizada en la poética Mariña y en una figura de mujer hermosa como Galicia, como Galicia amorosamente dulce, sencilla como Galicia y como Galicia fuerte.

Naturalmente, no podía hacerse esta pintura sin que aquí y allá, de continuo, apare-

ciesen, no esta y la otra persona, sino tal rasgo de éste, el tic de aquél, los hechos del otro, aquella chistera, tal capa, la charla de los novios de balcón a la calle, los bigotes asustantes y ordenancistas de Moroño, la noria de la Alameda, la guitarra y el violín serenateros de Mirelis y Alvaro Soto, gimiendo el preludio de *El anillo de hierro*, *Moraima* y el vals de Courtier, bajo todos los balcones y ventanas de la ciudad a que pudiera asomarse una rapaza bonita; la Herradura; los tapadillos de las Esterqueiras; los exámenes; las Crechas; el Ave María Purísima de los serenos; los encantiños santiagueses; las airosas mantillas modisteriles, en mal hora y con mal gusto olvidadas, y el ceremonioso ofrecimiento del simpático ex juez de Ordenes "y a las de usted". Todo, en fin, lo que formaba el carácter pintoresco, o una parte del carácter pintoresco de la ciudad universitaria, mezclando en la vaguedad cronológica, de intento mantenida, con otros de invención, sucesos tan distantes como el remoto batallón del silencio, los discursos, el saber y la bondad paradójicamente escéptica de don Jacobo Gil; la colilla de Rivas, el bedel; la importancia que, para tenernos a raya, se daba Rivas; y las corbatas de Abollo—Abollo: Gerardo y Saturnino, ¿no?—tal como ellos se me representaban al

revivir imaginativamente aquellos días dichosos.

Claro es que durante esta gustosa peregrinación de recuerdos, unos persistían más tiempo que otros en mi compañía, singularmente aquellos que vivieron más en mi corazón. Así hay personajes que pasan por la escena porque sí, porque quise y porque los quiero, porque, en esta obra de cariño, quiso el mío asociarlos a ella como entonces se asociaban nuestros corazones. Carmiña lleva el nombre de mi santa madre; su apellido es también nuestro; el pazo, llevado fácilmente de los montes padroneses a la Mariña, como hacen los hechiceros en *Las mil y una noches*, es también un pazo familiar guardador de muchos recuerdos. Homenaje a tres amigos del alma, tan lejanos unos de otros como Santiago de Baamonde y Baamonde de Africa, es el nombre y apellidos del protagonista; nombres de parientes muy queridos son los de otros personajes—Laureana, Ramona, Segundiña—; está también el mal que nos hizo aquella tortuosidad, la hipócrita y versuta suavidad aquélla... En suma, la realidad delante, y la imaginación tomando a veces un poco del modelo e inventando lo demás, sin perderle de vista.

■ ■ ■

No se puede, pues, decir exactamente, mi amable interpelante, que Barcala sea, a todo lo largo del libro, éste o aquél. A veces puede parecerse tanto a uno que se le confunda con él, en otras ocasiones será con otro el parecido, con otro luego, pero yo le aseguro a usted que, las más de ellas, no es nadie, aunque es siempre, con su desenfado, su ingenio, su alegría, su optimismo, su travesura y su bondad, *un estudiante*, o, mejor dicho, *El Estudiante*.

Ahora, si usted quiere preguntarme no quién es Barcala, de quién tiene más rasgos Barcala, sino qué persona real, de las que viven en mi recuerdo con más fuerza afectiva, se me representaba más vigorosamente, me acompañó más tiempo al trazar esta figura, le diré que, como usted apunta, con acierto, los versos del gran Enrique Labarta, reproducidos por mí, y la semejanza eufónica de los apellidos dicen, con harta elocuencia, qué simpatía lejana movió mi pluma al trazar esta figura, que si no descubre más rasgos del famoso y escondido poeta del *Gaiteiro de Bayo, A fonte do demo, Os touros de Noya*, etc., etc.—de quien nos pasamos. con igual motivo que ahora charlando largamente en la sevillana Alameda de Hércules, una noche del último abril los tres hermanos Alvarez Quintero, conocedores de su obra, y

yo— fué porque el temor de disgustar al susceptible, inolvidable y olvidadizo amigo, contuvo mi pluma y hasta me hizo romper las cuartillas narradoras de aquellos saladísimos incidentes entre Labarta sin dinero, la tacañería de aquel canónigo, su tío o encargado, y la cajita de música que el poeta llevaba en el bolsillo para amenizarse los sermones sin dádiva del severo y agarradísimo señor.

Deseo decirle que cuando al leer su artículo vi que ¡al fin! alguien acertaba con una parte de la verdad de este personaje, exclamé, como el Gallo la primera vez que estuvo en Francia, al comprender a uno de aquellos "cochinos extranjeros" "que jablaban toos en camelo": el mozo que el servirle el café le preguntó:

—Café au lait.

—¡Olé tu mare, salao! Grasia a Dió que hay aquí quien chamuya fetén.

¡Gracias a Dios! que alguien se acuerda del poeta imperdonablemente oscurecido, figura entonces principal de la mentalidad gallega y de la grey juvenil santiaguesa.

Sí, señor; de él son los versos, pese a los errores de recuerdo,—los versos que el poeta leía, antes que en ninguna parte, en aquel cenaculillo sin pretensiones, de la Juventud católica, formado nada menos que por el excelso don Ramón del Valle Inclán, Augusto

No se puede, pues, decir exactamente, mi amable interpelante, que Barcala sea, a todo lo largo del libro, éste o aquél. A veces puede parecerse tanto a uno que se le confunda con él, en otras ocasiones será con otro el parecido, con otro luego, pero yo le aseguro a usted que, las más de ellas, no es nadie, aunque es siempre, con su desenfado, su ingenio, su alegría, su optimismo, su travesura y su bondad, *un estudiante,* o, mejor dicho, *El Estudiante.*

Ahora, si usted quiere preguntarme no quién es Barcala, de quién tiene más rasgos Barcala, sino qué persona real, de las que viven en mi recuerdo con más fuerza afectiva, se me representaba más vigorosamente, me acompañó más tiempo al trazar esta figura, le diré que, como usted apunta, con acierto, los versos del gran Enrique Labarta, reproducidos por mí, y la semejanza eufónica de los apellidos dicen, con harta elocuencia, qué simpatía lejana movió mi pluma al trazar esta figura, que si no descubre más rasgos del famoso y escondido poeta del *Gaiteiro de Bayo, A fonte do demo, Os touros de Noya,* etc., etc.—de quien nos pasamos. con igual motivo que ahora charlando largamente en la sevillana Alameda de Hércules, una noche del último abril los tres hermanos Alvarez Quintero, conocedores de su obra, y

yo— fué porque el temor de disgustar al susceptible, inolvidable y olvidadizo amigo, contuvo mi pluma y hasta me hizo romper las cuartillas narradoras de aquellos saladísimos incidentes entre Labarta sin dinero, la tacañería de aquel canónigo, su tío o encargado, y la cajita de música que el poeta llevaba en el bolsillo para amenizarse los sermones sin dádiva del severo y agarradísimo señor.

Deseo decirle que cuando al leer su artículo vi que ¡al fin! alguien acertaba con una parte de la verdad de este personaje, exclamé, como el Gallo la primera vez que estuvo en Francia, al comprender a uno de aquellos "cochinos extranjeros" "que jablaban toos en camelo": el mozo que el servirle el café le preguntó:

—Café au lait.

—¡Olé tu mare, salao! Grasia a Dió que hay aquí quien chamuya fetén.

¡Gracias a Dios! que alguien se acuerda del poeta imperdonablemente oscurecido, figura entonces principal de la mentalidad gallega y de la grey juvenil santiaguesa.

Sí, señor; de él son los versos, pese a los errores de recuerdo,—los versos que el poeta leía, antes que en ninguna parte, en aquel cenaculillo sin pretensiones, de la Juventud católica, formado nada menos que por el excelso don Ramón del Valle Inclán, Augusto

Besada, Juan Vázquez de Mella, Jesús Fernández Suárez (¿por qué, amigo, entre signo y signo notarial no se lanza usted a recordar todo esto, que bien merece la perpetuidad?), Emilio Villelga, Alfredo Brañas,

«El señor Brañas, ayer,
me dijo de esta manera:
Haga usté un verso cualquiera
para mañana leer»...

Salvador Cabeza, Barcia y unos cuantos escolares: Pardo Pallín y Casás que allí hicieron sus primeros pinitos oratorios; Rovira Carreró, López Quiroga, Leyra (Madeira), Santaló y el que suscribe, que le oíamos encantados. De Labarta es el desenfado y la ironía zumbona de Barcala, la socarronería y, sobre todo, el galleguísimo carácter. Ya es de usted el secreto que le intrigaba.

* * *

Ahora, que contra este testimonio se alza el de Labarta que, según usted, niega. Y yo debo contestarle, como el paisano conciliador del cuento, que los dos tenemos razón, aunque Labarta parezca tener más, apoyado en lo tosco y torpe de la pintura.

Barcala no tiene sólo cosas y rasgos de

Labarta. Puestos ya a descubrir secretos ¿por qué no hacerlo del todo?

Los versos de Barcala son de Labarta; pero, ¿no hay en los discursos de Barcala algo de aquella noble altisonancia de Alfredo Vicenti, que fué también estudiante significado en Santiago, aunque en época más lejana y oficial del batallón de voluntarios del silencio?

Tiene también Barcala una aventura, los bigotes y el nacimiento tudense de Camilo Bargiela, por una graciosa razón económica que quiero contar a título de curiosidad.

Andaba yo preocupado con el pavoroso problema de los gastos de la publicación de mi novela, y comunicando un día mis temores con Basilio Alvarez, que conocía parte de lo que yo llevaba hecho, me aseguró que se podrían colocar bastantes ejemplares entre distintos personajes gallegos que me citó. Figuraba entre ellos, como uno de los primeros, el propietario de cierto famoso balneario gallego cercano a Túy. Como a mí me repugnase aquella especie de pordioseo, le pregunté a Basilio:

—¿Y no sería mejor intercalar un anuncio disimulado en el relato?

—¡Ya lo creo! Si le pone usted el balneario en la novela, le tomará lo menos doscientos ejemplares. Yo le hablaré.

Entonces, alterando un poco mi plan, discurrí lo de llevar a mi héroe al balneario en cuestión—primero pensé en una prosaica dispepsia, ¡horror!—y luego decidí el rodeo de la invitación de Barcala con aquella carta, que me daba ocasión de recordar lugares y personas que me son muy gratos y que no encontraba modo de meter en la novela,—y en la cual estampé un caluroso elogio del susodicho balneario... que hube de suprimir en las sucesivas ediciones, porque el propietario me acusó recibo del ejemplar, fervientemente dedicado a su galleguismo, diciéndome que "él tenía muchos gastos y no podía adquirir libros". Había agotado el capítulo de publicidad. Mala suerte. Con todo, me autorizaba para remitirle cuatro o seis ejemplares, que, naturalmente, no le envié.

Vea usted por dónde, con grave riesgo de la verosimilitud del relato, hice ir a Gerardo hasta Túy, para tener aquella breve conversación con Barcala, que pudieron sostener con menos peligro en Santiago. En cambio, como de una cereza cuelga otra al salir del cestillo, esta aparición fugaz de Camilo Bargiela me trajo el recuerdo de la sonada aventura de las empanadas de Samoeiro llevada a feliz término por él, Manolito Gómez González, que habrá que ver la imperturbabilidad con que ahora firma sus sentencias en

los juicios por hurto, y el señor Puig Llamas (don Javier).

* * *

Pero, Barcala tiene más, mucho más, muchísimo más del estudiante de los estudiantes, del que podríamos llamar en el indulgente y elogioso sentido estudiantil de la palabra, maestro de "tunos" don Jacobo San Gil, contemporáneo de Vicenti, Camilo Placer, Pérez de Soto, Canido y otros célebres varones, al cual conocimos persona grave, forzadamente, pero sintiéndose siempre estudiante y recordando con fruición sus travesuras, que gustaba mucho de relatar, dignas en verdad de perpetuarse en estos mármoles y bronces modernos que se llaman libros.

¿Cómo, al indagar parecidos de Barcala, no se ha acordado nadie de este simpático San Gil, cuyos hechos juveniles llenan toda su alborotada época escolar y le acreditan un puesto señalado en la historia universitaria de Santiago?

Mi primer cuento de cosas de Compostela, el embrión acaso de la novela de estudiantes de que hablaba antes, publicado hace muchos años en *Por esos mundos* con el título de *Venganza*—y el imbécil subtítulo *Cuento asturiano*, que le colocó en la imprenta no sé

qué ignorante oficiosidad—relataba una aventura de Jacobo San Gil, que antes que a él en Santiago se la oí referir en Madrid a Ricardo Fernández Pérez de Soto, el que fué primer pasante de Montero Ríos y abogado de la Higinia Balaguer.

De Jacobo San Gil, está llena *La casa de la Troya*. San Gil fué el del duro falso de don Hilarión; él quien robó la cena a los sesudos varones en el horno de los Quingallas (Cascallas); él quien, cuando no tenía cosa peor que hacer, alborotaba los llamadores de las calles; él, en fin, el inventor y organizador del famoso Batallón de Voluntarios del silencio, que puso en alarma a las autoridades de la provincia y se disolvió en la carretera de Padrón, asustado de la caminata que, a título de ejercicio militar, quiso meterle su jefe... que iba a caballo.

¿Cómo ninguno de sus contemporáneos, y de los que se entretuvieron luego tantas veces oyéndole referir sus gloriosas hazañas, evocó su nombre, vuelvo a preguntarme, entre tantos como, con mayor o menor fundamento, se han traído a colación con este motivo? ¡Oh, injusticias del olvido!

* * *

Creo satisfecha plenamente la curiosidad de usted. Barcala tiene a ratos cosas de La-

barta, a ratos se parece a San Gil, tiene una aventura y los bigotes de Bargiela, y las más veces es todos y no es nadie, porque para mí el arte de novelar no consiste en tomar a las personas y los hechos como modelos a seguir estrictamente, sino en utilizarlas como punto de partida para caminar luego con toda libertad.

A cambio de esta indiscreción, a que me ha obligado la cortesía, yo le pido a usted que dé en mi nombre al poeta admirado e inolvidable el abrazo que yo le dedicaba mientras escribía, y que nuevamente le envío con igual amistoso afecto, y sin el "rencor" que le tuve algún tiempo por no haberme presentado oportunamnete su fe de vida, con una de sus fáciles y graciosas redondillas, en que, abominando de la mala pintura, estimase el buen recuerdo de amistad, sostenida tras tantos años de silenciosa distancia.

Creo, que, después de esta larga parrafada con que pongo a prueba su paciencia y la de sus compañeros de curiosidad, bien puedo, aunque ignore el color de su bigote, si lo usa, suscribirme su amigo.

La Coruña, 18 agosto 1919.

FIN

INDICE

	Páginas
Postales de la aldea.—Tatín.....	11
Gaceta de la aldea.—De Rosa a José..	21
La banda de Panchón.....	27
Madrid está embrujado.—¡Ahí va esa mosca!.....	33
El zapatero y la cigarrera.—Historia de Antoñito.....	43
La muiñeira y el schotiss.—Maruxiña con ralda travé.....	49
Los crímenes de la civilización.—El coche de Agra.....	57
Gente de mi aldea.—Un infeliz.....	63
Homes e mulleres.—Ramón y su gente.....	69
El fantasma de Tatín.—Conjuros, brisca y chourisos.....	77
La cojita.....	89
Las catalinas.—(Manual del perfecto veraneante).	95
El hórreo de Diógenes.....	103
La tolería de Eufemia.—La elocuencia del abade..	111
El camino.—La vuelta.....	119
N'o apóstol.—El día del fuego.....	125
Venganza.....	133
Historias viejas.—Estudiantina.....	149

Páginas.

Oh, jóvenes amables!...—De segador a canónigo, o el cornetín del médico.. 155
El maestro y los discípulos.—«Maximino»..... 167
Toros en Pontevedra.—...Pero nos reimos mucho. 173
La consulta d'o abogado.—El señor Benito y los árboles de don Eugenio..... 179
En tierras de paz.—La poetisa de las Mariñas.... 187
La cola de la botadura.—San Antonio, la modistilla, el marino y el de O. P..... 197
El castellano de Anzobre.—La cocina y el arte de comer..... 205
Monte Louro..... 213
El hombre que habló con el ánima.—«¡Pousa, Pitelos!»..... 221
Mariñana.—El hipnotismo y las catalinas..... 231
El gran Lino..... 239
Figuras de la guerra.—Las baterías gallegas o los artilleros de la Legión..... 247
De ti pra min.—«La Troya» y los «troyanos»..... 259

$ 17000
$ 1700